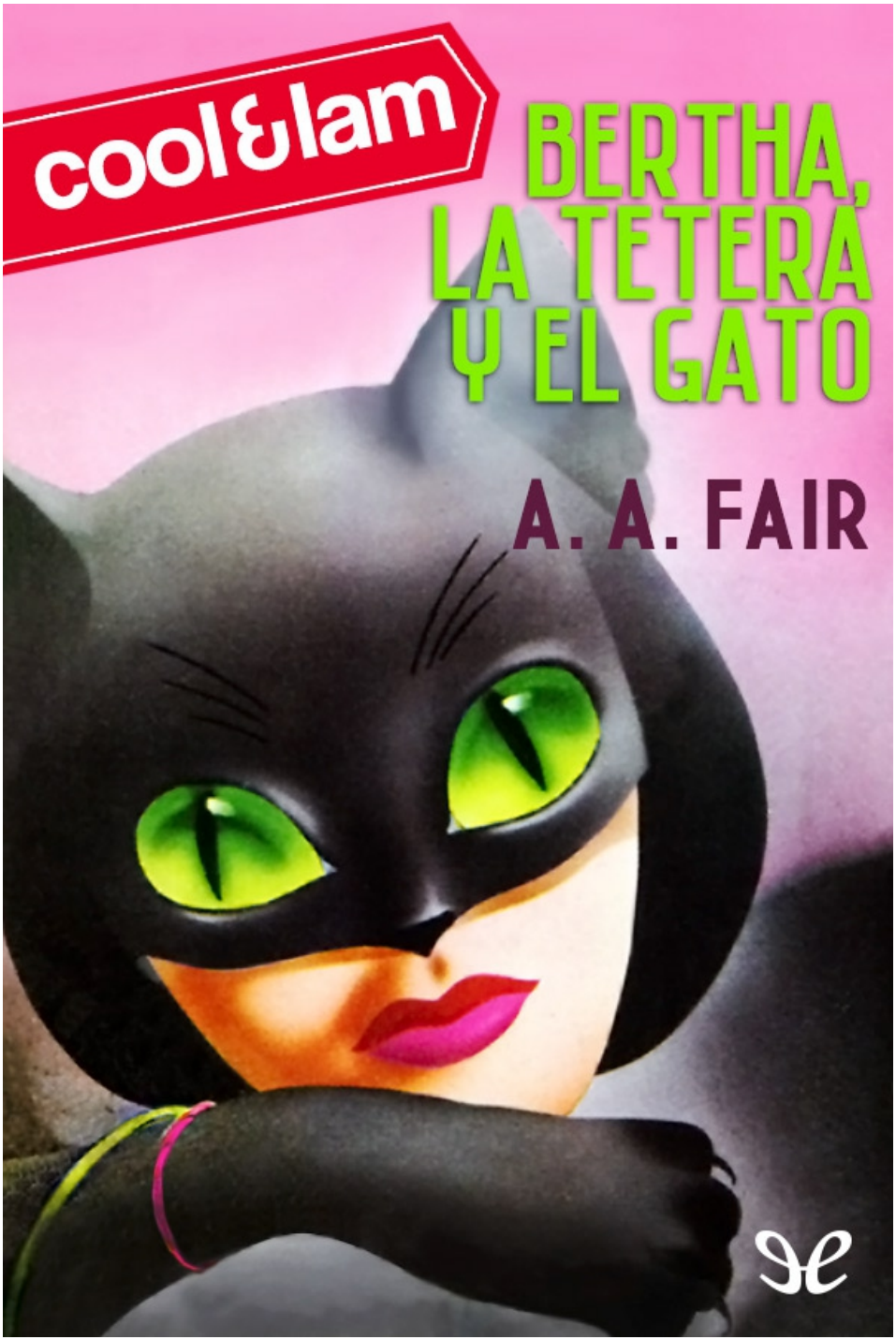

cool & lam
BERTHA, LA TETERA Y EL GATO
A. A. FAIR

«*Bertha, la tetera y el gato*» transcurre en 1943, Lam ya es socio de la agencia, pero no aparece en toda la novela, está con la armada luchando en el Pacífico de donde llegan noticias de su comportamiento heroico. Un hombre pide a Bertha que le ayude a renegociar una deuda y ella se ve arrojada en una investigación de asesinato complicada por la turbulenta vida sentimental de su cliente.

epublibre

A. A. Fair

Bertha, la tetera y el gato

Cool & Lam-8

ePub r1.1
fenikz 28.12.14

Título original: *Cats Prowl at Night*
A. A. Fair, 1943
Traducción: Juan A. G. Larraya
Ilustraciones: Gerald Gregg
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

Guía del lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BELDER (Everett): Gestor de ventas.

BELDER (Mabel): Esposa de Everett e hija de Teresa.

BRAND (Elsie): Secretaria de la Agencia de Detectives.

BRENTNER (Sally): Criada de los Belder.

COOL (Bertha): Propietaria de la agencia de detectives privados «Cool y Lam».

CORNISH (Dolly): Antigua novia de Everett Belder.

CROFTUS: Verdadera madre de Carlota Goldring.

CHAMPLIN (Elwood): Dentista, vecino de Belder.

DEARBORNE (Imogenia): Secretaria de Everett.

DRUMSON (Roger): El socio más antiguo de la firma «Drumson, Holbret, Drumson», abogados.

GOLDRING (Carlota): Hija adoptiva de Teresa.

GOLDRING (Teresa): Madre política de Everett Belder.

HARRINSON: Nueva secretaria de Belder, en sustitución de la destituida Imogenia Dearborne.

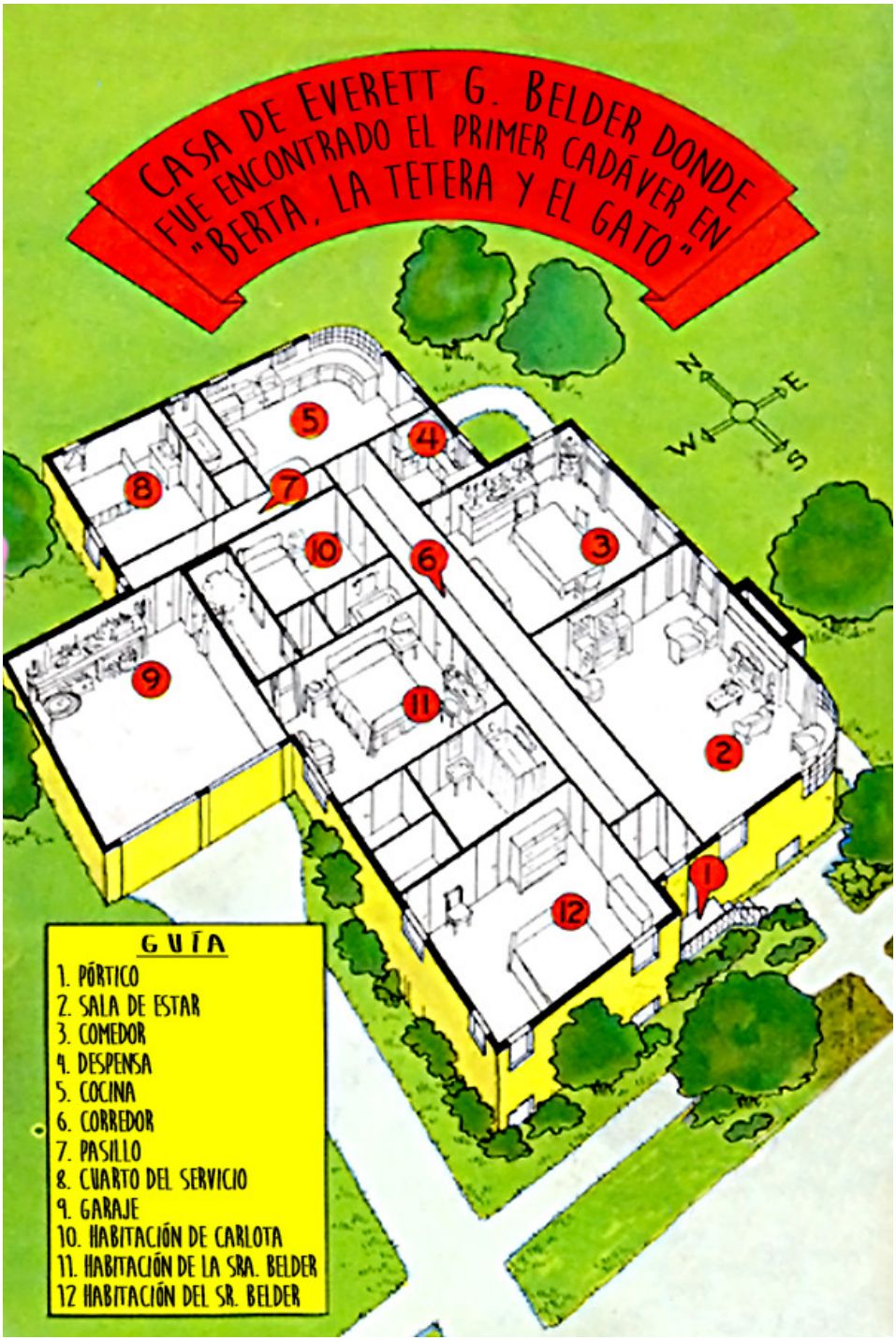
JACK: Agente de policía.

KOLBER (Frankline): Abogado de Imogenia.

NUNNELY (Jorge): Socio que fue de Everett Belder.

ROSSLYN (Mamie): Directora de la propaganda de unos grandes almacenes en San Francisco.

SELLERS (Frank): Avispado sargento de policía.


CASA DE EVERETT G. BELDER DONDE FUE ENCONTRADO EL PRIMER CADÁVER EN "BERTA, LA TETERA Y EL GATO"
N
E
W
S
GUÍA
1. PÓRTICO
2. SALA DE ESTAR
3. COMEDOR
4. DESPENSA
5. COCINA
6. CORREDOR
7. PASILLO
8. CUARTO DEL SERVICIO
9. GARAJE
10. HABITACIÓN DE CARLOTA
11. HABITACIÓN DE LA SRA. BELDER
12 HABITACIÓN DEL SR. BELDER

capítulo primero

BERTHA Cool alivió al sillón giratorio de sus ochenta kilos y, dando la vuelta al escritorio, abrió de un tirón la puerta de su despacho.

El tableteo de la máquina de escribir de Elsie Brand penetró por ella. Bertha permaneció en el umbral esperando que la joven levantase los ojos.

Elsie concluyó la carta a velocidad decuplicada, la arrancó del rodillo, la dejó a un lado, se inclinó hacia el cajón inferior de la mesa en busca de un sobre, y entonces descubrió a su jefe.

—¿Desea algo, señora Cool?

—¿Qué escribe usted?

—Las cartas para los abogados.

—Olvídelas.

—¿No debo preparar más?

—Exacto. Bastan dos cartas.

—¿Eh? Creía…

—Ya lo sé —atajó Bertha—. Y yo también. Pero cometimos un error. Esos abogados se encargan de casos de daños y perjuicios y se me ocurrió que podríamos escribirles pidiendo trabajo, para buscar a un testigo desaparecido o algo similar.

—¿Y por qué no? —indagó Elsie—. Es una idea espléndida, que le proporcionaría la ocasión de relacionarse con posibles clientes, cargados de dinero, y…

—De eso se trata —interrumpió Bertha—. Estoy cansada de dinero. No del dinero en sí —agregó apresuradamente—, sino del esfuerzo y de la excitación que suele acompañarle. No estaba acostumbrada a casos importantes, poseía una agencia tranquila y agradable, especializada en trabajos que los demás rechazaban, sobre todo en cuestiones de divorcios… Pero Donald Lam se presentó un buen día en la oficina, me obligó a darle un empleo y

se las apañó para convertirse en socio mío. A la media hora de trabajar aquí, el negocio cambió por completo. Mis ingresos aumentaron y con ellos mi presión arterial. Y cuando termina el año, el Gobierno se hace cargo del cincuenta por ciento de los beneficios, pero todo el mundo se olvida de la mitad de la presión… ¡Condenación! Aprovecharé la estancia de Donald en la Armada para dirigir la firma a mi modo.

Contempló belicosa a Elsie como si esperase una réplica.

Pero la secretaria tiró en silencio de un cajón, echó en él la lista de abogados que Bertha había obtenido en los archivos de los Tribunales y recogió una pila de cartas de cinco centímetros de altura.

—¿Qué hago con las escritas? —preguntó—. ¿Las mando?

—Rómpalas y tírelas a la papelera… —contestó Bertha—. No, espere. ¡Caramba…! Cuestan dinero: papel, tiempo, desgaste de máquina… Las emplearemos, Elsie. Preséntemelas a la firma, pero no enviaremos más.

Dio media vuelta y entró en su despacho. Dejó caer su competente y musculoso cuerpo en el sillón giratorio y dispuso espacio para firmar las cartas en las carpetas que había delante de ella.

Elsie, una vez las hubo colocado en el escritorio, se puso a su lado para secar las rúbricas que iba estampando. Mientras se inclinaba y enderezaba con regularidad, no dejó de mirar a la puerta.

—Acaba de entrar un hombre —anunció de pronto.

—¿Qué aspecto tiene? —indagó Bertha—. ¡Vaya! He estropeado ésa. No puedo hablar y escribir al mismo tiempo.

—¿Voy a ver qué desea? —insinuó Elsie.

—Sí. Cierre al salir.

La secretaria pasó a la antesala. Bertha Cool siguió con la firma, utilizando el secante con cautela y echando ojeadas intermitentes a la puerta.

No le faltaban más que dos o tres cartas, cuando Elsie reapareció, cerrando la puerta con cuidado.

—¿Cómo se llama? —preguntó Bertha.

—Everett Belder.

—¿Qué quiere?

—Ver a Donald.

—¿Le comunicó que estaba en la Armada?

—Sí. Le expliqué que usted es socio suyo. Sospecho que le hablará, si le digo que está dispuesta a recibirle inmediatamente. Sin embargo, sufrió un desengaño al no encontrar a Donald.

—¿Cómo es? —inquirió Bertha.

—Tendrá treinta y cinco años, es alto, de pómulos salientes y pelo rojizo. Sus ojos son bonitos y delatan preocupación. Es gestor de ventas.

—¿Dinero?

—Yo diría que sí. Produce esa impresión.

—¿Mucho?

—Regular. Lleva un buen abrigo.

—Está bien. Hágale pasar —dijo Bertha—. Veré lo que desea. Si es amigo de Donald Lam, será un punto de cuidado. Quizás un… ¿Qué hace ahí mirándome así?

—Esperaba que terminase.

—¡Déjese de monsergas! Cuando aguarda un cliente potencial de aspecto adinerado, la cortesía no debe poner obstáculos a la eficiencia. Que entre.

Elsie abrió la puerta con rapidez y comunicó:

—La señora Cool, el socio más antiguo, le concederá unos minutos. Tenga la bondad de pasar.

Bertha se sumió de nuevo en la firma. No levantó la mirada hasta que hubo trazado y secado la última. Incluso entonces sus ojos se volvieron hacia la secretaria.

—Elsie, eche estas cartas al correo.

—Bien, señora Cool.

—Asegúrese de que todos los sobres llevan el «personal y confidencial».

—Sí, señora Cool.

—Y compruebe si están bien pegados.

—Sí, señora Cool.

Bertha trasladó los ojos a su visitante.

—¿De modo que se llama Belder?

—Eso es, señora Cool —sonrió su interlocutor, ofreciendo la mano por encima del escritorio—; Everett G. Belder.

Bertha le devolvió el apretón con escaso entusiasmo.

—Se proponía ver a Donald, ¿verdad? Está en la Marina de guerra.

—Me lo dijo su secretaria. Es un verdadero contratiempo.

—¿Conoce a Donald?

—Sólo su reputación. Me habló de él cierta persona, que le empleó en una ocasión. Me aseguró que era el hombrecillo más decidido con que había tropezado en su vida; rápido de pensamiento y de acción, y de pelo en pecho. Para ser francos, resumió su juicio en una frase que, si bien es grosera, le retrata perfectamente.

—¿Cuál fue?

—Es algo soez, señora Cool. No deseo repetirla. Yo…

—¿Presume de conocer palabras que yo no sepa? —exclamó Bertha irritada—. ¿Qué dijo?

—Que Donald era una combinación perfecta de materia gris y de redaños.

—¡Hum! —gruñó Bertha y añadió algo colérica—: Pues está ausente. ¿Por qué no me expone el asunto que le trae?

—¿Es socio suyo?

—Sí.

Everett Belder la estudió como si se tratase de un automóvil que pensara comprar.

—No va a casarse conmigo —le recordó Bertha—. Si lleva algo entre ceja y ceja, suéltelo; en caso contrario, lárguese cuanto antes para que yo continúe trabajando.

—No pensaba contratar a una detective.

—No lo haga, entonces.

Bertha alargó la mano hacia el teléfono.

—No obstante, creo que usted es el tipo de persona que consigue resultados.

—A ver si se pone de acuerdo con usted mismo.

—Señora Cool, ¿ha aceptado alguna vez un caso sobre una base expuesta a riesgo?

—No.

Belder se agitó inquieto en su asiento.

—Señora Cool, soy gestor de ventas. He tenido muchos casos y…

—¿Qué es un gestor de ventas? —cortó Bertha.

Recibió una sonrisa.

—En lo que a mí se refiere, un buen vendedor con mucha osadía y el dinero necesario para esperar el día de cobro sin pedir un anticipo.

—Entiendo. ¿Qué le pasa?

Belder fue asaltado por su inquietud anterior.

—Me encuentro metido en un lío. No sé qué hacer, ni a quién recurrir; todos los pasos que doy resultan inútiles. He martirizado en vano mi cerebro…

—No se inquiete —le calmó Bertha—. Su situación es la de muchas personas que me visitan. Vamos, dispare. Ábrame su pecho.

—Señora Cool, ¿se encargó alguna vez de cobros?

—¿De qué clase?

—Facturas dudosas, ejecutorias, cosas por el estilo.

—No.

—¿Puedo saber por qué?

—Porque no rinden dinero.

Belder cambió nuevamente de posición.

—Suponga que le indico dónde existe por cobrar una ejecutoria de más de veinte mil dólares y le garantizo el pago del tiempo que invierta en ello, aparte de una gratificación si su actuación es satisfactoria.

Los ojos de Bertha mostraron interés.

—¿Sobre quién pesa esa ejecutoria?

—Lo expresaré de la manera siguiente —repuso Belder—: *A* tiene una ejecutoria contra *B*. *B* está pendiente de esa ejecutoria y *C* consigue…

Bertha levantó una mano.

—¡Alto! No me interesa ese abecedario. Bastantes dolores de cabeza alfabéticos me producen los O.P.A., O.W.L., W.L.B., etc., del Ejército. Hable claro si tiene algo que decir.

—Es muy difícil hacerlo, señora Cool —protestó el cliente.

—Entonces no es usted buen vendedor.

El visitante lanzó una carcajada nerviosa.

—Quiero que usted zanje una ejecutoria de veinte mil dólares. Le será imposible liquidarla por entero; se comprometerá a un tanto por ciento y…

—¿A quién grava esa ejecutoria? —interrumpió Bertha Cool.

—A mí.

—¿Y me emplea para liquidar una ejecutoria de usted mismo?

—Sí.

—No lo comprendo.

—Estoy pendiente de esa ejecutoria.

—Eso lo aclara todo —se exasperó Bertha—. Quiere que yo se la cobre porque está usted pendiente de ella. ¡Ah, sí! No es más que un asunto corriente, rutinario.

Belder se excusó con una sonrisa.

—Verá, señora Cool. Hará unos años, cuando abundaban las mercancías y no reinaba gran actividad en el mercado, a los vendedores con medios se les ofreció una oportunidad excelente de hacer su agosto.

—¿Lo hizo usted? —curioseó Bertha.

—Logré una pequeña fortuna.

—¿Dónde la tiene ahora?

—A nombre de mi esposa.

Los párpados de Bertha aletearon, indicio seguro de interés. Sus ojos, duros y atentos, se clavaban en Belder como el alfiler del entomólogo en el tierno cuerpo del insecto.

—Creo que empiezo a entender —dijo con sereno énfasis—. Supongamos que me explica el asunto con todo detalle. Comience por lo que decidió no contarme y ahorraremos tiempo.

—Tenía un socio llamado Nunnely, Jorge K. Nunnely —refirió Belder—. No nos entendíamos. Barrunté que me embaucaba, lo sigo pensando y lo pensaré siempre. Él dirigía el trabajo de oficina, y yo el externo, el de las ventas. Por desgracia, no podía probar nada, pero opté por desquitarme a mi modo. Nunnely no tiene un pelo de tonto; recurrió a los abogados y me llevó a los Tribunales. Él probó los motivos que tenía contra mí, y yo no conseguí demostrar los míos; de modo que obtuvo una ejecutoria de veinte mil dólares.

»Mientras tanto, la situación había cambiado. El talento de vendedor se cotizaba a cero y yo no ganaba ni un centavo. Por más que me esforzase, no lograba nada, de forma que, careciendo de un ingreso regular, pues… En una palabra, señora Cool, lo doné todo a mi esposa, lo puse a su nombre.

—¿Intentó impedirlo Nunnely?

—Desde luego. Pretendió que el fin de la donación era defraudar a los acreedores.

—¿Cuándo la llevó a cabo? ¿Después de lograr él la ejecutoria?

—¡Oh, no! No soy tan estúpido. Pero será mejor que no hablemos de eso, porque, naturalmente, si Nunnely pudiese demostrar ahora que el verdadero objeto de la donación era defraudar a los acreedores… Será mejor que lo dejemos así, señora Cool. Mi mujer posee el patrimonio.

—¿Y tuvo que jurar ante los Tribunales que era su sola y separada propiedad?

—Sí.

—¿Donada por usted?

—Sí.

—¿Y qué juró usted?

—Lo mismo.

—¿Qué hizo el juez?

—Sentencio que mi ocupación es muy azarosa con períodos en que el dinero entra a raudales, seguidos de otros, muy largos, en que los beneficios no existen; que no sólo tenía el derecho, sino la obligación de pensar en mi familia y que mi propósito al hacer la donación fue proteger a mi esposa de la necesidad. —Belder sonrió —. Fue una sentencia muy agradable.

Bertha no contestó a la sonrisa.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Veinte mil dólares más los intereses y…

—No la ejecutoria, sino el patrimonio.

—¿Se refiere a lo que doné a mi mujer?

—Sí.

—Pues fue… una cantidad considerable.

—Puedo averiguarlo consultando los archivos de los Tribunales.

—Unos sesenta mil dólares. Algo más.

—¿Se entiende bien con ella?

La pregunta de Bertha Cool dio evidentemente en carne viva. Belder asumió una nueva postura.

—Ésa es una de las cosas que me inquietan.

—¿Qué sucede?

—Nada. Demasiada suegra, supongo.

—¿Dónde vive su madre política?

—En San Francisco.

—¿Cómo se llama?

—Teresa Goldring.

—¿Tiene otro hijo?

—Una hija, Carlota; una niña mimada. Vive aquí, en Los Ángeles. Trabaja de secretaria, pero no conserva los empleos mucho tiempo. Vive con nosotros desde hace unas semanas.

—¿Es hermana o hermanastra de su esposa?

—En realidad, señora Cool, no tiene el mínimo parentesco con mi mujer.

Bertha esperó una aclaración.

—La adoptaron cuando era una criatura. Nunca lo supo hasta hace poco, en estos últimos meses.

—¿Es menor o mayor que su mujer?

—Bastante más joven.

—Muy bien. Sabe que fue adoptada, ¿y qué?

—Intenta averiguar quiénes fueron sus verdaderos padres…

—¿Cómo lo intenta?

—Atosigando a la señora Goldring y a mi esposa.

—¿Lo saben ellas?

—Lo imagino… Sí.

—¿Y no se lo dicen?

—No.

—¿Por qué?

—Creen que sería… Bueno, piensan que es mejor dejar las cosas como están.

—¿Qué edad tiene Carlota?

—Veintitrés años.

—¿Y su mujer?

—Treinta… Pero yo quería hablarle de la ejecutoria, señora Cool. Lo demás ha salido a colación —rió Belder en son de excusa —, incidentalmente.

—¡Y un cuerno! —replicó Bertha—. Usted lo hizo adrede.

—Sí que lo hice.

—¿Y usted quiere liquidar la ejecutoria de Nunnely?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para olvidarla de una vez.

—¿Para recobrar el dinero de manos de su mujer?

—Yo… No estoy seguro de que sea eso. Mi madre política debe

ser tomada en consideración.

—¿Qué tiene que ver ella con esto?

—Mucho.

—¿Insinúa que su esposa no se lo devolverá?

Belder se revolvió, intranquilo.

—Señora Cool, tiene usted el desconcertante hábito de volverme del revés. No me proponía contarle tantas cosas.

—¿Qué pensaba referirme?

—Sólo que Jorge Nunnely está en un aprieto. Timó a otro socio suyo, y en esta ocasión no fue lo bastante listo o el otro lo fue más que él. La cuestión es que le tiene entre la espada y la pared.

—¿Y a usted qué le importa?

—Nunnely ha de hacerse, dentro de dos o tres días, con dos mil quinientos dólares o irá a la cárcel.

—¿Y usted desea que vaya a verle? —preguntó Bertha Cool.

—Sí.

—¿Para poner ante sus ojos dinero contante y sonante?

—Así es.

—¿Y liquidar la ejecutoria?

—Sí.

—¿Piensa que renunciará a una ejecutoria de veinte mil dólares por dos mil quinientos?

—Estoy convencido.

—Entonces, ¿por qué no le telefonea ofreciéndole liquidar?

—Eso es lo malo, señora Cool.

—¿Qué?

—Se supone que no poseo dinero. ¿No lo ve? Si ofrezco liquidar, será lo mismo que reconocer que tengo efectivo. Mi abogado me puso sobre aviso. Se da por sentado que estoy arruinado.

—¿Lo está?

—Sí.

—¿Por qué no indica a su esposa que haga la oferta?

Belder se frotó la barbilla.

—Es que, señora Cool, existe algo personal.

—No lo comprendo —declaró Bertha con energía—. Ni me importa. ¿Quiere que utilice algún sistema especial, acaso?

—Le traigo todo escrito a máquina.

—Es innecesario —replicó Bertha—. He olvidado más de estas

cuestiones que lo que usted sabrá jamás. La idea de que el deudor sale del paso con facilidad molesta al acreedor. Si le explico que puedo obtener dos mil quinientos dólares para liquidar una ejecutoria de veinte mil, por mucho que lo necesite le irritará el pensamiento de que usted se libra con excesiva facilidad; pero si le afirmo que puedo sacarle a usted cinco mil dólares de los que voy a retener dos mil quinientos, entregándole el resto, se declarará doblemente dispuesto a acceder, porque imaginará que usted resulta perjudicado en cinco mil dólares.

Los ojos de Belder chispearon.

—Ha dado usted en el clavo, señora Cool. Es usted una mujer sensata y experimentada.

Bertha despreció la alabanza. Su asiento crujió al hacerlo girar para que sus despiadados ojos redujesen a su cliente a un estado de sumisión hipnótica.

—Y ahora veamos: ¿qué salgo ganando yo? —preguntó.

capítulo dos

LA secretaria de Jorge K. Nunnely adolecía de la incertidumbre que caracteriza al empleado nuevo que teme cometer un error.

—¿Está usted citada con el señor Nunnely? —quiso saber la joven.

Bertha Cool le dedicó una mirada penetrante, lo bastante prolongada para que la inseguridad que carcomía a la joven le hiciese pasar de la ofensiva a la defensiva, y dijo:

—Anuncie al señor Nunnely que la señora Cool quiere tratar con él sobre el modo de convertir activos dudosos en dinero contante. Entréguele mi tarjeta. Comuníquele que, si no se me paga, no trabajo, pero que no reclamo la paga si fracaso. ¿Lo ha entendido?

La joven consultó la tarjeta.

—¿Es… es usted la señora Cool?

—No puedo negarlo.

—¿Detective particular?

—Sí.

—Un momento, por favor.

La secretaria regresó al cabo de tres segundos mal contados.

—El señor Nunnely la recibirá.

Bertha cruzó la puerta que la joven mantenía abierta. El individuo sentado al escritorio ni siquiera se molestó en levantar los ojos. Estampó su firma en una carta, la secó, tiró de un cajón de la mesa y la echó en él; sacó un libro diario, lo abrió, empuñó una pluma e hizo una anotación. Sus movimientos eran tranquilos y deliberados, sin que existiese solución de continuidad entre ellos. Todo lo que hacía hubiese podido servir de modelo perfecto del trabajo continuo.

Bertha Cool le observaba con curiosidad.

Pasó casi un minuto antes de que secase metódicamente la

anotación del diario; lo devolvió con cuidado al cajón y cerró éste al mismo ritmo de cuanto había hecho desde que Bertha penetró en el despacho. Por fin alzó la vista y se enfrentó con ella con una cortesía impasible, perfectamente tranquila.

—Buenos días, señora Cool. Fue muy poco corriente el recado que dio a mi secretaria. ¿Puedo pedirle una explicación?

Bertha encontró, por un momento, difícil llevar adelante su plan de campaña, bajo la inspección glacial, casi impersonal, de aquellos ojos color verde pálido. Después, agitándose irritada, como si se zafara de la influencia de su interlocutor, dijo:

—Usted necesita dinero.

—¿No nos ocurre a todos lo mismo?

—Sobre todo a usted.

—¿Le molestará que le pregunte cuál es la fuente de su información?

—Un pajarito.

La personalidad de Bertha Cool surgió de su caparazón para remontarse sobre el helado despego del hombre.

—Me importa un comino lo que hace. Soy una buena cazadora. Cuando los asuntos se niegan a venir a mí, salgo en busca de ellos.

—Muy interesante.

—Pondré mis cartas sobre la mesa. Usted posee una ejecutoria contra un individuo llamado Belder, que no ha cobrado ni puede cobrar. Sus abogados le están sangrando vivo, pero no consiguen nada. Yo me niego a compartir mis tajadas con los picapleitos. No voy por el mundo en busca de mi pan para entregar luego un tanto por ciento del mismo, en una bandeja de plata, a un leguleyo. Ni puedo permitírmelo. Y si usted negocia conmigo, no puede permitirse ni una ni otra cosa. Mande a paseo a los abogados, sitúese de modo que pueda tratar conmigo sin que nadie más se entrometa y le proporcionaré algún dinero.

—¿Cuál es su oferta?

—Usted tiene una ejecutoria de veinte mil dólares, que no logra cobrar, ni jamás cobrará.

—Eso es discutible.

—Desde luego. Por eso usted y sus abogados tiran en un sentido y su adversario y sus abogados tiran en otro. Usted continúa pagando a sus abogados, él sigue pagando a los suyos. Lo que él

afloja no se deduce de los veinte mil que le debe a usted, y lo que usted suelta cae en un abismo sin fondo. Usted imagina tener un activo de veinte mil dólares, pero hasta ahora no le ha ofrecido más que la oportunidad de saldar las minutas de sus representantes legales.

—Es un modo muy interesante de considerar la cuestión, señora Cool. Específicamente, ¿cuál es su proposición?

—Es imposible que usted tenga los veinte mil justos, pero podría obtener una parte. Si yo gozase de libertad, lo arreglaría. Desde luego, tendrá que renunciar a algo.

—¿Cuánto?

—Bastante. Además, yo percibiré mi parte.

—No, señora Cool.

—Vuelva a pensarlo. En la situación actual, el asunto le cuesta dinero. Puedo hacer que Belder entregué una cantidad apetitosa. Usted recibe lo suyo y asunto terminado.

—¿Cuánto puede conseguir?

—Cinco mil.

A pesar de que los párpados subieron y bajaron lentamente, los ojos de Nunnely no se despegaron de Bertha. Fue el único vestigio de emoción o de expresión.

—¿Para mí? ¿Netos?

—Sucios —contestó Bertha.

—¿Cuál es su participación?

—El cincuenta por ciento.

—¿Quedándome dos mil quinientos limpios?

—Sí.

—No me interesa.

Bertha se puso en pie.

—Tiene ya mi tarjeta —dijo—. Llámeme si cambia de modo de pensar.

—Espere un instante, señora Cool —rogó Nunnely—. Me gustaría charlar con usted.

Bertha recorrió la espesa alfombra del lujoso despacho en dirección a la puerta, se detuvo en el umbral y disparó su flecha de despedida.

—He dicho cuanto tenía que decir. Usted podía contestar dos cosas, y se decidió por el no. No tenemos nada más que hablar. Si

varía, y está dispuesto al sí, me telefonea.

—Deseo hacerle una pregunta, señora Cool. ¿La envió el señor Belder? ¿Le representa usted?

—Belder le formula una pregunta de dos mil quinientos dólares al contado —repuso Bertha y dio un portazo.

Atravesó la antesala, consciente de los ojos llenos de curiosidad de la nueva secretaria, abrió de un tirón la puerta que daba al corredor, procuró cerrarla de golpe y la irritación contrajo su rostro cuando el impulso fue neutralizado por el freno automático.

capítulo tres

ELSIE Brand comunicó a Bertha Cool:

—Su hombre ha vuelto.

—¿Belder?

—Sí.

—¡Que se vaya al infierno! ¿Acaso piensa rondar por la oficina? Ayer presenté mi proposición a Nunnely. Debemos darle tiempo. Y ayer mismo vino Belder en busca de información. Después regresó… Saldré para enseñarle dónde está la calle.

Bertha rechazó su sillón giratorio, cruzó el despacho, propinó una sacudida a la puerta de la antesala y saludó secamente:

—Buenos días.

Belder se levantó de un salto.

—Buenos días, señora Cool. Deseo entrevistarme con usted. Yo…

—Oiga —atajó Bertha—, hemos puesto un huevo y está en período de empolladura. No se puede precipitar el proceso sentándose con más fuerza.

—Lo sé; pero…

—Lo de siempre —se enfadó Bertha—. Es como nueve clientes de diez. Vino porque estaba angustiado y pensó que yo podría ayudarle; de regreso en su casa, se puso a reflexionar, renació su inquietud y volvió para continuar hablando de sus cosas. No obstante, no se le ocurriría recurrir a un médico, obtener una receta y seguir reapareciendo en su sala de espera a fin de ponerse bien. Mi tiempo es oro. No tengo…

—Se trata de otra cosa —atajó Belder.

—¿De qué?

—Quiero hablarle de ello.

—¿Es algo nuevo?

—Sí.

—¿Qué?

—Complicaciones.

—¿Más?

—Temo que sí.

Bertha se hizo a un lado.

—Eso es diferente. Pase.

Belder se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta antes de que Bertha hubiese cerrado la puerta. Sacó un papel doblado y lo entregó a la irascible detective.

—Échele un vistazo —dijo.

—¿Qué es?

—Una carta.

—¿Se la enviaron a usted?

—A mi esposa.

Bertha no la desdobló, sino que la mantuvo entre sus dedos cortos y regordetes, mientras le contemplaba con chispeante concentración.

—¿Cómo la tiene?

—La encontré en el suelo del comedor.

—¿Cuándo?

—Hace media hora.

—¿Por qué alborota tanto?

—Lo sabrá cuando la haya leído.

—¿Lo ha hecho usted?

—¡Naturalmente!

—¿No iba destinada a su mujer?

—No sea cándida. Ningún marido, salvo en el cine, encuentra una carta en el suelo en tales circunstancias y no la abre para saber de qué se trata. Muchos no lo admitirán, pero todos lo hacen.

—¿Llegó por correo? —indagó Bertha.

—Sí.

—¿Dónde está el sobre?

—No lo sé. Faltaba.

—En tal caso, ¿cómo está seguro de que llegó por correo?

—Lea y lo verá.

Bertha dudó antes de desplegar el papel.

Estaba escrito a máquina, y su contenido era directo, sencillo. No se andaba por las ramas.

«Apreciada señora Belder:

»Quizá no le mande esta carta, pero voy a escribirla de todos modos; cuando salga a cenar, decidiré si la echo al buzón o al cubo de la basura. De momento, escribo para librarme de un peso.

»Probablemente siempre ignorará la razón de mi interés por usted, pero tendrá que prestarme fe, señora Belder, y considerarme como un amigo anónimo.

»No me agrada lo que voy a comunicarle, pero es preferible que usted lo sepa a que continúe viviendo en un mundo ficticio.

»¿No le ha extrañado nunca que, a pesar de lo difícil que resulta encontrar servicio doméstico, conserve una criada tan atractiva? No sé si ha pensado en qué motivos tiene esa Sally para sentirse tan inclinada a trabajar en su casa, a despecho de los elevados sueldos que se pagan en las industrias de guerra. ¿Por qué aspiró a su presente empleo? ¿No ha notado que es una secretaria competentísima? Tal vez usted lo desconozca, pero ganó el primer premio de mecanografía y taquigrafía en la Escuela Comercial hará cinco años. Y después se dedicó a la venta, logrando un salario superior al de secretaria, no obstante lo cual esa joven tan bella sigue en su hogar... ¡de criada!

»¿Por qué?

»¿No será porque existan razones que hacen el trabajo manual tan agradable, que se obstina en no renunciar a él?

»Será mejor que formule a Sally estas preguntas y, si se decide a ello, interrogue como si ya estuviese al corriente de las contestaciones, y no como si dudase o sospechase. Mándele simplemente que confiese.

»Creo que recibirá una sorpresa.

»Y esto es todo de momento, señora Belder; pero si todo sale bien, acaso pueda contarle una porción de cosas más.

»Incluso es posible que le telefonee el miércoles por la mañana, hacia las once, para enterarme de si ya ha charlado con Sally y qué ha averiguado. En caso de que haya realizado lo primero, y esté dispuesta a depositar su confianza en mí, no estará de más que tenga el auto frente a su casa para ir a algunos sitios.

»Le asombrará sin duda que un perfecto desconocido se tome tanto interés por usted, pero sus asuntos significan mucho para mí.

»Sin duda le sorprendería saber qué papel pinto yo en este negocio. Tal vez se lo explique algún día. La cuestión es que hay sobrados motivos para que yo me interese por usted.

»Un amigo anónimo y bien intencionado», *firmaba la carta*.

Bertha contempló a Belder por encima de las gafas.

—¿Y usted qué dice? —preguntó.

—Señora Cool, le juro por lo más sagrado que…

—Resérvelo para su esposa —interpuso Bertha—. Dígame la verdad y déjese de juramentos.

—Señora Cool, es una insinuación desvergonzada y falsa, un…

—¿Cuál? —puntualizó Bertha.

—La de que la criada está enamorada de mí, o que yo la amo, o que nos amamos mutuamente, y la de que consiguió el trabajo para estar a mi lado.

—¿Es guapa? —indagó Bertha.

—Sí.

—¿Le ha hablado de esta carta?

—No. No pude encontrarla.

—¿Cómo es eso?

—No estaba en casa e ignoro dónde fue, pero anoche se hallaba en ella. Ahora se marchó.

—¿Sabe su esposa dónde se encuentra?

—No se lo pregunté. Tenemos alcobas separadas y duerme hasta tarde. Pensé que era mejor hablar con usted antes de decirle nada.

—¿Cómo se llama la sirvienta?

—Sally.

—Le pregunto su apellido.

—No podría decirlo, señora Cool, aunque me ahorcasen. Algo semejante a Geggener o Bregner. Desde que vi esta carta he procurado recordar su apellido, pero no lo consigo.

—¿Cuánto hace que está con ustedes?

—Un par de meses.

—¿La conocía ya antes?

—Claro que no.

—¿Qué hizo usted después de encontrar la carta?

—La leí, salí de puntillas del comedor y me fui en derechura a la habitación de la sirvienta.

—¿Llamó a la puerta?

—Sí.

—¿La abrió?

—Sí.

—¿No había nadie?

—No. La cama estaba deshecha.

—¿Qué hizo después?

—Bajé a la cocina y recorrí el edificio sin hallarla.

—¿Hacía fiesta hoy?

—No.

—¿Supone que sabe algo de esta carta?

—Lo ignoro. Temo que mi mujer, al recibirla, se dirigiese a ella, como aconsejaba su autor, y Sally se despidiese enfadada. Como usted sabe, la servidumbre no soporta esas cosas estos días.

—¡Y que lo diga! —suspiró Bertha.

—¿Qué haremos? —preguntó Belder—. Debemos pensar algo.

—¿Por qué?

—Para arreglar este asunto.

—Tal vez Sally lo arreglase —dijo Bertha—. O quizá su esposa descubrió que había cometido un error y…

—Usted no la conoce —replicó Belder—. Si se despiertan sus sospechas, se requieren días y más días de sudor y sangre para

aplacarlas. Durante mucho tiempo, cuantas más explicaciones se le ofrecen, tanto más empeora la situación; sólo da crédito tras muchas repeticiones. Es terriblemente suspicaz. Una cosa como ésta la volvería loca. Pasarán muchas semanas sin que hablemos de otro tema.

—¿Incluso si se va Sally?

—Desde luego. En mi opinión ya se ha ido.

Bertha consultó su reloj.

—Son más de las diez. ¿Piensa que ya habrá recibido esa llamada telefónica?

—Probablemente. Ayer por la tarde me dijo que me cedía el coche hasta las once, hora en que tenía que llevarlo a casa y asegurarme de si había bastante gasolina.

—¿Y usted quiere que intervenga en este asunto?

—Sí.

—¿Para qué?

—Para encontrar a la persona que escribió el anónimo.

Los ojos de Bertha se estrecharon.

—¿Desea que me ponga brusca?

—Sí.

—Volvamos a la carta —dijo Bertha—. ¿Quién cree que escribió?

—No lo sé.

Un rápido movimiento de Bertha arrancó una serie de chasquidos a su sillón giratorio.

—¿No pudo ser su madre política?

—¿Qué?

—La autora del anónimo.

El rostro de Belder se contrajo espasmódico.

—¡Claro! ¡Fue Teresa Goldring! ¡Qué estúpido fui al no comprenderlo en cuanto lo encontré! Siempre me odió. Aprovechó la ocasión para jugar sucio. ¡En qué lío me metería si consiguiese hacernos romper a Mabel y a mí en estos momentos!

Bertha estudió la carta con el ceño fruncido. Belder prosiguió:

—Si lograse envenenar el espíritu de Mabel contra mí, Teresa estaría en la gloria. Ya conoce lo peculiar de la situación, señora Cool. Lo puse todo a nombre de mi mujer; juré que se lo donaba como un solo y separado patrimonio y ella juró lo mismo. El juez

nos dio su beneplácito. Pero si se va, llevándose mi donación, me convierto en un pobre de solemnidad.

—Pero ella no se la entregaría a su madre, ¿verdad? —preguntó Bertha.

—En absoluto, pero…

—¿Hace buenas migas su mujer con Carlota? —indagó Bertha, dando vueltas al papel doblado con los dedos.

—Sí, aunque últimamente Carlota no para de refunfuñar porque no le quieren decir nada sobre sus padres. Asegura que tiene la edad suficiente para decidir por sí misma. Se ha hecho a la idea de que quizá jamás sabrá quién fue su padre, pero alimenta la esperanza de encontrar a su madre. Es una niña mimada y perezosa.

—¿Vive su madre?

—Creo que sí. Ésa es la dificultad. Tengo entendido que la madre ha removido cielo y tierra para encontrar a su hija. Teresa no tiene un aspecto muy notable, pero no se deja engañar: es una luchadora salvaje, despiadada. Nada la detendría. Ha puesto todos los obstáculos posibles a esa mujer.

—¿A cuál?

—A la madre.

—¿Es que Teresa Goldring la vigila?

—Eso creo.

—¿Cómo?

—Lo ignoro; sin duda empleando detectives. Teresa es lista.

—¿Tiene dinero?

—Algo. Y quiere más.

—¿De dónde lo sacó?

—Del seguro de su difunto esposo.

—¿Mucho?

—Unos veinte mil dólares. En vez de emplearlos en acciones y vivir de renta, Teresa ha fachendeado, derrochando, comprando cuanto deseaba, manteniéndose bien vestida y atractiva. Está convencida de que todavía fascina a los hombres y…

—¿Qué edad tiene?

—Cuarenta y ocho.

—Muchas mujeres tienen sus amores más románticos al pasar de los cuarenta —comentó Bertha.

Belder se apresuró a añadir:

—De acuerdo, señora Cool, pero son mujeres sinceras, que no presumen de lo que no son, mujeres todas corazón, comprensivas… Tendría usted que ver a Teresa para entenderme. Cuenta cuarenta y ocho años y se ha sugestionado hasta el punto de creer que su aspecto es el de los treinta y dos. Confieso que su figura es bonita, que vigila su peso, pero… ¡Que se vaya al diablo! Me pone malo hablar de ella.

—Pero continuará haciéndolo, como si nada —dijo Bertha—. Hemos de descubrir su relación con el anónimo. Tiene un ayudante.

—¿Qué?

—Si llaman por teléfono a su esposa, la persona que le hable debe ser desconocida, y lo mismo quien se encuentre con ella. Un amigo se limitaría a llamar y a decir: «¡Hola, Mabel! No cuentes que yo te lo dije, pero tu marido echa canas al aire». Y su propia madre no podría telefonearla, disfrazando su voz, para decir: «Señora Belder, usted no me conoce, pero yo…». ¿Comprende, Belder?

—Comprendo —contestó aquél.

—Por consiguiente, su suegra tiene un colaborador —afirmó Bertha—, desconocido para su esposa. La llamará: «Señora Belder, yo le escribí la carta. ¿Le gustaría hablar conmigo? No puedo ir a su casa, naturalmente, pero si nos encontramos en…». ¿Me entiende?

—La entiendo.

Bertha se levantó con aire de cansancio.

—Está bien. Tendré que seguir a su esposa, descubrir quién habla con ella, seguir al instrumento de la señora Goldring… ¡Uf! ¡Vaya un trabajito!

—Después, supongo, iremos a ver a mi mujer para demostrarle que fue su madre quien…

—No sea idiota —cortó Bertha—. La señorita Goldring protestaría que somos unos embusteros y haría creer a su hija que… No; iremos al encuentro de la señora Goldring.

—Teresa puede ser muy dura —comentó Belder, vacilante.

La mandíbula de Bertha se proyectó hacia delante.

—¡Dios mío! Si opina que su suegra es dura, espere a verme actuar. Ella es una aficionada y yo cobro por serlo.

capítulo cuatro

LA niebla se disipaba, cediendo su puesto al sol, cuando Everett Belder estacionó el coche de su mujer delante de su casa y miró a hurtadillas hacia el sitio en que, media manzana más abajo, Bertha Cool estaba arrellanada en su auto parado. Se apeó del vehículo abrochándose el abrigo y se arregló el ala del sombrero, gesto que convirtió en una señal furtiva.

Bertha, que le contemplaba a través del parabrisas del automóvil de la agencia, emitió un bufido y dijo para sí:

—¿Qué demonio supondrá que saca con eso?

Belder miró sucesivamente a su reloj y a la casa, e introduciendo el brazo por la ventanilla izquierda del auto, apretó el claxon antes de desaparecer rápidamente.

Acomodada en el asiento con filosófica paciencia, Bertha encendió un cigarrillo y esperó sin que sus astutos ojillos pasaran nada por alto.

El tráfico era escaso en la tranquila calle residencial. El bulevar en que Belder esperaba el autobús gozaba de la actividad suficiente para producir un débil zumbido, no el rugido constante anterior a las restricciones de gasolina. Pero, no obstante, era un ruido perceptible.

Belder subió al autobús que se detuvo en la esquina. El sol no había barrido por completo las altas capas de niebla procedentes del océano, aunque sí las masas de vapor de agua se adelgazaban permitiendo la aparición de retazos de cielo azul.

Cuando Bertha terminó el cigarrillo, su reloj marcaba las once y diez.

Algunos autos pasaron los diez minutos siguientes. Ninguno parecía tener ocupaciones en las cercanías y sus conductores no repararon en Bertha.

A las once y veintidós se abrió la entrada de la casa de Belder.

Bertha dio el contacto, pisó el embrague y puso el motor en marcha, sin dejar de contemplar a su presa, la mujer que avanzaba hacia el coche con el andar precipitado de quien tiene prisa por llegar a un sitio. Aun con el llamativo traje a cuadros, la recién aparecida resultaba atractiva. Llevaba un sombrero verde claro muy ceñido, bajo el cual se vislumbraba una cara tersa y joven, gafas negras y una boca muy roja. En el hueco del brazo izquierdo llevaba un gato joven, cuya cola se agitaba nerviosa.

Poniendo el coche en segunda, Bertha lo contuvo con el pie, en espera de que el otro auto arrancase del bordillo.

La tarea de seguir a una persona era pura rutina.

El vehículo que la precedía rodó a velocidad ordinaria, avanzando con cautela en los cruces y obedeciendo rigurosamente las señales de parada, sin dirigirse al barrio comercial, lo que sorprendió un poco a Bertha. Se atuvo a un itinerario irregular que le condujo al Bulevard Cresnhaw, donde dobló hacia Inglewood. Podía reconocerlo desde lejos, porque el gato había trepado al borde del asiento delantero.

La escasez del tráfico, que le facilitaba la persecución, aumentaba la dificultad de permanecer cerca de él sin despertar sospechas. Si la otra conductora hubiera dado señales de que comprendía que la seguían, Bertha hubiese acortado distancias, prefiriendo ser descubierta a fracasar. Pero, dada la situación, dejó un buen trecho entre ambas, olvidada por un momento de las reglas axiomáticas que los detectives han establecido para seguir los autos.

Una manzana más adelante, en un cruce de importancia, se encendió la señal roja. Bertha apartó el pie del acelerador con el fin de continuar adelante a velocidad moderada y llegar a tiempo para el cambio de luces. De pronto la sorpresa disparó su pie hacia el acelerador.

La señora Belder no se había detenido ante la señal roja, ni había aumentado la marcha. Con el tranquilo valor de la ignorancia supina, ignoró la luz y prosiguió su camino.

Bertha se precipitó hacia la travesía, donde su paso fue acortado por una riada de tráfico vertical.

Una rápida ojeada la informó de que no había guardias en los aledaños. Puso la segunda aguardando una ocasión y, al disminuir

la primera racha de vehículos, aprovechó un claro para cruzar la calle con acompañamiento de chirrido de frenos, bocinazos ensordecedores y unas frases que, aunque intentaban ser destructivas, rebotaron en sus desatentos oídos como el granizo en un tejado de uralita.

El coche delantero llevaba una ventaja de ciento veinte metros, pero no se apresuraba. Bertha cambió las velocidades y apretó el acelerador hasta reducir la separación a noventa metros. Su presa dobló a la izquierda con exasperante lentitud, sacando el brazo como disponen las ordenanzas.

La persecutora llegó como un huracán a la travesía y miró a una calle vacía perdiendo el tiempo con los frenos.

Era imposible que el auto hubiese llegado a la otra esquina y desaparecido por ella, pero no cabía otra explicación. Debió aumentar la velocidad.

Bertha tomó una rápida decisión. El coche tenía que haber girado a la izquierda o a la derecha en la intersección. Si había tomado la primera dirección, era indicio de que se disponía a desandar lo andado, lo cual sería la reacción de la persona que intentase sacudirse a un perseguidor. Aquello no concordaba con su pausada marcha ni con el brazo sacado en la esquina. Por consiguiente, lo lógico era dirigirse a la derecha.

Clavando el acelerador, torció a la izquierda para ganar espacio con el fin de doblar como un rayo en la travesía. Las ballestas protestaron cuando se lanzó a la curva.

Pero, en medio de esta maniobra, volvió la cabeza para mirar sorprendida por encima del hombro y un segundo después luchaba a brazo partido con los frenos y el volante.

Destruyendo su teoría del giro a la derecha, y dando base a la de que el conductor había descubierto que le seguían, la calle en que entraba estaba vacía.

Bertha había utilizado demasiada velocidad al tomar la curva. Hubo de frenar el coche por completo junto a la acera y retroceder antes de partir como una exhalación.

La travesía vecina no rindió mejores resultados, aunque el auto podía haber descrito otra curva a la izquierda, que le devolvería al bulevar.

Bertha masculló unas imprecaciones.

Es una vieja estratagema, de excelentes resultados, cuando uno se sabe perseguido, llevar una marcha moderada y uniforme, sacar el brazo en los cruces, meter al persecutor en una travesía henchida de tráfico y rizar el rizo.

De nuevo en el bulevar, conduciendo como si fuera un jefe de policía que llega a comer con cinco minutos de retraso, Bertha dejó atrás cuanto pasó por su lado, hasta que comprendió, con el enfermizo sentimiento de pez que ha picado, que había sido burlada.

Regresó al sitio donde había perdido el rastro sólo por el prurito de comprobar.

Se hallaba en la manzana ciento siete de la Avenida North Harkington, consistente en un bloque de quintas, con calzadas que llevaban a garajes particulares.

Bertha las recorrió todas. Estaban vacías y las puertas de los garajes cerradas.

Buscó un cigarrillo, aceptando la situación con profana filosofía, y condujo su automóvil hacia el barrio comercial.

capítulo cinco

La oficina de Everett Belder se hallaba en el undécimo piso del Edificio Rockaway. Bertha subió en el ascensor y se detuvo un instante frente al rótulo:

«
EVERETT
G.
BELDER.
Gestor de Ventas. Entrada».

En el interior sonaba el tecleteo de una máquina pulsada a un ritmo, velocidad y regularidad que competían con los de Elsie Brand.

Bertha empujó la puerta.

Una mujer que frisaba en la veintena, erguida y de estrecha cintura, apartó los ojos de la máquina de escribir. Sus dedos continuaron percutiendo las teclas, mientras sus ojos, de un gris de pizarra, formulaban una silenciosa pregunta a la recién llegada.

—El señor Belder —reclamó Bertha.

La secretaria dejó de escribir.

—Su nombre, por favor.

—Señora Cool. Me espera; es decir, debería esperarme.

—Un momento, tenga la bondad. Tome asiento, señora Cool.

La secretaria echó atrás su silla, dio un golpe a la puerta del despacho de Belder y la cruzó sin perder más tiempo. Bertha siguió en pie.

La secretaria reapareció.

—Puede entrar, señora Cool.

Bertha percibió el sonido de una silla al ser rechazada y unos

pasos veloces. Everett Belder la sonreía en el umbral. Los rastros de inquietud habían sido borrados en parte gracias al afeitado y al masaje, que prestaban suavidad y color a su piel. Sus uñas habían sido manicuradas recientemente.

—Pase, señora Cool, pase. Trabaja usted de prisa. La señorita es Imogenia Dearborne; sabe quién es usted. Si alguna vez tiene que informarme de algo o desea ponerse en contacto conmigo, puede comunicárselo a Imogenia… Pero pase, pase.

Bertha inclinó la cabeza sonriendo cortésmente a la secretaria.

Imogenia Dearborne bajó los párpados. Sus largas y negras pestañas poseían una curva atractiva y, cuando entornaba los párpados, se destacaban ventajosamente sobre el suave contorno de sus mejillas.

Bertha examinó los ojos modestamente bajados, exhaló un gruñido y aceptó la silla que le ofrecían.

La secretaria salió, cerrando la puerta a su espalda. Belder dio la vuelta a su mesa de despacho y se acomodó en una enorme butaca de nogal tapizada de cuero oscuro.

—No la esperaba tan pronto, señora Cool.

—Ni yo venir aquí.

—Quedamos en que seguiría a mi esposa hasta que estableciese contacto con aquella persona, a la que usted no abandonaría. Confío en que nada habrá estropeado ese proyecto.

—La perdí —anunció Bertha.

Belder enarcó las cejas, consternado.

—¿Que la perdió, señora Cool?

—Exacto.

—Pero yo di por sentado que usted conocía su oficio y que su coche…

—Todo eso fue bien —repuso Bertha—. Le seguí los pasos hasta que los perdí.

—Pero vamos, señora Cool… ¡Si debió ser muy fácil! Ella no sospechaba que la escoltaban.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque… Estoy seguro de ello.

—Pues yo ni pizca —exclamó Bertha—. Una de dos: o me hizo una jugarreta, una jugarreta tan fantástica que todavía no sé exactamente qué pasó, o soy víctima de una notable serie de

casualidades.

La voz de Belder expresaba claramente su irritación.

—En uno u otro caso, señora Cool, el resultado es el mismo. Hemos perdido toda oportunidad de enfrentar a la señora Goldring con los anónimos.

—Déjeme ver otra vez la carta —ordenó Bertha con energía.

Belder dudó antes de sacarla del bolsillo.

—¿Dónde tiene el archivador de su correspondencia personal?

—No acabo de comprender —dijo Belder.

—Quiero examinar su correspondencia personal —aclaró Bertha —, porque presumo que encontraremos una pista en ella.

—Sigo sin entender.

—Aunque mucha gente lo ignora, la escritura a máquina es tan característica como la manuscrita. Un perito puede decir, al consultar un escrito, qué marca y modelo de máquina se usó para redactarlo. Yo no llego a tanto, pero estoy casi segura de que el anónimo fue escrito con una máquina portátil. Tengo el convencimiento de que encontraré una pista en su correspondencia personal o en alguna de las cartas que Nunnely le escribió.

—Jamás lo hizo. Me demandó públicamente, logró la ejecutoria y…

—¿Esa ejecutoria se basa en transacciones comerciales?

—Sí.

—¿Transacciones que él calificó de poco honradas?

—Pues… de fraudulentas, un maldito tecnicismo legal que le capacitó para alegar fraude, basándose en que yo era el depositario involuntario, o algo parecido, de un capital que… Pero pediré mi correspondencia personal, ya que desea verla, señora Cool.

Belder apretó un timbre.

Bastaron dos segundos para que se abriese la puerta del despacho e Imogenia Dearborne preguntase, con el tono preciso de cortés eficiencia:

—¿Mande, señor Belder?

—La señora Cool ha de examinar mis cartas personales. Haga el favor de traer el archivador.

La secretaria dejó la puerta abierta. Regresó un cuarto de minuto más tarde, ofreciéndoles una visión de líneas definidas y esbeltas caderas. Colocó el archivador sobre el escritorio de su jefe con la

exagerada impersonalidad con que algunas secretarias pretenden impresionar a los visitantes.

—¿Desea algo más? —preguntó, y sus palabras sonaron como el tableteo de los tipos en el rodillo de una máquina de escribir.

—Esto es todo, señorita Dearborne.

—Bien, señor Belder.

Se encaminó rígida a la antesala, cerrando la puerta tras sí.

Bertha la observó, meditabunda.

—Exagera un poco —comentó.

Belder pareció desorientado.

—¿Cómo?

—Decía que cuando se han visto tantas cosas como yo… —contestó Bertha—. ¡Bah! Iguales. Sólo cobro por lo de los anónimos. Háblame del gato que su esposa llevaba, señor Belder.

—¿Se lo llevó?

—Sí. ¿Lo hace muy a menudo?

—Últimamente no se aparta de él más que por la noche, en que no puede conservarlo a su lado. Como le gusta ir en automóvil, la acompaña cuando sale.

—¿Cómo se llama?

—«Patillas». ¡Ojalá se cuidase de mí la mitad de lo que se desvive por ese maldito animal!

—Quizás él se cuide más de ella.

Belder se ruborizó.

—¡Pero, señora Cool…!

—¡Dejémoslo! —exclamó Bertha, seccionando su digna protesta antes de que la formulase del todo—. Veamos ese archivador.

Lo cogió y se puso a examinar su contenido. Mientras lo hacía, Belder, algo aplacado, comentaba:

—Ésa es de un individuo que quería que fuera a cazar con él. Salimos juntos hace dos años; él lo pasó bien, pero yo no. Tuve que preparar la comida y lavar los platos… Ésa procede de un vendedor que me pide trabajo. El pobre no se da cuenta de que nuestro oficio no tiene valor en la actualidad, o piensa que yo me encuentro en una situación distinta. El problema de llevar a cabo los encargos…

—¿De quién es ésta? —preguntó Bertha clavando el índice en una carta escrita por una mujer.

Everett Belder carraspeó.

—No sabía que estaba ahí.

—¿De quién es?

—No creo que le interese, señora Cool. No tiene nada que ver con…

—¿De quién es?

—Se llama Rosslyn.

—¿Y su nombre de pila?

—Mamie.

—¿Qué significa el encabezamiento: «Querido Sinbad»?

Belder volvió a carraspear.

—Bueno, señora Cool. La señorita Rosslyn era camarera en un restaurante de San Francisco. Me produjo la impresión de ser muy hábil. Entienda, todo eso ocurrió dos años atrás…

—Continúe.

—Pensé que podría emplear mejor su talento y, como conozco a algunos personajes en San Francisco, le conseguí una colocación. Eso es todo.

—¿La conserva?

—¡Vaya que sí! Ascendió como un cohete.

—¿Y lo de «Sinbad»?

Belder rió.

—La vi a menudo, por negocios, desde luego, y se divirtió con las anécdotas que le referí sobre la técnica de las ventas y la posibilidad de convertir en entusiasmo la resistencia a comprar. Me dijo que yo hablaba como Sinbad el Marino y…

Después de llamar de modo impersonal, Imogenia Dearborne apareció en el vano de la puerta.

—La señora Goldring está al teléfono. Le comuniqué que estaba ocupado, pero insiste en que debe hablar con usted.

—¡Dios mío! —suspiró Belder.

Bertha le contempló con indiferente interés.

—¿Hablará con ella?

Belder lanzó una mirada suplicante a su secretaria.

—Dígale que la llamaré, que le dé su número de teléfono. Asegúrele que tengo visita y que estoy a punto de firmar un contrato importantísimo. Procure que suene bien, Imogenia; convénzala.

—Bien, señor Belder. Preguntó dónde estaba la señora Belder.

Belder se cogió la cabeza con las manos y gruñó. El despacho quedó silencioso durante un rato.

—¡Cuernos! No lo sé —gimió levantando la cabeza—. Contéstele que no he estado en casa desde… ¡Mandela a freír espárragos o que se pegue un tiro!

—Bien, señor Belder.

Imogenia cerró la puerta sin ruido. Su jefe, tras de vacilar un instante, saltó de su asiento y corrió a la antesala.

—Arregle el teléfono para que pueda escuchar, Imogenia.

—Perfectamente.

Belder se inclinó por encima de la butaca de Bertha y empuñó el teléfono, dejando de par en par la puerta de la antesala.

Bertha pudo oír la adormecedora dulzura de la voz de la secretaria.

—Siente muchísimo no poder hablar con usted ahora, señora Goldring. Deme su número y la telefoneará a la primera oportunidad… No, en absoluto. Es una importantísima conferencia. Está a punto de firmar un contrato con un fabricante para la distribución de un producto por toda la región occidental de las Montañas Rocosas… Sí, lo anotaré… Gracias, señora Goldring… Sí. Le avisaré de que Carlota está con usted. Muchísimas gracias. Adiós… ¿Cómo? Dijo que, si no se hallaba en casa, no lo sabía. No ha estado en ella desde que vino a la oficina… Sí, señora Goldring, se lo diré. Gracias. Adiós.

La comunicación terminó. Belder colgó el aparato.

—¡Vaya una complicación! —suspiró.

—¿Es su madre política?

—Sí. De lo oído, deduzco que acaba de saltar del tren. Mabel sabía, evidentemente, que llegaba hoy, pero no me lo contó. El tren llegó con retraso. Carlota esperó. Mabel no fue o no quiso aguardar. Su madre está enfadada y busca el sistema de echarme la culpa de todo.

—Su esposa consideró la llamada telefónica de las once mucho más importante que ir en busca de su madre —dictaminó Bertha.

—Así parece.

—No estoy muy segura, pero tendré que revisar mi opinión sobre su suegra —dijo Bertha casi pensativa y dedicó de nuevo su atención a la correspondencia.

De pronto exclamó bruscamente:

—¿Qué es esto?

Belder sonrió al verla coger una docena de cartas retenidas por un sujetapapeles de alambre, sobre las cuales había la siguiente nota:

«Le han incluido en la lista de los primos. I. D».

—La señorita Dearborne me aseguró que me arrepentiría —rió —. Recibí, como todo el mundo, una partida de peticiones de instituciones benéficas destinadas a la protección de extranjeros hambrientos, niños sin hogar, etcétera. Meses atrás me mandaron una tan conmovedora, que doné veinticinco dólares. Y este alud fue el resultado.

Bertha las ojeó.

—Pertenecen a diferentes organizaciones, creo.

—Sí. Pero fíjese en la nota de la señorita Dearborne. Cambian entre sí las direcciones. Si contesta por correo a las demandas de la Sociedad Proveedora de los Hambrientos, por lo visto remiten su nombre y señas a la Asociación Protectora de las Necesitadas Hijas de los Generales Prerrevolucionarios, y así sucesivamente. En cuanto se hace un donativo, se sufre una inundación de papeles.

Otra vez sonó una perentoria llamada en la puerta. Compareció Imogenia.

—La secretaria de la señora Cool está al aparato —anunció—. Dice que es importante que hable con ella inmediatamente. Preguntó si estaba la señora Cool aquí.

—¿Qué respondió usted? —indagó Belder.

En los labios de la señorita Dearborne se insinuó una sonrisa.

—Esa mujer pretende ser la secretaria de la señora Cool. Contesté que no conocía personalmente a ninguna señora Cool, pero que me informaría.

—¿Está al aparato? —inquirió Belder.

—Sí.

Belder interrogó a Bertha con la mirada.

—Dispóngalo de modo que pueda escuchar y hable con ella. Reconoceré la voz si es Elsie Brand. Entreténgala.

Imogenia regresó a la antesala. Belder entregó en silencio el

teléfono a Bertha, que esperó hasta oír un chasquido metálico. Entonces la señorita Dearborne dijo:

—No entendí bien el nombre. ¿Quiere hablar con la señora Pool? P-o-o-l, con P de «privado».

La voz de Elsie, excitada por la impaciencia, repuso:

—No; con la señora Cool. C-o-o-l. Con C de «confidencial».

—¡Hola, Elsie! —intervino Bertha sin esperar más—. Escucho. ¿Qué quiere?

—¡Oh! —exclamó Elsie aliviada—. La busqué en todos los sitios imaginables.

—¿Qué pasa?

—Vino un tal Nunnely.

—¿Hace mucho? —preguntó Bertha.

—Una buena media hora.

—¿Qué deseaba?

—Tratar con usted de un asunto de suma importancia. Es algo que ayer discutieron. Afirmó que usted me agradecería cuantos esfuerzos hiciera para encontrarla.

—¿Qué contestó?

—Que procuraría localizarla y que le recomendaría que le telefonease.

Bertha meditó un momento.

—Está bien, Elsie. Le llamaré desde aquí. Es preferible que no sepa dónde estoy. Si no consigo ponerme en contacto con él, y volviese a telefonear preguntando si me dio el recado, dígale que estuve en la oficina diez minutos antes, que tenía mucha prisa y que, aunque me dio el recado, no tuve tiempo de llamarle. Ha de producir la impresión de que yo no consideré la cosa muy importante. ¿Entendido?

—Sí.

—Adiós.

Bertha se libró del aparato y explicó a Belder:

—Nunnely ha telefoneado a mi oficina, anhelando hablar conmigo sobre la proposición que ayer le presenté y rogando a mi secretaria que me diese el encargo cuanto antes.

Belder se excitó.

—Eso significa que acepta, señora Cool. Lo sabía. Estaba seguro de…

—No cante aún victoria —aconsejó Bertha—. Es un hueso duro. Seguramente me hará una contraoferta. Ya oyó lo que dije a mi secretaria sobre no mostrarse muy ansiosa si llama antes que yo a él. Deme su número. Charlaré con él.

Belder se levantó y sacó la cabeza a la antesala.

—Imogenia, marque el número de Nunnely y prepare la extensión para la señora Cool así que tenga la comunicación. No tienen que oírla.

Volvió al escritorio y cogió una cajetilla.

—¿Un cigarrillo? —ofreció nervioso.

—Ahora no —contestó Bertha—. Tengo que telefonear. ¿Qué le digo si hace una contraoferta?

—Respóndale… respóndale que volverá a llamarle, pero que nada, puesto que antes ya le ofreció lo máximo que puede pagar.

Belder encendió una cerilla y la aproximó con mano temblorosa al cigarrillo.

—No sabe lo que significará para mí poner fin a esa cuestión, señora Cool. Cometí el error más terrible en que se puede incurrir y…

Le interrumpió un timbrazo. Bertha tomó el aparato.

—¿Oiga?

No percibió más que un débil zumbido.

—Acaban de marcar el número —comentó Bertha—. Suena la llamada.

—Gestoría de Ventas Nunnely —dijo una voz femenina.

—Con el señor Nunnely, por favor —demandó Bertha, tranquila y metódicamente, arrastrando casi las palabras.

—¿Quién pregunta por él?

—La señora Cool.

La voz femenina cobró actividad.

—Sí, señora Cool. Un instante, por favor. Ha estado procurando hablar con usted.

Tras otro chasquido, la voz de Nunnely, con ritmo mucho más rápido que cuando Bertha se entrevistó con él, saludó:

—Hola. ¿La señora Cool?

—Sí.

—Encargué a su secretaria que le pasase un recado. ¿Lo ha recibido?

—Sí.

Nunnely se aclaró la garganta.

—Señora Cool, no me andaré por las ramas. Estoy dispuesto a enseñar mis cartas.

—Adelante —le animó Bertha—. Si no lo hiciera, perdería el tiempo conmigo.

—Cuando me presentó su oferta, temí que se tratara de una broma. Estuve a punto de mandarla a paseo.

—¡Hum! —masculló Bertha, y agregó—: Lo sé.

—Pero la situación ha cambiado en cierto aspecto. Sé de una inversión con la que puedo cuadruplicar mi dinero.

—Comprendo.

—Naturalmente, usted puede ser lo que afirma: un especulador que adquiere ejecutorias y las explota. Por otra parte, quizá sea un testaferro de Everett Belder.

—¿No hablamos ya de eso? —recordó Bertha.

—Sí, señora Cool. Iré al grano. Si usted me entrega un cheque al portador o personal por dos mil quinientos dólares antes de las cuatro de la tarde, le transferiré la ejecutoria con todas las de la ley.

—Bien.

—Pero ha de ser a las cuatro de la tarde de hoy, ¿entiende?

—Sí.

—Desde luego, lo que me anima a aceptar su ridícula oferta se debe a la ocasión que se me presenta; es la única razón que tengo. Si no tengo el dinero a las cuatro, no me servirá de nada.

—Bien.

—Entonces, ¿puedo contar con que tendré el dinero a las cuatro?

Bertha titubeó una fracción de segundo. Echó un vistazo a la ansiosa cara de Belder y dijo por teléfono:

—Es algo precipitado. ¿No puede concederme más tiempo?

—Señora Cool, usted presumió de tener el dinero a mano y me metió su proposición bajo las narices. Quiero el dinero a las cuatro de esta tarde o no hay trato. Después de esa hora no entregaría la ejecutoria por nada del mundo. Las cuatro son el límite. Las cuatro y un minuto será demasiado tarde. ¿Qué? ¿Tendré o no el dinero?

—Lo tendrá —dijo Bertha—. ¿Dónde le encontraré?

—En mi despacho.

—Mi abogado redactará la cesión de la ejecutoria para evitar tretas.

—¿Qué habrá en ella? —preguntó Nunnely con suspicacia.

—Todo —contestó Bertha.

Nunnely lanzó una carcajada.

—Bueno, de acuerdo, señora Cool. Pero una cosa: quiero el dinero tan pronto como usted pueda conseguirlo. Si me lo trae dentro de media hora, será maravilloso. Las cuatro son el límite.

—Perfectamente.

—Muy bien. Me alegro de que nos entendamos. ¿A qué hora me traerá la cantidad? Le suplico que sea lo más pronto que pueda.

—A las tres cincuenta y nueve —replicó Bertha y colgó—. Se rinde. Está en un aprieto. Al principio empleó el viejo ardid de simular que debe hacer una inversión. Le es lo mismo recibir los dos mil quinientos en un cheque al portador o personal.

Belder, levantándose de un salto, propinó una fuerte palmada al sólido hombro de Bertha.

—Señora Cool, es usted un tesoro. ¡Lo ha conseguido! Estaba convencido de ello. Si comprendiera lo que…

—Un segundo —interrumpió Bertha—. Ha fijado un límite definitivo: las cuatro de esta tarde. Si pasa un minuto será demasiado tarde. Por lo menos, así lo dijo.

Belder se puso serio.

—Debe de ser verdad. Ha hecho juegos malabares con el capital y le habrán dado un plazo irrevocable para que reembolse antes de las cinco o de las seis si no quiere ir a la cárcel, lo cual implica que debo moverme aprisa.

—Un cheque al portador será lo más indicado —rumió Bertha—. De ese modo se ahorrará el tener que ingresar el dinero a mi cuenta a fin de que yo extienda el cheque personal.

Belder clavaba los ojos en su reloj.

—Tengo que hablar con mi mujer —murmuró.

—¿No puede prescindir de ella?

—Claro que no.

—Tal vez ofrezca reparos después de recibir el anónimo —recordó Bertha.

Belder rió.

—No, tratándose de este asunto. Es capaz de martirizarme

semanas enteras por mi supuesto embrollo con la criada, pero extenderá el cheque en menos de cinco minutos después de oírme. Al fin y al cabo, señora Cool, el capital es mío.

—Lo era —repuso Bertha con sequedad.

Belder sonrió condescendiente.

—Aunque esté furiosa, se alegrará de librarse de una ejecutoria de veinte mil por dos mil quinientos.

—El tiempo apremia —dijo Bertha.

—Lo sé —convino Belder, frunciendo el ceño a las saetas de su reloj—. No tardará en volver a casa, incluso si se encontró con el autor del anónimo. Pero eso es lo malo. Quizá no paren de charlar y vayan a comer juntas y cuando dos mujeres lo hacen… ¡Dios mío! ¡Señora Cool! ¡Ojalá no la hubiese perdido de vista!

—Podría recurrir a su banquero —sugirió Bertha—, explicarle la situación, aclararle que está pendiente de ejecutoria precisamente para librarse de…

—Ni soñarlo —atajó Belder—. Para esquivar la ejecutoria lo puse todo, absolutamente todo, a nombre de mi esposa, tan a lo vivo que ni siquiera podría tomar un taxi si ella no me lo pagara. Recuerde, señora Cool, que, desde hace un año, no he tenido los beneficios necesarios para cubrir los gastos de oficina. Mientras las cosas fueron bien, me llené los bolsillos; cuando empeoraron, me metí en un agujero y lo tapé. Es un tinglado ideal para burlar una ejecutoria, pero no cuando se desea amontonar dinero. No, tengo que encontrar a Mabel. Si come fuera, sólo puede haber ido a cuatro o cinco sitios. Lo único que puedo hacer es recorrerlos.

—¿Quiere que le acompañe?

—Sí. Ahorraremos tiempo así que tengamos el cheque… No, no; olvidamos el anónimo. Si encuentro a mi esposa y usted me acompaña… ¡Maldición! ¿Por qué le escribirían esa desvergonzada carta en esta ocasión?

Bertha se puso en pie.

—Esperaré en mi oficina. Telefonéeme cuando todo esté arreglado.

Una vez más el rostro de Belder se iluminó.

—¡Estupendo, señora Cool! Tuve una buena ocurrencia al contratarla —abrió la puerta de la antesala—. Jamás podré pagarle…

Dos mujeres cruzaron majestuosamente la entrada exterior e invadieron la estancia.

La exagerada cordialidad con que las saludó Belder era síntoma evidente de cumplido.

—¡Teresa! —gritó—. ¡Y Carlota! ¡Cuánto me alegra que viniesen por aquí! Me fue imposible interrumpir la conferencia para hablar por teléfono… Perdone, por favor —dijo a Bertha.

—No faltaría más —contestó Bertha con cortés indiferencia.

La señora Goldring la midió de pies a cabeza, y sus ojos se detuvieron consternados al llegar a la cintura.

Belder se apresuró a decir:

—¡Teresa! ¡Tiene un aspecto maravilloso! Parece la hermana de Carlota —y añadió con la precipitación de quien intenta rectificar un *faux pas*—: Carlota está deliciosa; nunca la vi como ahora. Toda la semana te lo estoy diciendo ¿verdad?

La joven puso cara de fastidio.

La señora Goldring, muy a su pesar, dedicó una sonrisa afectada a su yerno.

—¿Te parece así, Everett, o lo dices por hablar?

—No, Teresa, es la verdad. Quien la vea por la calle la tomará… es decir, no pensará… bueno, no sospechará que usted y Carlota son madre e hija.

—Ya sabes que no lo somos —replicó Carlota agriamente.

—Ya me entiendes —se aturulló Belder—. Entren en mi despacho. En seguida acabo.

—Supongo que no molestamos —dijo la señora Goldring.

—No, no; en absoluto. Entren y considérense en su casa.

La señora Goldring no se movió.

—Everett, ¿dónde está Mabel? —indagó.

—No lo sé —exclamó Belder desesperado—. Necesito verla. ¿Está segura de que no se halla en casa?

—Lo estoy, naturalmente. Venimos de ella.

—Ande, entren en mi despacho y tomen asiento. Inmediatamente me reuniré con ustedes.

—¿Tienes idea de adónde fue? —insistió la señora Goldring.

—Tenía una cita en alguna parte. Hice que repasaran el coche y pusiesen gasolina… pero pasen, pasen, por favor.

—Pero, Everett, debo encontrar a Mabel. Vengo especialmente

de San Francisco para verla. Sin duda recibió mi aviso; estoy convencida de ello. Informó a Carlota de que yo llegaba.

—¿Su aviso? —repitió Belder maquinalmente para ganar tiempo.

—Le mandé un telegrama después de… ¿No te contó que yo venía?

—¡Oh, no! Entonces habrá ido a buscarla a la estación.

—El tren entró con mucho retraso. Carlota se marchó temprano de vuestra casa y Mabel convino en que se encontrarían en la estación. ¿Hace mucho que no has visto a Mabel?

—No lo sé. No puedo pensarlo en este momento; tengo que rematar un negocio. ¿Quieren tener la bondad de entrar y tomar asiento?

La señora Goldring se volvió una vez más para ponderar a Bertha y exclamó:

—¡Ah, sí! Ahora recuerdo. Tenías que firmar un contrato con un fabricante, ¿verdad, Everett? Lo siento. Espero no haberles molestado.

—Claro que no; no, no. Al punto estoy con ustedes. Pónganse cómodas.

—Vamos, hija —dijo la señora Goldring a Carlota y sonrió con acidez a Bertha—. Confío en que no fuimos inconvenientes ni nos entrometimos en su *contrato de venta*.

—No se preocupe —respondió Bertha—. Nunca me estorbaron lo más mínimo las interrupciones *sin importancia*.

La señora Goldring, levantando la barbilla, giró a medias. Sus ojos se encontraron con los de Bertha, pero, pensándolo mejor, penetró al fin en el despacho.

—¿Le explicará lo del arreglo? —preguntó Bertha en voz baja.

Belder, echando una ojeada medrosa a la puerta que Carlota acababa de cerrar, contestó casi en un murmullo:

—No, no.

—Está bien —aprobó Bertha—. Sacúdaselas de encima cuanto antes.

—No hace falta que me lo recomiende —dijo Belder—. Ni siquiera podré salir en busca de Mabel mientras estén aquí.

—¿Por qué no le habló su esposa del telegrama de su madre?

—Lo ignoro —gruñó Belder, cuyo acento retrataba su

preocupación—. No es propio de ella.

—La única razón es que su mujer no quería que usted supiese que su suegra llegaba —continuó Bertha—. Sin duda, presentía una crisis conyugal y quiso que su madre la apoyase moralmente. Apuesto a que telegrafió o telefoneó a la señora Goldring pidiendo que viniese a causa del anónimo.

—Lo sé, lo sé —se irritó Belder—. Fue esa carta. En cuanto la recibió, telefoneó a su madre. ¡Vaya un lío!

—Siga mi consejo —dijo Bertha—. Quítese la careta y enséñele la puerta. No se ponga a darle coba. Además, se extralimita cuando lo hace y no le servirá de nada. No se puede domar a una mujer de ese tipo. Lo que…

—¡Chist! ¡No hable tan alto! —suplicó Belder en un cuchicheo —. Yo…

—Everett —llamó la señora Goldring—, ¿no puedes concedernos unos segundos de tu precioso tiempo? Mabel nos tiene angustiadas. No estaba en la estación y sabemos que se proponía hacerlo.

—Sí, sí. Ahora mismo —dijo Belder.

Sus ojos, con expresión inconfundible, suplicaron a Bertha que se fuese.

—Entre y pórtese como un hombre —le animó ésta.

—Será mejor que se vaya —susurró Belder, mirando a la entrada de su despacho—. ¡¡Por favor!!

—¡Oh! ¡Está bien! —bufó Bertha.

Se dirigió a la salida, permaneció unos segundos en el corredor y, girando sobre sí misma, penetró de improviso.

El despacho de Belder estaba cerrado. Imogenia Dearborne se detuvo en el centro de la antesala y regresó a su máquina de escribir.

—Me acordé de que debía presentar un informe —explicó Bertha—. ¿Podría escribir a máquina una nota para el señor Belder? Se la dictaré aquí mismo.

La secretaria puso un papel en el rodillo. Bertha dictó:

—No estará de más que comunique a la policía que han robado el coche de su mujer. Más tarde se excusará diciendo que se trataba de una equivocación. La policía detendrá el vehículo si…

Las manos de Imogenia volaron por el teclado; se paró al vacilar Bertha, que, contemplando la nota con la frente arrugada, masculló:

—Pero quizá no sea lo más adecuado. Lo reflexionaré. Acaso será preferible que le telefonee.

Su índice y pulgar se cerraron en el borde del papel, arrancándolo del rodillo. Lo plegó y lo guardó indiferente en su bolso.

—Le enviaré la nota si decido que es el mejor método.

Los grises ojos de la secretaria la contemplaron enigmáticos.

—Escribe usted muy aprisa —dijo Bertha.

—Gracias.

—¿Hace mucha práctica?

—El trabajo no falta.

—¿Tiene una máquina en su domicilio?

—Sí.

—¿Portátil?

—Sí.

Bertha sonrió.

—Muchas gracias.

Imogenia Dearborne observaba con sus firmes e inexpresivos ojos a Bertha Cool cuando ésta abandonó la oficina.

capítulo seis

A las tres y cuarto Belder hacía sonar el teléfono del despacho de Bertha Cool.

—¿Todo está ya a punto? —preguntó ésta al oír su voz.

—Señora Cool, la cosa es más complicada de lo que sospeché.

—¿Qué sucede?

—La señora Goldring vino con un propósito definido. Temo que aquella carta produjera más daños de los que preví. Por lo visto, Sally se marchó, y mi esposa tal vez haya seguido su ejemplo. Quizá se encontró con el autor del anónimo y… No puedo explicarlo con detalle.

—¿Su madre política no sabe dónde está Mabel?

—No. Y no se aparta ni un instante de mí, de modo que me es imposible hacer nada. Tengo las manos atadas.

—¿Dónde está ahora?

—En mi casa.

—¿También su suegra?

—¡Claro! No me deja ni a sol ni a sombra.

—¿Por qué no se quedó en su oficina y le dio la patada?

—No es fácil cuando se obstina en no perder a uno de vista.

—¡Bah! —despreció Bertha—. Estoy convencida de que sabe dónde está su esposa y de que le toma el pelo. Tírela escaleras abajo y vaya en busca de su mujer.

—No me entiende, señora Cool. Suponga que Mabel se entrevistó con el autor de la carta, escuchó algunas mentiras más y decidió abandonarme. ¿Lo ve ahora? Tenía que esperar en mi casa, porque si decidía llevar a cabo algo drástico, había de venir en busca de ropa… Debe lograr usted que Nunnely nos conceda un poco más de tiempo. Ésta es una de la porción de desgraciadas coincidencias que me atosigan últimamente. Llame a Nunnely o,

mejor aún, vaya a su oficina y comuníquele que necesita otras veinticuatro horas. Probablemente no accederá, pero puede intentarlo…

La voz de Belder cambió de pronto. Bertha le oyó decir en el untuoso tono que reservaba para su madre política:

—¡Ah! Es usted, Teresa. Precisamente me preguntaba dónde estaba. Me llaman de la oficina… No, no ha telefoneado allí. No saben nada de ella; No se inquiete tanto. No le habrá pasado nada. Habrá ido a comer y a jugar al *bridge*, o algo semejante…

A continuación, Belder habló con más fuerza y autoridad.

—Eche la correspondencia al buzón. Si llama alguien, diga que esta tarde no iré al despacho. Si telefonease la señora Belder, pregúntele si olvidó que hoy llegaba su madre. La esperamos en casa. Adiós, Imogenia.

El aparato ensordeció a Bertha al ser colgado con energía.

La detective apretó un timbre y Elsie respondió.

—Póngame con Jorge K. Nunnely.

Bertha se retrepó en su asiento y meditó hasta que el timbre sonó.

—Hola, señora Cool. ¿Qué desea? —dijo la fría y bien modulada voz de Nunnely.

—Me apremia usted demasiado.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que no estoy segura de tener el dinero a las cuatro de la tarde. Tendrá que concederme veinticuatro horas de respiro.

—Imposible.

—Es un plazo de simple precaución —aclaró Bertha incitante—. Espero tener el dinero antes de las cuatro, pero tal vez necesite un día más.

—Señora Cool, al formular su proposición habló de dólares en mano.

—Y así es.

—Ésa no es mi definición de dinero en mano.

—Es la mía.

—Aguardaré su dinero hasta las cuatro —avisó Nunnely glacialmente—. En caso contrario, no se cierra el trato.

El chasquido del teléfono al ser colgado silenció la contestación que Bertha articulaba. Aniquilando el aparato con la mirada, tronó:

—Conque me interrumpes de esa forma, ¿eh? Ya te diré lo que pienso, simpático, cuando hayamos realizado este negocio.

Irrumpió en la sala de recepción a fin de dar personalmente una orden a Elsie.

—Si ese hombre vuelve a llamar, dígale que me niego a hablar con él.

—¿Nunnely?

—Sí.

—¿Empleo sus mismas palabras?

—No. Dígale que estoy muy atareada y que mandé que no me molestasen. Si insiste, pregúntele si es el señor Nunnely que colgó el teléfono dejándome con la palabra en los labios. Procure que su voz sea lo más dulce posible, como si esas preguntas tuvieran por objeto identificarle.

Elsie tomó unas rápidas notas e inclinó la cabeza.

—Presumo que ésa será la mejor forma de manejarle —prosiguió Bertha—. Me hubiera mandado al infierno hace tiempo si no necesitase el dinero como el aire que respira. De ese modo se pondrá a sudar, y un poco de sudor ablandará su caparazón. Voy a trabajar; que nadie me estorbe.

Después de cerrar la puerta de su despacho, sacó la carta que Belder le había entregado y estudió por separado sus caracteres con una lupa, apuntando las distintas características y consultando de vez en cuando una tabla que contenía tipos de letra de todas las marcas y modelos de máquinas de escribir.

Tardó algo más de una hora en sentenciar que el anónimo había sido escrito en una portátil Remington de tipo antiguo. Bastaron unos minutos para convencerla de que la nota que acompañaba las cartas particulares de Belder había sido escrita con la misma máquina.

Bertha bajó a la planta baja del edificio, en cuyo restaurante tomó una taza de café y un bocadillo. Diez minutos después regresaba a su oficina.

—¿Algo nuevo, Elsie?

—El señor Nunnely telefoneó.

Una expresión de serena satisfacción se esparció por el semblante de Bertha.

—¿Qué le dijo?

—Lo que me encargó.

—¿Le contó que había salido?

—No. Le contesté que tenía trabajo y no quería hablar con nadie. Él pretendió que se haría una excepción en su caso y entonces le pregunté si era el señor Nunnely que la había dejado con la palabra en la boca no hacía mucho.

—¿Qué dijo?

—Carraspeó y exclamó al fin: ¡Oh! ¿No había terminado? Lo siento.

—¿Y qué? ¿Se puso a gimotear?

—No. Me dio las gracias y colgó.

El rostro de Bertha se contrajo.

—Eso no basta —rezongó—. Debería estar ansioso.

—Pero telefoneó —indicó Elsie—. Eso ya es algo.

—Quiero decir condenadamente ansioso —puntualizó Bertha—. ¿Sonaba angustiada su voz?

—No. Tan bien modulada como siempre.

—¡Oh! ¡Que se vaya al infierno!

Se abrió la puerta de la oficina y apareció Everett Belder precipitadamente.

—¡Dios mío, señora Cool! ¡No sé qué vamos a hacer!

—No pierda los estribos —recomendó Bertha—. ¿Ha pasado algo más?

—¿Que si ha pasado algo más? ¡Cielo santo! Un cargamento de cosas. ¿Sabe la última? Mi esposa me ha plantado y posee cuanto tengo en el mundo: dinero, los contratos por percibir… ¡Incluso los muebles de mi oficina!

Bertha le estudió un momento y giró hacia su despacho.

—Bueno. Sospecho que tendré que escuchar los espeluznantes detalles. Pase.

Belder rompió a hablar antes de que Bertha hubiese cerrado su madriguera.

—La han llenado de veneno contra mí y ha acabado por abandonarme.

—¿Sin llevarse sus cosas?

—Volvió para preparar su equipaje, señora Cool.

—¡Oh, oh! —exclamó Bertha significativamente.

—Sólo hace media hora que me enteré —explicó Belder—. Yo

había echado un vistazo a su ropero para asegurarme. No advertí que faltase nada; los vestidos colgaban. Pero la señora Goldring se alarmó; entre ella y Carlota, al hacer el registro, descubrieron la ausencia de varias prendas. El vestido azul, una falda a cuadros y su blusa, dos pares de zapatos y…

—¿Y el cepillo de dientes?

—Sí, lo sacó del botiquín.

—¿Y las cremas?

—Eso es lo que me extrañó, señora Cool. Los tarros de crema y las botellas de loción estaban, como siempre, en el tocador.

—¡Hum! —gruñó Bertha—. No llevaba maleta cuando la vi salir. Debió de volver en busca de todo eso.

—Sin duda. Fue a reunirse con la persona que la telefoneó, dispuesta a entrevistarse con ella y a ir luego a esperar a su madre. Pero le dijeron algo que la obligó a cambiar de idea. Mabel regresó a casa, guardó unas cuantas cosas en la maleta y se fue, olvidando a su madre o pensando que lo otro era más importante. No podré hacer nada hasta que la encuentre. ¿Convenció a Nunnely de que esperase hasta mañana?

—Oiga. Está trastornado, pero no puede hacer nada. Es muy posible que su mujer no le haya plantado en serio. Le metieron una porción de disparates sobre usted en la cabeza y se propuso abandonarle por algún tiempo para darle una lección.

—¿Qué le induce a creerlo?

—Un montón de detalles. Su esposa se propone darle un buen susto y su madre política anda en el juego. Aparecerá en cuanto piense que logró su propósito. Está en contacto con su mamá y sabe todo lo que sucede. Ésa es la razón indudable de que la señora Goldring compareciese.

»Adopte usted la actitud de que su mujer tiene el privilegio de dejarle si se le antoja. A usted le sabe mal, desde luego, pero si ella se larga hay millones de sustitutas en el mundo. No exagere mucho; después de dar esa impresión a su suegra, desaparezca una media hora, para que ella pueda telefonear a su hija. Verá qué pronto reaparece ésta así que se entere de que se ha recobrado del golpe y de que no se olvida de que existen otras faldas…

—Eso no es todo —exclamó Belder de pronto—. Hay otra cosa.

—¿Otra qué?

—Otra carta.

—Enséñemela.

Belder le tendió un sobre cerrado dirigido a Mabel. Bertha le dio vueltas examinándolo. Estudió el sello y el matasellos, bastante borroso.

—¿Cuándo llegó? —se informó.

—Con el correo de la tarde.

—¿Se la dio el cartero?

—No, ¡maldita sea!, la recibió mi madre política.

—¿Y qué hizo?

—La colocó en una mesita con el resto de la correspondencia. Pero la contempló como si fuera a devorarla; a decir verdad, las miró todas, pero ésta fue la única que despertó su curiosidad. Como ve, lleva el «personal, privado y confidencial».

—¿Cómo sabe que es otro anónimo? —preguntó Bertha Cool.

—Las letras de la máquina se parecen mucho a las del anterior.

Bertha observó las señas a través de la lupa y su cabeza describió una afirmación pausada y definitiva.

—¿Qué se propone hacer con ella?

—No lo sé. Por eso quería hablar con usted.

—¿Tiene la menor noción de lo que contiene?

—No.

—¿No podría destruirla, quemándola, por ejemplo?

—No. Mi suegra la vio. Si Mabel vuelve, la señora Goldring procurará no faltar al momento de abrir la correspondencia. Esta carta pareció interesarle mucho.

—¿Y si no la encuentra?

—Pues, claro está, me acusará de haberla cogido, lo cual, sumado a lo otro, aun en el caso de que Mabel regrese… No necesita que le diga más.

—Volverá, desde luego —le consoló Bertha—. Podríamos abrirla por medio de vapor de agua.

—¿No es un crimen federal?

—Creo que sí.

Bertha se levantó y ordenó a su secretaria desde el umbral:

—Elsie, enchufe el fogoncillo eléctrico y prepare la tetera. Voy a necesitar vapor de agua para violar correspondencia.

Elsie hizo lo que le ordenaban.

—¿Algo más?

—No. Eso es todo de momento.

Bertha, después de asegurarse que el hornillo se calentaba, se sentó en la butaca frontera a la de Belder, olvidando su sillón giratorio.

—Le tiene excitado el asunto, ¿verdad?

—Sí, no puedo evitarlo. Es excesivo. Mabel me abandona, el trato con Nunnely, la señora Goldring y Carlota lanzándose sobre mí como dos aves de rapiña… ¡Si supiera en firme que Mabel me ha plantado! Me mata la incertidumbre. Me consolaría al menos que me lo comunicara punto por punto.

Bertha se acercó a la papelera y revolvió su contenido. Se irguió de repente con un arrugado papel impreso en la mano.

—¿Qué es? —se extrañó Belder.

—El anuncio de un peletero, una circular sobre un saldo a causa del buen tiempo. Quizá sea útil.

—No la entiendo.

Bertha sonrió.

—Ni lo intente.

Estuvieron silenciosos unos minutos, Belder nervioso, Bertha absolutamente plácida.

La tetera empezó a borbotear. El humo que había brotado por el pitorro en delicadas volutas se convirtió gradualmente en un auténtico chorro. Bertha aproximó a él el sobre.

—¿No podrán decir que el sobre fue abierto por ese procedimiento? —se intranquilizó Belder.

—Cuando lo hago yo, no.

—Su optimismo es superior al mío.

Bertha introdujo con suavidad la punta de un lápiz en la nema del sobre.

—Lo imaginaba.

Dos aplicaciones más de vapor y el sobre se despegó. Bertha sacó la carta.

—Escrita a máquina como la otra —explicó—. Igualmente firmada mecánicamente: «Un amigo bien intencionado». ¿Desea leerla para sí o lo hago yo en voz alta?

—Prefiero echarle una ojeada —contestó Belder, alargando la mano.

Su mano sufrió un temblor continuo al coger el papel, que se le escapó, revoloteando en zigzag hasta el suelo.

—Léala usted —rogó a Bertha.

Ésta se aclaró la garganta y leyó:

«Apreciada señora Belder:

»¿Quién era la mujer que estuvo en la oficina de su marido el lunes por la tarde, la mujer que le besó y abrazó en cuanto se cerró la puerta del despacho? Quizás accederá a encontrarse y a hablar conmigo; quizá prefiera vivir en un mundo ficticio. En cualquier caso, tenga la bondad de considerarme un sincero y bien intencionado amigo».

Bertha miró por encima de sus gafas bifocales a Belder, que había recibido un sobresalto.

—¿Quién era la chica? —indagó.

—¡Dios mío! Si nadie sabe nada.

—¿Quién era?

—Dolly Cornish.

—¿Y quién es Dolly Cornish?

—Una antigua novia. Estuvimos a punto de contraer matrimonio. Tuvimos una riña y… me casé, tal vez para probarle mi independencia, y poco después ella contraía matrimonio.

—¿Dónde está ahora?

—En… en la ciudad.

—¿Tiene su dirección?

—Yo… pues…

—Sí o no.

—Sí, la tengo.

—¿Dónde?

—En el piso 15 B del Locklear.

—¿Qué ocurrió el lunes?

—Me visitó.

—¿Lo hace a menudo?

—No sea estúpida. No la había visto desde mi boda.

—¿Vivía en Los Ángeles?

—No, en Nueva York.

—¿Y qué pasó?

—Vino a Los Ángeles y preguntó por mí. Su matrimonio había sido desdichado, y no perdió el tiempo en obtener el divorcio. Ignoraba si me había sucedido lo mismo. Deseando averiguarlo, buscó mi oficina y entró en ella.

—¿Se abrazaron delante de la secretaria?

—No. La sorpresa me dejó sin habla. Cuando la señorita Dearborne cerró la puerta, Dolly… Dolly se alegró de verme.

—¿Fue después de cerrar la puerta de la antesala?

—Sí.

—¿E intentaron dar marcha atrás al reloj?

—No, exactamente no.

—¿Cambiaron muchos arrumacos?

—¡No, no! ¡Eso no!

—¿La ha vuelto a ver?

—Pues…

—¿Sí o no?

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—Dos.

—¿Salió con ella?

—Una vez, a cenar.

—¿Qué contó a su mujer?

—Que había estado trabajando en la oficina.

—Bueno, no se ponga así —dijo Bertha—. Por lo que veo es usted un marido corriente.

Dobló la carta y la guardó en su bolso. Metió en el sobre el anuncio del peletero con mucho cuidado, agregó una pincelada de goma y, después de pegarlo, se lo arrojó a Belder.

—No pierda la ocasión —recomendó—. Póngalo en la mesa con el resto del correo.

El rostro de Belder se despejó.

—Señora Cool, le debo la vida. No…

Le interrumpió un golpe, rápido y nervioso, dado a la puerta.

—¿Quién es? —gritó Bertha.

—¿Puedo entrar, señora Cool? —preguntó Elsie.

Su jefe avanzó hacia la entrada.

—¿Qué hay, Elsie?

La secretaria abrió la puerta lo imprescindible para penetrar de

lado y la cerró herméticamente a su espalda.

—Nunnely está ahí fuera —dijo en voz baja.

Belder se retorció nervioso los dedos.

—¡Dios mío!

Bertha empujó atrás su asiento.

—Déjemelo a mí —aplacó a su cliente—. Es mi debilidad.

—Que no sepa que estoy aquí —murmuró Belder—. Si descubre que estamos de acuerdo…

—Repito que yo me encargo de él —atajó Bertha con energía y se volvió hacia Elsie—. Dígale que tengo trabajo y que no podré verle en todo el día. Tendrá que pedir cita si desea entrevistarse conmigo, y yo no tengo tiempo libre hasta las diez y media de mañana por la mañana.

Elsie asintió y se deslizó por un resquicio de la entrada.

Bertha se encaró con el joven.

—Usted se largará con viento fresco en cuanto él desaparezca —mandó—, y vaya a proporcionar a su suegra algo que le dé qué pensar.

capítulo siete

Bertha Cool tenía la costumbre, cuando se despertaba por la mañana, de desperezarse en el lecho, contrayendo los músculos, estirando los brazos y llegando con los dedos y los pies lo más lejos posible. A continuación, buscaba una cajetilla que jamás faltaba en su mesita de noche y encendía un cigarrillo cediendo al placer de aspirar las primeras bocanadas de humo cotidiano.

El despertador marcaba las ocho y diez, cuando abrió los ojos e inició sus ejercicios desentumecedores. Se puso en los labios un pitillo y, concluido éste, se recostó en la doble capa de almohadas con los ojos entornados, saboreando la tibieza de la cama.

La mañana se anunciaba pardusca y fría en el exterior a causa de la neblina baja que envolvía los alrededores. Un vientecillo húmedo apartaba las cortinas de la ventana abierta. La persiana estaba pespunteada de brillantes partículas producto de la niebla.

Bertha presentía que el piso estaría como una nevera y se alegraba de tener su propia calefacción de gas y de no depender del sistema central. Las ocho y media. Las casas con calor acondicionado habrían dado marcha al aparato y lo habrían cerrado en el momento de comenzar a disiparse el frío.

Puso en movimiento los músculos de los hombros, bostezó y apartó las mantas de una patada para descubrir que la temperatura era más baja de lo que presumía. Cerró las ventanas, encendió el gas y se arrojó de cabeza en la cama, arrebujándose entre las cálidas sábanas.

El reloj pareció sonar con más fuerza, en atronadora acusación.

Buscó otro cigarrillo. Se encaró con el despertador con ojos en que chispeaba la malevolencia.

—¡Eres un embustero! —tronó—. No son las nueve menos cuarto, sino las siete y cuarenta y cinco. No puedes adelantar el sol

una hora sólo por lo que digas, de modo que calla tu tictac y deja de mirarme de reojo o te tiro por la ventana.

Aplicó una cerilla encendida a su segundo cigarrillo.

Tintineó el teléfono. Se dispuso a descolgarlo, pero se enmendó.

—Adelante. Suena hasta reventar. No me levantaré hasta que la habitación esté caliente.

El teléfono vibró con intermitencias dos minutos antes de declararse vencido. Terminado el cigarrillo, Bertha probó la temperatura del suelo con los pies, los embutió en unas zapatillas y se trasladó a la puerta del piso, donde cogió un cuartillo de leche, medio de crema de café y el periódico enrollado. Dando un portazo, se refugió en el lecho con el periódico.

Lo hojeó, mientras disparaba constantes andanadas de comentarios devastadores.

—Cuentos… Jarabe de pico… ¡Vaya un infierno! ¡Dificultades! Cualquiera diría que somos unos…

El timbre de la puerta de la casa quebró su última frase.

—¡Visitas a estas horas! —rezongó para sí misma—. Creí que todos los agentes se habrían incorporado al Ejército.

El metálico avance del despertador le recordó que eran las nueve y diez minutos. Hora de guerra en el Pacífico.

El piso cobraba calor. Bertha se libró de la mayor parte de las mantas.

Continuaban llamando a intervalos en la puerta del edificio, pero no hizo caso. Se puso una bata y fue a ducharse. Unos nudillos repiquetearon en la del piso cuando estaba a medio ducharse.

Gruñó enojada y desertó del chorro de agua. Después de secarse las piernas y los pies, envolvió su torso con un toallón y sacó la cabeza fuera del cuarto de baño.

—¿Quién es?

—¿Bertha Cool? —preguntó una voz masculina.

—¿Quién creyó que era? —indagó Bertha con truculencia.

—Soy el sargento Sellers. Abra.

Bertha hizo unos coléricos guiños a la entrada.

—Me estoy duchando. Le veré en la oficina a… —consultó el reloj—, a las diez y cuarto.

—Lo siento, pero me recibirá ahora mismo —repuso el sargento Sellers.

—Espere mientras me pongo algo encima —dijo furiosa Bertha.

En el tocador se frotó con la áspera toalla hasta enrojecerse la piel. El sargento siguió aporreando la puerta.

Bertha se dominó cuanto pudo, pero acabó por echarse una bata en los hombros y franquear enérgicamente la entrada del inoportuno.

—¿Piensa que, por ser policía, puede molestar a los ciudadanos a cualquier hora? Vamos, ánimo; despierte a las personas a medianoche.

—Son las nueve y cuarto —le sonrió Sellers y se adentró sin prisas en la casa.

Bertha, cerrando la puerta de un puntapié, le miró con cara de pocos amigos.

—No hace falta que lleve la insignia a cuestas —advirtió—. Cualquiera diría que es policía por entrar en el piso de una mujer que se viste, sin quitarse el sombrero, fumando un cigarro hediondo, que apesta las habitaciones antes de que haya desayunado.

El sargento Sellers tornó a sonreír.

—Me apuraría la paciencia, Bertha, si no supiera que se oculta un corazón de oro bajo su blindaje exterior. Cuando recuerdo lo que hizo en el caso del ciego, me siento inclinado a convidarla a un trago.

—¡Un cuerno! —bufó Bertha—. No sacaría nada. No sé qué tapa el cuerpo que le recubre. Siéntese y lea el periódico, pero por lo que más quiera, arroje esa horrible colilla por la ventana. Me lavaré los dientes…

El sargento acercó una cerilla al cigarro, apagado y húmedo, y se echó el sombrero hacia la nuca.

—He leído el periódico y no se me da nada de sus dientes. ¿Qué me dice de la señora de Everett Belder?

—¿A usted qué le importa? —preguntó Bertha, alarmada por la sospecha.

—Parece ser un ama de casa descuidada —comentó Sellers.

—¿Sí?

—Sí. Se marcha dejando cadáveres en el sótano y se olvida de volver.

—Pero ¿qué dice usted?

—En el sótano de la señora de Everett Belder había un cadáver.

Bertha Cool acopió tanta cautela como una trucha veterana en un remanso montañés al ver que una mosca se desploma en la superficie del agua.

—¿A quién mató? ¿A su marido?

—No dije que matase a nadie, sino que dejaba cadáveres en el sótano.

—¡Oh! —exclamó Bertha—. Entendí que había asesinado a alguien.

—Pues no lo dije… todavía.

—Entonces no tengo por qué inquietarme.

—Supongo que desea ayudar todo lo posible a la policía.

—¿Por qué había de hacerlo?

—Porque querrá conservar la licencia.

—Claro —contestó Bertha, escrutando el rostro de Sellers para descubrir un rastro de expresión aleccionador—. Ayudaré a la policía a aclarar un asesinato, pero no veo motivos para emocionarse porque una mujer es un ama de casa descuidada. ¿Cuántos cadáveres?

—Sólo uno.

—Concédale tiempo. No puede acusarla de ser mala ama de casa por un solo cadáver. He leído casos en que los encontraban a pares; además, si no hace mucho que el cuerpo está allí, tal vez signifique que ella…

Sellers exhaló una carcajada.

—No divierte usted a nadie y menos a mí.

—Quizá me divierto yo.

—Pues adelante.

—No me interrumpa entonces.

—Llegaremos a lo positivo cuando deje de poner obstáculos.

—¿Quién los pone?

—Usted.

—¿Por qué iba a ponerlos?

—¡Que me maten si lo sé! —exclamó Sellers alegremente—. Pero tiene esa costumbre. En cuanto se le pregunta algo, se vuelve tan elusiva como una guinda en un combinado.

—Por lo visto se le ha pegado. ¿Quién es el difunto?

—Sally Brentner, de unos veintiséis años.

—¿Cómo murió?
—Aún no lo sabemos.
—¿De muerte natural?
—Pudo ser un accidente.
—¿O…? —insistió Bertha.
—Pudo no serlo.
—¡Vaya un modo de explicar las cosas!
—Lo mismo que usted.
—Veamos, ¿quién era esa Sally Brentner?
—La sirvienta.
—¿Hace mucho que falleció?
—Alrededor de un día.
—¿En el sótano?
—Sí.
Bertha procuró que su voz fuera indiferente.
—¿Y qué dice la señora Belder?
—Nada.
—¿Se niega a responder?
—No la encontramos. Se largó, según parece. Y aquí entra usted.
—¿Qué?
—Usted fue la última persona que la vio.
—¿Quién se lo dijo?
—Un pajarito.
El teléfono volvió a repiquetear. Bertha se regocijó de la interrupción.
—Un segundo —suplicó al sargento y levantó el aparato—. ¿Diga?
La voz de Everett Belder proclamaba que sufría un gran trastorno.
—¡Por fin la encuentro! La llamé a todos los sitios imaginables. Comencé por su domicilio, pero no respondió. Su secretaria me dio el número…
—Bueno, dispare —atajó Bertha.
—Ha sucedido algo horrible.
—Lo sé.
—No, no. Es un lío nuevo. Encontraron a Sally en el sótano. Estaba…
—Lo sé —dijo Bertha—. Tengo aquí a la policía.

El tono de Belder se debilitó.

—Intenté adelantarme a la policía, pero veo que he fracasado. ¿Qué les ha contado?

—Nada.

—¿Están en su casa?

—Sí.

—¿Y no les ha referido nada?

—Exacto.

—¿Saldrá del paso de esa manera?

—Temo que no. Por lo menos, no por mucho tiempo. ¿Ha regresado su esposa?

—No, no apareció por la noche. Mi madre política estaba frenética. Así se descubrió el cadáver. Juró que registraría todas las habitaciones del edificio, empezando por el sótano. La oí bajar; luego gritó y se desmayó. Me precipité tras ella. Sally yacía…

El sargento Sellers intervino de buen humor:

—Le doy mucha cuerda, Bertha. No trate de hacer filigranas o se armará un embrollo.

—¿Decía algo la policía? —preguntó Belder.

—Sí —respondió Bertha lacónicamente.

—Les expliqué que alguien había escrito un anónimo a mi esposa —prosiguió Belder— y que no se lo podía enseñar porque lo tenía usted. Pero no saben por qué la contraté; me limité a darles una idea general sin insistir mucho en la situación.

—Entiendo.

—Creo que debemos enseñarles el primer anónimo, señora Cool. Tal vez tenga conexión con la muerte de Sally y hasta es posible que con el caso; pero el segundo, el que abrimos anoche, no tiene en absoluto nada que ver con él y no quiero que la policía se entere de su existencia.

—¿Por qué?

—Porque no quiero complicar a Dolly Cornish.

—¿Por qué?

—Porque no quiero complicarla. Así le evitaremos una desagradable publicidad. Esa carta da muy mal aspecto a las cosas.

—¿Por qué?

—Pero ¿no lo comprende? Se la puede considerar desde muchos puntos de vista y la policía quizá dé un mal rato a la señora

Cornish.

—¿Por qué?

—¿Es que no lo entiende? Mi esposa, probablemente… Debemos proteger a Dolly.

—¿Por qué?

—¡Maldición! ¿Sólo sabe decir «por qué»?

—Es una afección momentánea.

Belder consideró esta respuesta.

Bertha, que esperaba que Frank Sellers les interrumpiese, preguntó:

—¿Cómo falleció Sally? ¿Fue un accidente? ¿Fue asesinada o…?

—Pudo ser un accidente.

—Suéltelo —ordenó Bertha, apercibiéndose para la intervención del sargento.

—Sally, según parece, pelaba patatas. Debió de bajar al sótano en busca de cebollas para acompañarlas. Llevaba patatas peladas y por pelar en una fuente, y asimismo un cuchillo de cocina en la mano derecha. Sin duda tropezó, y perdiendo el equilibrio, cayó escalera abajo, clavándose el cuchillo en el pecho.

Bertha se abismó en la conversación.

—¿Hace sospechar algo que la muerte no fue accidental? —inquirió.

—Sí. El color del cadáver.

—¿Qué?

—En opinión de la policía, indica intoxicación por monóxido de carbono.

—Siga.

—Por lo que colijo, piensan que el cuchillo pudo ser utilizado inmediatamente después de su fallecimiento, en vez de ser lo que la mató.

—Ya.

—Deseo que usted se encargue de aclarar las cosas.

—¿En qué sentido?

—Mi mujer es la principal sospechosa, naturalmente. Pues bien; quiero que refiera a la policía lo del anónimo y su teoría sobre la desaparición de Mabel, es decir, que me abandonó, y no que huyó porque había cometido un crimen.

—Entendido.

—Tengo otro motivo para ir de cabeza por la segunda carta. Dolly es una muchacha de buen ver. Los periodistas la explotarían, si se encontrase metida en el asunto. Queda muy bien en las fotografías, y ya sabe cuáles publican los periódicos.

—¿Atrevidas? —preguntó Bertha.

—Sí. Tenemos que evitarle esa clase de notoriedad.

—¿Por qué?

—Porque no es recomendable.

—¿Por qué?

—¡Diablos! Mi esposa sentía celos de Sally. Sally ha muerto. ¿Para qué presentar otra víctima potencial? Dejemos en paz a Dolly.

Alarmada por el prolongado silencio del sargento Sellers, Bertha miró con aprensión por encima del hombro, descubriendo que el policía, con el empapado cigarro formando un ángulo agresivo, se había apropiado de su bolso, puesto en el tocador, lo había abierto y se hallaba absorto en la lectura de las dos cartas que Belder le había entregado.

—¡Maldito sea, pedazo de… de…! —chilló Bertha encolerizada.

—¡Señora Cool! No hice… —protestó Belder por el teléfono.

—No hablaba con usted, sino con el polizonte —aclaró Bertha.

El sargento ni siquiera la miró. La lectura acaparaba su atención.

—¿Qué hace? —se alarmó Belder.

—¡Oh! ¡Igual es! —renunció Bertha—. Mientras usted me entretenía ordenándome lo que debo hacer, el sargento Sellers se molestó en abrir mi bolso y leer dos cartas que había en él.

—¡Dios mío! —gimió Belder.

—De ahora en adelante, permita que haga las cosas a mi manera —le regañó.

Sin despedirse, devolvió el teléfono a su sitio con tanta rabia, que casi lo destrozó.

El sargento, después de doblar y embolsillarse los anónimos, corrió el cierre del bolso. No había encontrado, o no había considerado importante, la nota que Bertha había hurtado de la oficina de Belder.

—¿Cómo se le ocurrió que podía hacer eso y salir del paso? —espetó Bertha, con el rostro negro de ira.

Sellers se puso mimoso.

—Porque sabía que no le importaría, querida mía.

—¿Importarme? —aulló Bertha—. ¡Le levantaría la tapa de los sesos, en caso de que los tuviera! ¡Qué frescura! ¡Qué atrevimiento, hipocresía, cinismo…!

—Domínese, Bertha. Eso no la va a llevar a ninguna parte.

La detective le miró ceñuda, en medio de un altivo silencio.

—Vamos, Bertha —consoló Sellers—. No me las hubiera podido ocultar. Belder, cuando le pregunté por el anónimo de que me hablaba, me dijo que usted lo había cogido y que lo guardó en su bolso… Pensé echarle un vistazo.

—¿Por qué no me lo pidió?

Sellers sonrió.

—Tuve la impresión de que Belder se reservaba algo. Sintió mucha ansiedad por contarme lo del primer anónimo y habló rápido cuando le interrogué sobre él. Cuando un hombre de su tipo rompe a charlar como una cotorra, existen muchas probabilidades de que intente evitar una determinada pregunta. Por lo tanto, comencé a sospechar que había otra carta.

—Y sabía que me telefonearía pidiéndome que la destruyese —concluyó Bertha—. Estaba preparado a lanzarse sobre mi bolso en cuanto sonase el teléfono. Podría hacerle pasar un mal rato si protestase.

—Desde luego —convino Sellers aplacador—. Pero no lo hará. Muchísimas veces yo hubiera podido darle un mal cuarto de hora. En este mundo todo se reduce a vivir y a dejar vivir. Usted emplea sus tretas y yo las mías. Si da golpes sucios y me duele, no me pongo a gritar pidiendo que intervenga el árbitro. Ande, háble me de la chica que abrazó a Belder.

—¿Cómo?

—¿Quién es?

—No lo sé.

Sellers produjo unos chasquidos desaprobadores con la lengua.

—Vamos, vamos, Bertha. Es capaz de hacerlo mejor.

—¿Qué le obliga a creer que la conozco?

—Usted no aceptaría una carta como ésta sin averiguar antes todo lo referente a la muchacha.

—No existe ninguna.

—¿Qué?

—Se trata de un anónimo. Repito que no existe ninguna mujer.

—¿Cómo lo sabe?

—Belder lo afirmó.

Sellers lanzó un suspiro.

—Bueno, tendré que dejarlo así de momento.

—¿Y la madre de la señora Belder?

—En estado de colapso. La mamá y la hermana sufrieron arrebatos toda la noche. Llamaron cada dos por tres a Jefatura para saber si la señora Belder había sufrido un accidente de automóvil. Por fin supongo que a la suegra se le ocurrió la idea de que quizá Belder la había pasaportado y escondido el fiambre en la casa. Empezó las pesquisas, declarando que recorrería el edificio desde los cimientos al tejado. Inauguró la investigación por el sótano, hacia las ocho de esta mañana. Lo que descubrió le hizo perder el sentido; pensó que era Mabel, pero el cuerpo resultó ser de una desconocida. Belder lo identificó.

—¿La señora Goldring no conocía a la criada?

—Por lo visto, no. Vive en San Francisco. No había ido a Los Ángeles desde que Mabel tomó esa sirvienta.

—Está bien. Pero no veo qué me importa todo eso —exclamó Bertha.

Sellers raspó una cerilla en la suela del zapato y se esforzó en que su cigarro volviese a arder.

—Ya sé que le deja indiferente, pero esa colilla me revuelve el estómago —gruñó Bertha.

—¡Qué pena! ¿No ha desayunado?

—No.

—¿Sale para desayunar?

—No, desde que los restaurantes no sirven más que una taza de café.

—¡Estupendo! Lo tomaré con usted —anunció Sellers.

Los ojos de Bertha destellaron glacialmente.

—Acaparando, ¿eh? —comentó el sargento.

—¡Narices! —protestó su interlocutora—. Empleo el café que compré el septiembre pasado. Eso no es acaparar.

—¿Por qué no?

—Porque en septiembre no había limitaciones.

—Entonces, ¿cómo lo compró?

—Porque sabía que las habría.

—¿Y cree que eso no es acaparar?

—No. No es más que usar el caletre.

—Me parece que tiene de sobra —dijo Sellers.

Bertha rehusó comprometerse.

—Hágalo muy fuerte y deme un buen tazón.

Bertha, dominando mal su indignación, corrió hasta su alcoba, se vistió en un abrir y cerrar de ojos, hizo la cama de pared y la quitó del paso. En la cocina preparó una cafetera enorme.

—¿Supongo que también insistirá en tomar un huevo? —gritó al sargento.

—Exacto, dos.

—Dije uno.

—Lo sé. Yo dije dos.

—¿Y tostadas?

—¡Claro! Tiene mucha mantequilla, ¿eh?

Sin decir nada, Bertha se concentró en la cocina de gas. Su boca se había convertido en una indignada línea recta.

El sargento se paró en el umbral, con el sombrero en la coronilla y el cigarro despidiendo por fin nubecillas de humo azulado.

—Ante todo, demos satisfacción a nuestro organismo —dijo—. Después iremos a ver a Belder y charlaremos los tres.

—¿Por qué me incluye? —indagó Bertha.

—Me parece que llegaré más lejos —confesó Sellers—. Si Belder se pone a mentir, usted le dirá que no sacará nada y que le irá mejor si cuenta la verdad.

—¡Oh! Se lo diré yo, ¿eh? —exclamó Bertha sarcástica, manteniendo en un ángulo de cuarenta y cinco grados la sartén que iba a colocar sobre el fogón.

—Eso es —aseveró Sellers—. Bertha posee, intelectualmente, puntos muertos, pero no es tonta en realidad.

El sargento observó cómo se oscurecía el color del rostro de Bertha y sonrió diciendo con afabilidad:

—Telefonearé a Belder para concertar la entrevista.

Se marchó de la pequeña cocina. Se le oyó marcar un número en el teléfono y, después de conversar en voz baja, reapareció en la entrada de la cocina.

—Arreglado, Bertha. Nos espera en su oficina, y no en su casa. Dice que su cuñada se entrometería.

Bertha guardó silencio.

Sellers, bostezando sin disimulo, cambió el umbral de la cocina por la butaca más cómoda de la sala de visita. Buscó el periódico y se dedicó a leer la sección deportiva.

Su anfitriona repartió bandejas, tazas, platillos, cuchillos, tenedores y cucharas en la mesita.

—Me interesa saber algo de la policía —exclamó.

—Diga.

—¿No se quitan el sombrero cuando desayunan?

—¡No! Perderían categoría. No se descubren más que cuando se bañan.

—¿Cómo quiere su huevo?

—Concédale tres minutos y quince segundos. Y no es un huevo, sino huevos, en plural, lo cual significa dos o más.

Bertha depositó una bandeja con tal fuerza que casi la rompió.

—Sepa que no podrá tomar el café sin quitarse esa colilla de la boca.

El sargento no contestó, absorto en la crítica de un combate de boxeo al que había asistido la noche anterior, cotejando su opinión con la del redactor.

—¡Ya está! Póngase a la mesa —anunció Bertha.

Sellers, sin el cigarro ni el sombrero, con el crespo cabello alisado con un peine de bolsillo, pasó al lugar en que desayunaban y no se sentó hasta que su anfitriona lo hizo.

—Bueno, Bertha, tome el café y hable después. Ha tenido tiempo de sobra para pensar.

—Abra bien los oídos. No es más que esto —repuso Bertha, después de servir el café y de tomar un sorbo—. Tenía que seguir a la señora Belder, pero la perdí de vista. Acudía a una cita con el autor de los anónimos. Me dirigí al despacho de Belder y examiné su correspondencia personal por si encontraba algo que coincidiese con lo que buscaba.

—¿Y qué buscaba? —preguntó Sellers.

—A una experta mecanógrafa que tuviese en su casa una máquina portátil.

—No acabo de entender.

—Se pueden averiguar muchas cosas mediante una carta mecanografiada. La pulsación y su regularidad demuestran que las

cartas fueron escritas por una mecanógrafa notable. Todo ello supone un buen sueldo y, por consiguiente, una oficina con excelentes instrumentos de trabajo. Pero la máquina portátil utilizada tenía los tipos desequilibrados. Por lo tanto, era de propiedad particular y la tendría en casa. Di con la respuesta casi por casualidad.

—¿Cuál? —demandó Sellers.

—Imogenia Dearborne, la sirenita de ojos grises que ocupa la antesala de la oficina de Everett Belder con cara de no pensar más que en llevar a cabo sus deberes con envidiable eficiencia.

Frank Sellers cascó un huevo y estudió su contenido con aire crítico.

—Bueno, ¿qué le parece? —se impacientó Bertha en espera de que alabase sus poderes deductivos.

—Está un poco duro —contestó el sargento—, pero puedo comerlo.

capítulo ocho

DESPUÉS de abrir la puerta rotulada: «
EVERETT
G.
BELDER.
Gestor de Ventas», el sargento Sellers se apartó para que entrase Bertha Cool.

—Ya ve que estoy bien educado —murmuró.

—Me ha matado —dijo Bertha, penetrando.

Imogenia Dearborne levantó los ojos de la máquina. Bertha, a pesar de que la joven rehuyó sus miradas, advirtió que había llorado.

—Pasen. Les espera —comunicó Imogenia.

El sargento enarcó una ceja y contempló a la secretaria al obtener una imperceptible señal afirmativa. La muchacha pareció darse cuenta de ello y, aunque su espalda se atiesó, sus dedos continuaron revoloteando por el teclado, arrancándole una sinfonía de eficiencia comercial.

Everett Belder se presentó en el umbral de su despacho particular.

—Les oí llegar. Buenos días, buenos días. Tengan la bondad de entrar.

Una vez en el despacho, Sellers eligió una butaca, sacó un cigarro de su chaleco y lo encendió después de cortar un extremo con los dientes. Bertha Cool tomó asiento con la gravedad del verdugo que visita al condenado a muerte. Belder se acomodó en el enorme sillón del escritorio.

El sargento apagó la cerilla y la arrojó a una pequeña chimenea en la que ardían algunos papeles.

—¿Bien? —exclamó, mirando a Belder.

—Presumo que la señora Cool se lo habrá contado todo —dijo éste.

Sellers le sonrió a través de una humareda azul.

—Aun cuando yo no presumo lo mismo, me explicó más de lo que a usted le gustaría.

—No le comprendo —aseveró Belder procurando mostrarse digno.

—¿Qué hay de la segunda carta? —disparó Sellers.

—Me disponía a hablar de ella un poco más tarde, sargento —se excusó, nervioso, Belder—. Necesitaba pensar.

—Ahora ya lo habrá hecho —presumió Sellers.

Belder afirmó.

—¿Qué necesitaba ser reflexionado?

—Nada. Es decir, en el sentido que usted cree.

—Entonces, no habrá fatigado mucho su cerebro.

Belder carraspeó.

—Me visitó una joven llamada Dolly Cornish, con quien me traté en otro tiempo. Me alegré porque hacía mucho que no la veía. Me buscó cuando vino a la ciudad, encontrando mi dirección en la Guía de Teléfonos. No sabía que yo estaba aún casado.

—¿Qué significa ese «aún»?

—Pues es que nos tratamos bastante y luego… me casé.

—¿No le hizo gracia?

—¡Oh! Ella contrajo matrimonio unas dos semanas después.

—Pero, ¿no le gustó que usted se casase?

—No lo sé. No se lo pregunté.

Sellers se quitó el cigarro de la boca, clavando sus ojos en los de Belder.

—Responda a mis preguntas. No se haga el tonto.

—No. No le gustó —confesó Belder.

—¿La había visto desde entonces?

—No, hasta que me visitó.

—¿Por qué lo hizo?

—Abandonó a su marido. Deseaba verme.

—¿Y usted disparó cohetes?

—Me alegré.

—¿La besó?

—Sí.

—¿Más de una vez?

—Pues… quizá. Pero eso fue todo; sólo un beso y… ¡caramba!, me había dado una alegría. A todos nos gusta encontrar a un amigo al que no hemos visto en mucho tiempo.

—¿Se citó con ella?

—No.

—¿Le dijo que seguía casado?

—Sí.

—¿Le dio sus señas?

—Sí.

—¿Cuáles?

—Hotel Locklear.

—¿Ha estado allí?

—No.

—¿La telefoneó?

—No.

—¿Se lo pidió?

—No exactamente. Me comunicó dónde se alojaba.

—¿Dónde se sentó? —preguntó Sellers.

Belder se sorprendió.

—No lo comprendo.

—Cuando estuvo aquí.

—¡Ah! En la butaca que ahora ocupa la señora Cool.

—En el fondo del despacho, por tanto —dijo Sellers—. Bertha, eche un vistazo y dígame qué ventanas ve al otro lado de la calle.

—Sigo sin entender —se quejó Belder—. ¿Qué relación tiene eso con el asunto?

El sargento explicó con paciencia:

—El autor de la segunda carta debió de atisbar lo que sucedía aquí dentro durante la visita de Dolly Cornish. Advierto que hay una casa de oficinas al otro lado de la calle, y ésta no es muy ancha. La luz cae por la tarde de modo que una persona en el edificio de enfrente puede presenciar lo que ocurre aquí.

Belder reflexionó. Su rostro se aclaró.

—¡Es una gran idea! ¿Usted cree que me espiaban desde esa casa?

—No perdamos el tiempo —estalló Bertha—. Tenemos la respuesta en esta oficina.

Sellers le indicó que callase y cambió de pronto la dirección de ataque.

—¿Cómo se explica el contenido del anónimo? ¿Quién sabía que Dolly estuvo aquí el lunes?

—Nadie.

—¿Su secretaria?

—No sabe nada de Dolly Cornish; supone que es una amistad comercial.

—¿A qué hora estuvo aquí esa Dolly el lunes?

—Lo ignoro. Alrededor de media tarde.

El sargento Sellers apuntó al teléfono.

—Mándele que venga.

—¿Quién?

—Su secretaria.

Belder tomó el aparato y dijo:

—Haga el favor de venir.

Sellers, cuando compareció Imogenia, preguntó:

—¿A qué hora estuvo aquí el lunes una visitante llamada Dolly Cornish?

—Un momento. Consultaré mi agenda.

—¿Estaba citada?

—No.

—Bueno, consulte su libro.

Imogenia recorrió con el dedo una página de la agenda que había en su despacho.

—La señora Cornish llegó a las dos y veinte y permaneció hasta las tres y cuarto.

—¿Había pedido hora?

—No.

—¿La conocía usted?

—No.

—¿Sabe qué asunto la trajo?

—No. El señor Belder me explicó que no había obtenido ningún encargo.

Sellers echó la cabeza atrás, cerrando los ojos.

—¿Cómo es?

—Rubia, buena figura, bien vestida, atractiva, aún joven, pero intrigante y definitivamente egoísta. De las que consiguen lo que se

proponen.

—Eso no está bien, señorita Dearborne…

—Yo soy quien lleva la batuta —interrumpió Sellers sin cambiar de posición—. Anunció que deseaba ver al señor Belder, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y usted le preguntó si estaba citada?

—Sí.

—¿Qué contestó?

—Aseguró que el señor Belder la recibiría si le comunicaba que había llegado.

—Belder no tiene muchas ocupaciones —dijo Sellers—. Lo de las citas no es más que un ardid para impresionar a los visitantes, ¿eh?

—Sí.

—¿Entró a avisarle que esperaba la señora Cornish?

—Me encargó que la anunciase como Dolly Cornish. Este nombre era suficiente.

—¿Qué hizo Belder?

—Me ordenó que la hiciese pasar, porque era amiga suya.

—¿Se emocionó?

—No lo noté.

—¿Qué pasó cuando se encontraron?

—No lo presencié. No estaba allí.

—¿No se dirigió Belder a la puerta?

—Daba la vuelta al escritorio cuando la rogué que entrase. Pronunció su nombre como si le agradase pronunciarlo.

—¿Y después?

—Cerré la entrada.

—¿Le vio besarla?

Imogenia se ruborizó.

—No.

—¿Cuándo la vio de nuevo?

—A las tres y cuarto, cuando se marchó.

—¿Sabe alguien más que estuvo aquí?

—No, que yo sepa.

—¿Esperaba alguien en la antesala cuando salió?

—No.

—¿La siguió alguien al irse?

—No estoy segura, desde luego, pero creo que no. No hubo

nadie más en la oficina durante su visita.

—¿Por qué andarse por las ramas? —interrumpió Bertha Cool—. Ella es la persona que busca.

Sellers la avisó con un gesto.

—No estoy seguro de que acierte, Bertha.

—¡Pues yo sí! —exclamó ésta, con acento definitivo.

Sellers contempló el edificio frontero.

—Mi teoría de las ventanas, Bertha, tiene mucha fuerza.

Abriendo su bolso, Bertha sacó la nota mecanografiada que había hurtado de la correspondencia de Belder y se encaró con la secretaria, poniéndosela bajo los ojos.

—¿Quién escribió esto? —preguntó.

—Pues… pues… Yo. La puse en las peticiones que…

—Présteme esos anónimos —pidió Bertha al sargento.

Sellers se los entregó sin hablar y ella los alisó sobre el escritorio.

—Examine estos papeles, joven. Los escribió la misma máquina, ¿verdad?

—No lo sé. ¿Qué se propone?

Bertha dijo con despiadada dureza:

—Me propongo descubrirla, intrigante. Está enamorada de su jefe. Imagina que se casaría con usted si no se interpusiera su esposa. Usted mandó estos anónimos a la señora Belder. Sabía que a su jefe le gustaba la sirvienta. Escuchó y miró por el ojo de la cerradura; así se enteró de lo sucedido durante la visita de Dolly Cornish. Creyó que se libraría de una mujer y de dos rivales al mismo tiempo. Escribió estas cartas a la señora Belder y continuó haciéndose la inocente en la oficina, maldita hipócrita, relamida, falsa.

Imogenia Dearborne lloraba.

—¡No lo hice! —negó, frenética—. ¡No sé de qué me habla!

—¡Vaya que sí! —prosiguió Bertha sin piedad—. Y ahora lo probaré. Estas cartas fueron escritas por una mecanógrafa hábil, que emplea un sistema de tacto preciso y regular. Lo realizó con una máquina portátil, una «Remington» del modelo más antiguo. Usted tiene una en su casa. La utilizó para los anónimos. Esta nota no fue compuesta con la que usa en la oficina. La engañé para que me diera una muestra de sus tipos. Usted admitió que posee una

portátil. Así, será mejor que se decida a admitir que…

—¡Rayos y truenos! —gritó Belder, estudiando con fijeza en sus menores detalles el aviso colocado en su escritorio.

Bertha le dirigió una sonrisa de absoluta seguridad.

—Le deja boquiabierto, ¿eh?, saber que empleaba a una intrigante…

—No es eso —cortó Belder—, sino lo que dijo de la «Remington» portátil.

—¿Qué pasa?

—Ésa es la máquina de mi mujer.

Se abrió la puerta de la antesala. Carlota Goldring, mientras sus saltones ojos azules recorrían el despacho y sus ocupantes, aclaró:

—No había nadie en la sala de recepción. Por eso entré. Espero no…

Nadie le hizo caso. Bertha apuntó a la secretaria con el índice.

—Mírenla. No he cambiado de opinión. Esa intrigante pudo escribir los anónimos con la máquina de su mujer en su casa, pero es indudable que los escribió…

—¡Mentira! —chilló Imogenia—. Además, mi portátil no es una «Remington», sino una «Corona».

Carlota, con los ojos muy abiertos, se movió por el fondo de la habitación, deteniéndose consternada de espaldas a la chimenea a contemplar la escena.

—Trate de negar que está enamorada de su jefe —acusó Bertha — y que pensó que, si quitaba a su esposa del camino, podría obrar a sus anchas, que escribió los anónimos…

—Perdone —atajó Belder—. No pudo ser ella, señora Cool. Escribió esa nota un día en que traje la máquina de mi mujer para revisar las cuentas. Ahora lo recuerdo.

—Entonces las escribió aquel mismo día —se obstinó Bertha.

—Imposible. Fue antes de que ambas mujeres… antes de que apareciese Dolly.

—¿Quién tiene acceso a esa máquina? —intervino Sellers.

—Pues… no sé. La familia de mi esposa…

Los ojos de Sellers se estrecharon, volviéndose agudos.

—Y la sirvienta, naturalmente.

—¿Sally?

—Sí. ¿Quién si no?

—Sí —reconoció Belder—. Pero, ¿a santo de qué iba a escribir a mi mujer descubriéndole que tonteaba conmigo? Es inverosímil.

—Pero Sally tenía acceso a la máquina —insistió el sargento.

—Sí.

Imogenia se desplomó en una silla con el pañuelo en los ojos. Sus sollozos llenaban la habitación a cada pausa.

—Tal vez tenga usted razón, tal vez no —dijo Sellers a Bertha—. Este asunto resulta muy raro. Belder, déjese de tonterías. Coloque esa silla en la misma posición que cuando Dolly Cornish la ocupó. Muy bien; estaba así. Ahora me sentaré yo en ella. Me cercioraré de qué se ve por la ventana desde aquí.

Se movió varias veces para aumentar lo posible su campo visual.

—Imogenia, basta de llantos y tome nota de lo siguiente: Dr. Cawlburn, médico y cirujano. Dr. Elwood Z. Champlin, dentista. Éste resulta más prometedor. Nos dedicaremos a él en primer lugar; los sillones de dentista siempre están orientados hacia las ventanas. Ahora mismo lo veo ocupado por un cliente. Busque sus números de teléfono, Imogenia. Vamos, dese prisa.

La secretaria siguió llorando. Sellers se levantó y la sacudió por los hombros.

—Cierre la espita —exclamó—. Llore fuera de las horas de oficina. Trabajo en un asesinato. Averigüe esos números.

Imogenia, al fijarse en su expresión, se encaminó hacia la guía telefónica de Belder y la hojeó secándose los ojos de cuando en cuando. Belder le entregó un lápiz y papel, y le palmoteó un brazo con torpeza.

—Vamos, señorita Dearborne. No lo tome así.

La secretaria, apartando el brazo bruscamente, copió los números y se los dio al sargento. Éste eligió uno de ellos y lo marcó.

—Soy el sargento Sellers, de la jefatura de Policía. Deseo hablar personalmente con el doctor Elwood Champlin… Sí, póngame con él… De la jefatura. Dígale que es importante…

Durante la espera, recogió el cigarro que había depositado en el borde del escritorio y, resucitando su actividad, lo sujetó con los dientes en un ángulo agresivo. De repente lo sustituyó por el teléfono.

—¿Es el doctor Champlin…? Exacto, el sargento Sellers, de la Jefatura de Policía. Compruebe en su libro de visitas qué paciente

ocupaba su sillón el lunes entre las dos y las tres y cuarto… No, sólo sus nombres… Muy bien. ¿Cómo se llama? Harwood. ¿Y el siguiente?

Una sonrisa creció con lentitud en su rostro.

—¿Señora o señorita? —indagó.

Y después de escuchar con atención, dijo:

—Muchas gracias, doctor. Más tarde me pondré en contacto con usted. Esto es todo lo que quería saber.

Sellers, colgando el aparato, sonrió a Bertha.

—El otro cliente del doctor Champlin —anunció—, entre las dos y cuarto y las tres menos cuarto, fue la señorita Sally Brentner.

capítulo nueve

ELSIE Brand trasladó los ojos de la máquina de escribir a Bertha Cool, que entraba en la oficina.

—Apuesto a que olvidó su cita de las diez y media con Jorge K. Nunnely —exclamó.

—Acierta. ¿Estuvo aquí? —inquiró Bertha.

—No sólo estuvo, sino que desgastó el suelo con sus paseos, mientras se mordía los labios, innegablemente nervioso e irritado.

—Eso es lo que se saca de fraternizar con la policía —gimió Bertha, cayendo en una silla—. Ese maldito sargento me asaltó antes del desayuno, me obligó a nutrirle y me arrastró después a donde quiso, como si fuese su asistente. ¡Ya no puedo atender a mis negocios! ¡Qué lástima! Hubiera sacado unos cuantos billetes. ¿Se marchó muy enfadado?

—No lo sé. Desde luego, estaba angustiado. Utilizó dos veces nuestro teléfono.

—¿Se enteró por casualidad de a qué número llamó?

—No. Me hizo ponerle con el exterior y lo marcó él mismo.

—¿Dejó algún recado?

—Que usted llamase a su oficina en cuanto compareciera.

Bertha sonrió.

—Ya no es el gran personaje, impasible y orgulloso, que me impidió hablar, ¿verdad?

—Opino personalmente que está loco de inquietud —dijo Elsie —. ¿Qué policía le visitó? ¿El sargento Sellers?

—¡Hum, hum!

—Es muy simpático.

—Es estupendo si a una le gustan los pies planos —gimió Bertha —. Yo no soy de ésas. Anhelo vivir en paz. Sufren ilusiones de grandeza. ¡Vaya un modo de entrometerse y de darme órdenes! ¡El

diablo se lo lleve!

—¿Qué ocurre? —curioseó Elsie.

—Según parece, la señora Belder ha cometido un asesinato.

Los ojos de Elsie se agrandaron. Bertha continuó:

—Pudo ser un accidente, pero la policía no lo cree… Ni yo tampoco.

—¿Quién es la víctima?

—Sally Brentner, la sirvienta.

—¿Motivos?

—Celos.

—¿De su esposo?

—Un anónimo la avisó de que su marido hacía cabriolas ante Sally y que ésta continuaba en la casa sólo para estar cerca de él. Lo peor es que Sally debió de escribir esa carta.

—¿Por qué?

—Probablemente para producir un desenlace. Estaba enamorada de Belder, que no le hacía ascos, pero no abandonaba a su mujer. No podía. La señora Belder tiene la bolsa. Por lo menos, ésa es la teoría actual.

—¿Qué dice la señora Belder?

—No está visible. Se escabulló. Debió de cometer el crimen antes de que yo comenzara a seguirla, quizá mientras su marido nos visitaba. Belder resulta un individuo muy complejo. En su vida hay mujeres a toneladas. Las vuelve locas e insisten en seguir estándolo. Tal vez precipitase los acontecimientos una antigua novia que estuvo el lunes en su despacho y que se lanzó a su cuello en cuanto la secretaria cerró la puerta. Sally Brentner se arreglaba la boca en una clínica dental del otro lado de la calle. Desde su sillón del dolor, puesto cerca de una ventana, podía atisbar el despacho de Belder.

—¿Estaba nerviosa la señora Belder cuando usted la siguió?

—No, no se portó como un criminal. ¡Alto! Pudo cometer el asesinato cuando la perdí de vista. ¡Eso es! ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes?

La voz de Bertha delataba una excitación creciente.

—¿Qué hay? —la animó Elsie.

—Yo debía perseguirla. Salió de la casa con el gato favorito bajo el brazo, subió al automóvil y arrancó en dirección del lugar

convenido por teléfono. No llevaba maleta, sino un bolso pequeño. De pronto atravesó como un rayo un cruce, burlándose de la luz roja, y se me escabulló… Entonces da media vuelta para regresar a su casa, mata a Sally, recoge unas cuantas cosas y se larga. Incluso puedo decir en qué instante tuvo la idea de matar a la sirvienta —exclamó Bertha con los ojos relucientes—. En el cruce. ¿Qué vio en él que la impulsase a correr a su domicilio a matarla?

—¿Cree que algo le inspiró entonces ese pensamiento? —preguntó Elsie.

—Casi estoy convencida. Rodaba a escasa velocidad pensando en sus cosas, de camino a la cita convenida con cierta persona por teléfono. Y de repente desobedece las señales de tráfico, dobla a la izquierda y a continuación, sin duda, repite el viraje en el mismo sentido y reaparece en el bulevar. Imagine que había echado a la derecha y fracasé.

—¿Y qué va a hacer? —inquirió Elsie—. ¿Ayudará al señor Belder probando que ella es inocente? ¿Es que él no la desamparará?

—¿Desampararla? —gritó Bertha—. La defenderá como si fueran uña y carne. Sin ella no tiene ni para el periódico. Debe conseguir que vuelva y arregle las cosas Dios sabe cómo.

—Entonces, ¿usted procurará demostrar que es inocente?

—Yo me voy a pescar —declaró Bertha.

—No la entiendo.

—Lo malo de mi asociación con Donald Lam es que, cuando estaba aquí, nunca sabía cuándo tenía que renunciar. Nada le parecía imposible; continuaba jugando, por pésimas que fueran sus cartas.

—Pero siempre salió adelante —replicó Elsie, con fugaz pero evidente indignación.

—Lo confieso —concedió Bertha—. Siempre salía del paso por un pelo, pero mi presión aumentaba.

—¿Es que abandonará el caso?

—¿Cómo? ¿Es que lo hay? —repuso Bertha—. Belder deseaba que liquidase una ejecutoria de veinte mil dólares por dos mil quinientos. Ya lo he hecho. ¿Con qué resultado? No tendrá dinero hasta que su mujer se lo entregue. No encuentra a su mujer porque ella se largó después de…

—¿Después de qué? —insistió Elsie al interrumpirse Bertha de pronto.

—Se me ha ocurrido una cosa. Pudo huir después de matar a Sally, y también después de haber descubierto su cadáver en el sótano. De todos modos, se escapó. Belder no conseguirá el dinero imprescindible hasta que encuentre a su esposa.

—¿No deseará que usted la busque?

—Probablemente. Pero, ¿qué posibilidades tengo? La policía también la buscará, y se moverá cien veces más de prisa y cubrirá más espacio que yo. No, me voy a pescar. Lo malo de Donald es que no sabía decir basta. Pero yo sí. Renuncio antes de verme metida en un engorroso lío.

Dicho esto, Bertha describió un ademán vago hacia su despacho.

—¿Hay cartas?

—Media docena.

—¿Importantes?

—Nada urgente.

—Bien. Me marcho entonces.

—¿Qué le digo al señor Nunnely si vuelve?

—Que he salido de la ciudad por negocios. Cuente lo mismo a Belder, al sargento Sellers y a todo el mundo. No volveré hasta que este asunto no se arregle; después quizá se me ofrezca la ocasión de ganar unos dólares. Pero si me quedo, correré el riesgo de intervenir y, cuando uno se ve complicado en un caso, no es posible renunciar. Se tiene que ir hasta el final. Y no quiero saber nada. Me propongo vivir tranquila. Nada de meterme en embrollos.

—¿Dónde la encontraré si se presenta algo importante?

—En el Balboa.

—¿Y si el sargento Sellers la necesita como testigo?

Una expresión de desagrado endureció el rostro de Bertha.

—Dígale que se vaya… No, dígale que salí de la ciudad con urgencia.

—Tal vez piense que va a reunirse con la señora Belder.

Bertha sonrió.

—Déjelo que lo piense. ¡Ojalá lo haga! Tengo la esperanza de que me siga… ¡Maldito sea! Así se ahogue.

Después de echar un vistazo a la oficina, se encaminó a la puerta. El teléfono rompió a sonar cuando empuñaba el tirador.

Elsie alargó la mano sin tomarlo, interrogando a su jefe con un enarcamiento de cejas.

—Si le ha de remorder la conciencia por decir que no estoy aquí, no tendrá que mentir —exclamó Bertha.

Tiró de la puerta y desapareció en el corredor.

capítulo diez

AL surgir por encima de las montañas que orlan la región costera de California, el sol convirtió los últimos retazos de la niebla nocturna en una capa plateada, en una mortaja pálida y misteriosa que pendía hasta el agua como un tapiz diáfano.

Era demasiado pronto para que la brisa marina se alzase, y el agua, con uniforme quietud, se movía en perezosos vaivenes.

Bertha Cool se hallaba acomodada en la punta del malecón. Sus duros y brillantes ojos estaban prendidos del sedal de su caña de pescar, como si sencillamente por concentrarse pudiera atrapar el pez que mordisqueaba sin entusiasmo su cebo, transmitiendo sacudidas imperceptibles, a lo largo del sedal, hasta la caña, y haciendo que los dedos de Bertha se crispasen con anticipación en espera del leve tirón indicador de que la presa había picado.

Pero el pez no mordía. Coqueteaba con el borde del cebo, embistiéndolo o, en apariencia, acariciándolo con la cola.

Bertha permanecía inmóvil, pertrechada de paciencia, vigilando con la alerta tensión del gato apostado ante la madriguera del ratón.

El vendedor de cebo se acercó a ella por la espalda, sin hacer ruido.

—Oiga, ¿es usted la Bertha Cool que tiene un socio llamado Lam? —preguntó.

Bertha, sin mover los ojos, se limitó a afirmar.

Durante la espera, la humedad y el frío, que hubieran calado hasta los huesos a un ser menos robusto, no habían podido más que enrojecer sus mejillas. Unas gotitas colgaban de las puntas de los rizos rebeldes que escapaban de su ignominioso sombrero de pescador. Los hilillos de agua que cubrían la pelusilla de su abrigo eran prueba de que habían llegado antes de que la niebla, bajo los

asaltos del sol, comenzase a convertirse en una calina azulada, de matiz tan débil como la de la leche aguada en el fondo de una taza.

—Estará orgullosa de él.

—Lo estoy.

—Es listo ese muchacho.

—Sí.

—Los demás contarán maravillas de él.

—¡Oh, eso sí!

—También es ingenioso, ¿eh?

—Exacto.

—Seguramente le condecorarán como reconocimiento por lo que hizo.

El extremo de la caña de Bertha se dobló unos veinte centímetros y comenzó a brincar al recibir una serie de rápidos tirones.

Su adiestrada mano izquierda, hizo lo necesario para asegurar el enganche del pez, sin tirar con fuerza excesiva que le arrancase el anzuelo de la boca, mientras la derecha recogía el sedal con la regularidad de un reloj, manteniendo una tensión uniforme. La hebra se hizo camino en el agua con una serie de bruscos zigzags.

—¿De qué diablos habla? —exclamó Bertha por encima del hombro.

—De lo que trae el periódico.

—¿Y qué es? —preguntó Bertha.

Bajo el agua apareció un reflejo plateado al saltar el pez esforzándose por contener la despiadada ascensión del sedal.

—La noticia que traen los periódicos de la mañana sobre cómo salvó a los ocupantes de la balsa.

Bertha se sobresaltó y echó involuntariamente una veloz ojeada por encima de su hombro, con el resultado de que, durante una fracción de segundo, se quebró el férreo dominio que tenía sobre sus reflejos. Por un instante su diestra cesó de recoger el sedal. Se enderezó el extremo de la caña, y el cordel pendió perpendicular. Se enmendó demasiado tarde. Sacó el anzuelo desnudo y suspiró mientras se disponía a cebarlo de nuevo.

—¡Maldita sea! —gruñó—. Usted tiene la culpa. Lárguese de aquí y no vuelva a hablarme cuando ize un pez, por todos los diablos.

—Lo siento, señora Cool. Sólo deseaba ser el primero en felicitarla. Es como si también tuviese algo que ver conmigo.

—¿Que ver qué? —se impacientó Bertha.

—Por lo que hizo. No me diga que no ha leído el periódico.

—Pues no lo he leído —se enfadó Bertha—. Vine ayer para huir de los negocios. Estuve pescando hasta la puesta de sol sin atrapar más que frío. Y me levanto esta mañana, lucho a brazo partido con una camarera empeñada en darme una taza de café medio vacía, estoy hora y media sin que piquen y se presenta usted haciéndome perder mi primer pez… Veamos, ¿qué rayos desea?

El empleado reventaba de orgullo por ser el primero en comunicarle las hazañas de su socio.

—Lo ponen los periódicos. El barco en que iba su socio chocó con una mina. Un puñado de hombres ocupó una almadía. Navegaron tres días. Al cuarto descubrieron un destructor norteamericano por Occidente, casi fuera de vista. Eran las últimas horas de la tarde. Hicieron todo lo imaginable para atraer su atención, pero estaba demasiado lejos. Siguió cortando el mar.

»Entonces se le ocurrió una idea estupenda a su socio. En la balsa había un viejo cubo de estaño. Frotó su parte inferior hasta dejarla seca y lisa. El estuche de un médico contenía dos termómetros. Donald se apoderó de ellos y los aplastó contra el fondo del cubo, esparciendo el mercurio por él. Bueno, por lo visto, el mercurio se las entiende bien con el estaño. Se amalgaman.

—¡Diablos!

—Eso es. De modo que la parte del cubo en que había sido aplicado quedó tan brillante como un espejo. Donald Lam la apuntó hacia el sol poniente y la agitó. El destructor estaba tan lejos que no podía ver la almadía, pero los destellos pusieron sobre aviso al vigía. Poco después, el barco cambiaba de rumbo, a fin de investigar, con los cañones a punto, y encontró a los supervivientes. El comandante declara que, desde hacía mucho tiempo, no había tropezado con alguien de pensamiento tan rápido.

Bertha rumió la noticia. De pronto se incorporó, afianzó el anzuelo en la varilla inferior del carrete, tensó el sedal y entregó todos sus avíos de pesca al empleado.

—Guárdeme esto en el sitio de costumbre —dijo—. Vuelvo a mi oficina. Ya es hora de que piense en mi socio. Siempre dije que si

ese diablillo se entrometía, los japoneses sabrían que forma parte de la Armada. Me marcho.

capítulo once

BERTHA Cool penetró triunfalmente en la agencia, con un diario plegado bajo el brazo.

—¿Lo ha leído, Elsie? —sonrió a su secretaria.

—Sí. ¡Es maravilloso! Traté de comunicar con usted para contárselo, pero me fue imposible localizarla. No estaba en el hotel.

—Me levanté con el día para aprovechar la marea —explicó Bertha.

—¿Tuvo suerte?

—No picaban.

—Un hombre vino dos veces —dijo Elsie consultando su agenda —. No quiso dar su nombre. Aseguró que era muy importante.

—¿Tenía aspecto adinerado? —puntualizó Bertha.

—¡Hum! Parecía un empleado corriente.

—¡Bah! —masculló Bertha.

—Volverá. Ansía verla personalmente.

—Le recibiré —declaró Bertha—. Ahora debo recibir a todo el mundo. ¡Caramba! Ya que Donald pelea con los japoneses, me encargaré de conseguirle un buen montón de billetes. Por un momento pensé no aceptar más que los casos fáciles… Pero ya pasó. Cumpliré con mi deber…

La puerta se abrió.

Elsie miró hacia ella y anunció en voz baja:

—Aquí lo tiene.

Bertha concentró sus mejores modales de recepción. Cruzó la estancia irradiando tranquilidad y competencia.

—¡Buenos días! ¿En qué puedo servirle?

—¿Es usted la señora Cool?

—Sí.

—¿Bertha Cool, uno de los socios de la firma Cool & Lam?

—Exacto —sonrió Bertha—. Dígame lo que le trae. Casi todas las agencias se especializan en determinados géneros de asuntos. Nosotros los aceptamos todos… si proporcionan beneficios.

Su voz era prometedora. El visitante introdujo una mano en un bolsillo, diciendo:

—Perfectamente, señora Cool. Acepte éste.

Depositó unos documentos en la diestra de Bertha, que leyó lo mecanografiado en los pliegos.

—¿Qué es?

La contestación sonó con la rapidez de una ametralladora.

—Acción presentada en la Audiencia del Condado de Los Ángeles. Imogenia Dearborne, demandante, contra Bertha Cool, demandada. Ahí tiene copias del requerimiento y de la querella a fuer de Bertha Cool, a título individual, y de Bertha Cool, consocio. Verá asimismo que el requerimiento llama su atención sobre el sello del Juzgado y…

Bertha levantó la mano para arrojarle los papeles a la cara.

—No lo haga —advirtió el hombre, sin que se alterase el ritmo de sus palabras al pasar de la descripción de los documentos a la recitación de una fórmula—. No conseguirá nada. Recurra a su abogado si se enfada y no me eche la culpa. Eso es todo. Gracias. Buenos días.

Giró sobre sus talones y se lanzó a través de la puerta antes de que Bertha pusiese en acción su vocabulario.

Elsie fue la primera en recobrarse.

—Pero, ¿qué es eso? —preguntó.

Bertha quitó la goma que sujetaba los pliegos y, desplegando el recio papel legal, leyó en voz alta:

EN LA AUDIENCIA DEL
ESTADO
DE
CALIFORNIA,
EN Y PARA EL
CONDADO
DE LOS
ÁNGELES.

IMOGENIA DEARBORNE, demandante, contra BERTHA COOL, individualmente, y como consocio de la razón social y firma que lleva el nombre y título de «Cool & Lam»;

DONALD LAM, individualmente, y como consocio de la razón social y firma que lleva el nombre y título de «Cool & Lam»,

QUERELLA

La demandante se querella con los demandados, y alega los extremos siguientes como base de su acción:

I

Que los demandados son, y seguirán siéndolo cuantas veces aquí se los mencione, y consocios de la razón social y firma que lleva el nombre y título de «Cool & Lam», cuyas oficinas están situadas en la mencionada ciudad de Los Ángeles.

II

Que el día 8 de abril de 1943, en la ciudad de Los Ángeles, condado de Los Ángeles, Estado de California, los demandados consciente y maliciosamente pronunciaron declaraciones falsas y difamatorias respecto a la mencionada demandante referentes a su carácter, honradez e integridad, y que dichas declaraciones fueron enderezadas entonces, y lo siguen siendo, efectivamente, para perjudicar la reputación de la demandante.

III

Que en la misma hora y sitio los mencionados demandados afirmaron a un tal Everett G. Belder, que era entonces el principal de la demandante, que dicha demandante era una intrigante, que la demandante estaba enamorada de su principal, que a fin de inducir a su mencionado principal a ser más susceptible a su afecto y a sus avances, la mencionada demandante había escrito con anterioridad cartas anónimas a la esposa del mencionado principal, acusando al mencionado principal de ser infiel y falso con su mencionada esposa, con la esperanza de producir una ruptura en sus relaciones maritales para contraer matrimonio con la demandante; que como resultado de dichas cartas una tal Sally Brentner, empleada como sirvienta en el hogar de los Belder, halló la muerte, ya incidentalmente, ya por suicidio, todo lo cual fue pensado y proyectado por la mencionada demandante, siendo el resultado de la redacción de los anónimos, y todo lo cual fue el resultado natural y lógico, que debía ser previsto razonablemente, lógicamente y naturalmente por una persona de sano espíritu.

IV

Que todas y cada una de estas declaraciones son erróneas y falsas tanto ahora como entonces y fueron pronunciadas por los demandados con conocimiento de su falsedad, y con una temeridad que constituye un total desprecio de la verdad.

V

Que todas y cada una de estas declaraciones fueron formuladas en presencia de la demandante, de su principal y de otros testigos, y como consecuencia de las mismas la demandante sufrió un gran choque nervioso, así como perturbación, molestias y humillación; y que como posterior resultado de las declaraciones mencionadas, de todas y cada

una de ellas, juntas y por separado, y únicamente a causa de las mismas, el día 8 de abril de 1943, afirma la demandante que el mencionado principal despidió a la mencionada demandante de su empleo.

VI

Que todas las susodichas declaraciones son no sólo falsas, como constaba a los mencionados demandados en el momento de emitirlas, sino que cada una de dichas declaraciones fue pronunciada con malicia para con la demandante, con un absoluto desprecio de la verdad y con el deliberado propósito de difamar la reputación de la demandante.

POR TODO LO CUAL la demandante suplica una sentencia contra los mencionados demandados por la suma de cincuenta mil dólares de daños y perjuicios reales, y por la suma adicional de cincuenta mil dólares de daños y perjuicios ejemplares o punitivos, con un total de cien mil dólares, y la demandante ruega que las costas de la querella vayan a cargo de los demandados.

A.
FRANKLINE
KOLBER.
Abogado de la Demandante.

Toda la vitalidad cosechada a orillas del mar abandonó a Bertha Cool. Se dejó caer como muerta en la butaca colocada al otro lado del escritorio en que trabajaba Elsie.

—¡Que me maten! —gimió.

—Pero, ¿cómo puede demandarla? —se indignó Elsie—. ¡Dios mío! ¡Si usted no hizo que la arrestasen ni nada semejante!

—¡Está loca! —chilló Bertha—. Todo quedó arreglado en el despacho de Belder antes de irnos. Sally Brentner escribió los

anónimos. Sólo Dios sabe por qué. Es inconcebible que escribiese a la señora Belder atrayendo la atención sobre sí misma, pero eso hizo. Nunca sabremos sus razones. Pero Imogenia quedaba limpia de culpa. Nos pusimos de acuerdo antes de marcharnos.

—¿Le pidió perdón? —preguntó Elsie.

—No. No le causé más perjuicio que obligarle a derramar unas lágrimas sintéticas.

—Pero asegura en la querella que Belder la despidió —recordó Elsie—. ¿Por qué lo hizo si todo quedó aclarado?

—Lo ignoro —repuso Bertha—; pero debió de ser por otro motivo. Se habían peleado antes de que Sellers y yo llegásemos.

—¿Cómo lo sabe?

—Juraría que ella había llorado… ¡Eh! ¿Supone que ese estúpido empleó mis palabras como una excusa para sacudírsela de encima?

—Tal vez.

—Ahora mismo arreglo eso —dijo Bertha.

—¿Cómo puede demandar a la sociedad? —indagó Elsie—. Donald no tiene nada que ver con el asunto.

—La sociedad sigue en pie. Ellos aseguran que yo obré no sólo por cuenta propia, sino en nombre de la sociedad. Puedo atajarles aprovechándome de que Donald está en la Armada… No. No lo haré. Me defenderé a mí misma y a la sociedad. Donald no tendrá que inquietarse. El asunto estará zanjado antes de que se entere de él.

Bertha miró a su reloj.

—Visitaré a Belder para darle algo en qué pensar. No tardaré en averiguar qué se oculta detrás de esto. No me utilizará como instrumento tan fácilmente. Esto es lo que se saca de querer vivir sin complicaciones. Acepto un caso al parecer sencillo, procuro abandonarlo cuando se embrolla, y recibo una demanda de cien mil dólares de daños y perjuicios.

—¿La llamó usted intrigante? —preguntó Elsie.

Bertha, que ya había llegado a la puerta, la abrió antes de volverse.

—Eso fue exactamente.

Recorrió indignada el pasillo. En la puerta del edificio logró encontrar un taxi vacío.

—Al Edificio Rockaway. Dese prisa —encargó al entrar en él.

En la antesala de Belder había una nueva secretaria, alta, delgada, de más de cuarenta años, de rostro flaco, color desvaído, barbilla delgada y nariz prominente.

—Buenos días.

—¿Está el señor Belder?

—¿Quién pregunta por él?

La secretaria articulaba las palabras con cuidado, dando longitud y formalidad a la sencilla pregunta.

—Bertha Cool.

—Su tarjeta, señorita Cool.

—Señora Cool —rectificó Bertha—. Me trae un negocio. No estoy citada, pero ya vine antes aquí. Practique su elocución con otra persona. Y… ¡Oh! ¡Igual es! Ahora mismo entro.

Atravesó la estancia, despreciando las protestas que la mujer alta y angulosa declamaba con glacial formalidad, y abrió la puerta de un tirón.

Everett Belder estaba retrepado en su sillón, con los pies cruzados sobre el escritorio y un periódico en las manos.

—Señorita Harrison, deje las cartas en la mesa —dijo—. Las firmaré más tarde.

Y volvió una página del diario.

Bertha dio un portazo que hizo bailar los cuadros.

Belder apartó los ojos del periódico indignado y sorprendido.

—¡Oh! ¡La señora Cool! ¿Por qué no permitió que la señorita Harrison la anunciase?

—Porque tengo prisa y malgasta el tiempo modulando las palabras. Haga desaparecer ese periodicucho y explíqueme qué se propuso al despedir a Imogenia Dearborne.

Belder plegó el diario lentamente, frunciendo el ceño.

—Era mi empleada. Creo tener derecho a poner fin a los empleos cuando se me antoje, señora Cool.

—¡No sea necio! —se encolerizó Bertha—. Ni intente hacer la competencia a su nueva secretaria. No me importa cuándo ni cómo la despidió, así que no se inquiete. Pero me ha presentado una querella por cien mil dólares, asegurando que yo la difamé y que usted la puso en la calle por eso.

Los pies de Belder chocaron ruidosamente contra el suelo.

—¿Qué dice, señora Cool?

—Me demanda por cien mil.

—No lo creo.

—Pues lo hizo. Me entregaron los papeles esta mañana.

—¿De qué se queja, exactamente?

—De que la llamé intrigante, de que afirmé que estaba enamorada de usted y que había mandado los anónimos. Pretende que usted la despidió a causa de ello.

—¡Vaya con la embustera! Bien sabe que no.

Bertha se acomodó en su asiento. Por fin se aflojaron las duras líneas de sus ojos.

—Eso es lo que vine a averiguar. ¿Por qué la mandó a paseo?

—Por nada personal —dijo Belder—; por lo menos en cierto sentido.

—No se ande por las ramas —tronó Bertha—. ¿Por qué la despidió?

—Pues, en cierto modo, porque era demasiado atractiva. Se portaba de una forma provocativa. Es difícil explicarlo. No sólo era atractiva, sino que se daba cuenta de ello.

—¿Y qué relación tiene con eso?

—Mucha, cuando se tiene una cuñada tan observadora como Carlota y una suegra tan suspicaz como Teresa Goldring.

—¿Le mandaron que la despidiese?

—No, no. No me entienda mal, señora Cool. No dijeron nada definitivo… Imogenia era una buena secretaria, muy competente, pero tenía ciertos hábitos, ciertos…

Bertha se inclinó adelante, clavando sus ojos en los del gestor.

—Esa excusa carece de consistencia. Ande, suéltelo. Usted había reñido con ella antes de que el sargento Sellers y yo apareciésemos ayer por la mañana. Había llorado. Le comunicó entonces que estaba despedida, ¿eh?

—No. No exactamente.

—Óigame bien: sé que pelearon. Si usted le comunicó que estaba despedida, o que no la iba a retener en la oficina, antes de que yo llegase aquí, sería de gran ayuda para demostrar que la querella no es más que un asqueroso chantaje. ¿Lo ve? Debo probar que no fue despedida por lo que yo dije.

—Le aseguro que no fue por eso, señora Cool.

Bertha se echó atrás exasperada.

—Desde luego. Es encantador. ¿Acostumbra a poner a sus secretarias de patitas en la calle sin ninguna razón?

—Pero, señora Cool, yo tenía una. Intento explicársela a usted, sí.

—Y yo averiguarla —replicó Bertha con sarcasmo—. No hago más que escuchar, y usted más que hablar, y todavía no me ha dado una explicación ni yo la he descubierto. No sé si podemos hacer algo.

—Bien, señora Cool; para ser perfectamente franco en ello concurrieron varias cosas. Dudo porque no puedo indicar una como el factor determinante. No obstante, la muchacha estaba algo más que convencida de su buen aspecto. Es decir que cualquiera que viniese y la viese, se preguntaría en seguida… ¡Oh! Ya me comprende.

—No, y usted tampoco, según parece.

—Y además, era indiscreta —prosiguió Belder.

—¿En qué?

—Proporcionó informaciones acerca de cosas que no le incumbían.

—Ahora habla. ¿En qué se fue de la lengua?

—Pues, desde luego, señora Cool, yo… ¡Vaya! Prefiero no hablar de ello.

—Yo prefiero lo contrario —repuso Bertha—. Ya que usted me metió en este embrollo, debe hacer lo posible para sacarme de él. Veamos, ¿cuál fue la información?

—Era indiscreta.

Bertha se acaloró.

—Habla usted como un «tiovivo». Cada vez que llegamos al sitio, me veo obligada a hacer que repita. Perdóneme si me muestro impaciente. Continúe, por favor. Era indiscreta. ¿Por qué era indiscreta? Porque dio información. ¿Cuál fue la información? Bueno, es que era indiscreta. ¿Por qué lo era? Porque tenía buen aspecto. ¿Qué tiene de indiscreto el poseer una atractiva apariencia? Pues que dio una información. ¿A quién la dio? Era provocativa. Cualquiera que entrase en la oficina pensaría… Siga, siga. Quizá lo dirá cuando se le acabe la cuerda.

—Se trata de algo que contó a mi suegra —declaró Belder de

golpe.

Bertha abrió los ojos, interesada.

—Por fin llegamos a alguna parte. ¿Qué dijo a la señora Goldring?

—Que yo zanjaría la ejecutoria con Nunnely en cuanto encontrara a Mabel, por cuyo motivo yo revolvía cielo y tierra.

—¿Y qué tiene de malo? —exclamó Bertha.

—Mucho.

—No lo comprendo.

—Ante todo, así que se enterase de que intentaba arreglar la ejecutoria, la señora Goldring procuraría estorbarlo por amor al arte. En segundo lugar, le había estado explicando cuánto amaba a Mabel y lo que para mí representaría que me abandonase. Imaginé que quizá mis palabras llegasen a mi esposa, mejorando la situación. Ahora bien, si la señora Goldring piensa que mi interés era puramente económico… Bueno, sobran las palabras.

—¿Por qué no soltó a su madre lo que le aconsejé? Que usted deseaba que su esposa no le plantara, pero que, en caso contrario, había mujeres de sobra…

—Ése puede ser un buen consejo en principio, señora Cool, pero no resultaría bien en mi caso. Parecía muy lógico en su agencia, pero cuando, al llegar a casa, me enfrenté con mi madre política… Se me ocurrió que lo otro era lo mejor, eso es todo.

—Ya veo. Escuchó mi consejo, pero no lo siguió, ¿eh?

—En cierto modo, sí.

—Está bien. Volvamos a la secretaria. Le fue con el cuento a su suegra y usted lo descubrió. ¿Cómo?

—¡Diablos! ¿Cómo lo supe? Porque mi madre política se puso nerviosa, porque me acusó de que mi interés era puramente económico y que sólo buscaba a mi mujer para sacarle el dinero.

—¿Sucedió eso antes de que se encontrase el cadáver de Sally Brentner?

—Sí, claro está.

—¿Cuándo?

—Poco antes de que cerrase la oficina el miércoles por la tarde; después no cesó de atormentar mis oídos toda la noche, por lo cual no me sentía henchido de misericordia para con la señorita Dearborne.

—Entonces tenía los nervios de punta cuando vino a la oficina el jueves por la mañana, es decir, ayer. Estaba enfadado, inquieto, y no había dormido. Llamó a Imogenia a su despacho y le dio el carpetazo en el acto, ¿no es así?

—Sí, en cierto modo.

—¿Sabía usted que el sargento Sellers le visitaría aquella misma mañana?

—Sí.

—¿Y usted indicó que se celebrase la entrevista en la oficina en vez de hacerlo en su casa?

—Sí. Quise impedir que mi suegra me martirizase a causa de la señora Cornish.

—¿Y llamó a Imogenia antes de que llegásemos con el fin de despedirla?

—Pues… la reprendí.

—¿Qué le dijo?

—La acusé de haber dado una información reservada.

—¿Qué le contestó?

—Que trató de apaciguar a la señora Goldring, imaginando que ése era el mejor medio de dominar la situación.

—¿Y qué repuso usted?

—Que era capaz de realizar el trabajo mental de la oficina.

—Está bien. Continúe. ¿Qué sucedió?

—Hizo un comentario que se me antojó algo impertinente y perdí el dominio de mí mismo. La afeé de haberme puesto en un aprieto con su indiscreción.

—¿Cuáles fueron sus palabras exactas?

—Estaba furioso.

—¿Cuáles usó?

—Dije que no sabía cerrar la bocaza.

—¿Y qué?

—Rompió a llorar.

—Siga. No voy a arrancarle las palabras a cada paso. ¿Qué sucedió? Se echó a lloriquear y usted la despidió, ¿verdad?

—No, no. Se marchó del despacho sin hablar y se puso a la máquina de escribir.

—¿Llorando aún?

—Lo supongo. No había parado cuando se marchó de aquí.

—Usted la siguió y…

—No, a decir verdad.

—¿Qué hizo?

—Me quedé esperando. Entonces llegaron ustedes.

—¡Maldita sea! —se irritó Bertha—. ¿Por qué no siguió adelante y la despidió en aquel momento?

—Porque no estaba seguro entonces de que lo haría. Había perdido los estribos y deseaba reflexionar…

—Pero ¿se proponía dejarla cesante en cuanto ella se calmase, y usted lograse realizarlo sin tener una escena?

—No estoy muy convencido. Francamente, señora Cool, no sabía qué hacer.

—Desde luego, no se propondría conservarla —dijo Bertha.

—Sólo comprendía que no me había portado muy bien.

—¡Dios mío! —se exasperó Bertha—. ¿Cuántas veces tendré que espolearle para que arranque a correr?

—No la comprendo, señora Cool.

—Sólo tiene que declarar —explicó Bertha pacientemente— que se disponía a despedirla por su indiscreción, que lo tenía pensado ya, que no lo hizo antes de que Sellers y yo compareciésemos porque le molestaba efectuarlo mientras lloraba, pues no deseaba tener una escena. Por consiguiente, optó por esperar a que el sargento y yo nos marchásemos para comunicárselo. Una vez lo declare, será evidente que no perdió el empleo por lo que yo dije. ¿Se hace cargo?

—Entiendo el punto legal, desde luego.

—Pues eso era todo —suspiró Bertha—; pero me ha tenido tirando de su cuello mientras retrocedía como un caballo espantado. Pero, por lo que más quiera, no lo olvide.

—Pero, señora Cool, si bien comprendo la situación jurídica, temo que no podré cooperar con usted.

—¿Cómo?

—En aquel momento no había decidido despedir a la señorita Dearborne. Lo determiné después.

Bertha exhaló un nuevo suspiro.

—Bueno, por lo menos espero que usted declarará que discutió con ella por…

—¡No, señora Cool!

—¿Qué?

—No, en absoluto. Me preguntarían por qué la reprendí, y si se descubriese que yo la censuré por lo que refirió a mi suegra, la señora Goldring jamás me perdonaría. Ya sabe que pretende que le oculto cosas por ser la madre de Mabel. No, señora Cool, no puedo ayudarla. Lo que hemos hablado quedará entre usted y yo. Si me interrogase ante los Tribunales, negaría incluso la existencia del menor roce. Debo hacerlo.

Bertha se levantó de un salto, proyectando sobre Belder la ira que relampagueaba en sus ojos.

—¡Idiota! —gritó.

Y salió del despacho.

capítulo doce

ROGER P. Drumson, el socio más antiguo de «Drumson, Holbret & Drumson», concluyó de leer la querella y miró a Bertha Cool por encima de sus lentes.

—Tengo entendido, señora Cool, que fue empleada para descubrir quién escribió esos anónimos. ¿Tenía motivos suficientes para creer que la demandante era su autor?

—Sí.

—Bien. ¡Muy bien! Veamos, ¿cuáles eran?

—Sabía que habían sido escritos por una mecanógrafa experta en una portátil y que Imogenia Dearborne había redactado una nota para su jefe con la misma máquina.

—¿Cómo se enteró?

—Comparando los tipos.

—No, no. Me refiero a cómo sabía usted que ella la había escrito con la misma máquina.

—Lo confesó.

—¿Ante testigos?

—Sí.

—¿Antes de que usted la acusara?

—Sí. Me aseguré del terreno que pisaba antes de lanzar la bomba.

Drumson sonrió.

—Muy bien hecho, señora Cool. Usted emitió su parecer con la mayor buena fe, ¿verdad?

—Verdad.

—¡Espléndido!

Drumson frunció el ceño al releer la demanda y lanzó una mirada acusadora a Bertha.

—¿La llamó usted intrigante, señora Cool?

—Sí.

—Malo.

—¿Por qué?

—Implica malicia.

—¿Y qué importa?

Drumson se permitió una sonrisa paternal, ligeramente protectora.

—Señora Cool, la Ley concede cierta inmunidad a la persona que obra de buena fe y sin malicia, como se comportaría cualquiera en su sano juicio. En otras palabras, a ojos de la Ley existen ciertas notificaciones privilegiadas, pero para aprovecharse de ellas se debe probar que todo fue dicho de buena fe y sin malicia.

»Por lo que sé, es usted detective privada. Fue empleada por Everett Belder, entre otras cosas, para cazar al autor de determinadas cartas. Tenía sobradas razones para creer que esa secretaria era la persona en cuestión. Cometió un error, pero un error honrado en que cualquiera puede incurrir.

Bertha afirmó con vehemencia.

—Por lo tanto —prosiguió Drumson—, su notificación era privilegiada siempre y cuando fuese hecha sin malicia.

—Así fue. Ni siquiera conocía a la joven.

—Entonces, ¿por qué la llamó intrigante?

—No fue más que una expresión.

Drumson movió la cabeza con suave reproche.

—¡Tut, tut!

—Además, yo tenía derecho a obrar de acuerdo con mi conjetura —dijo Bertha—. No puede ensañarse conmigo, ¿verdad?

—Señora Cool, eso depende. Su conjetura de que era culpable debía ser razonable, basada en la investigación de todas las pruebas. ¿No me ha dicho que una tal Sally Brentner resultó ser la culpable?

—Sí.

—¿Cómo lo descubrió?

—No fui yo, sino la policía —admitió Bertha, de mala gana.

—¿Cómo?

—La segunda carta demostró que debió presenciar lo que sucedía en el despacho de Belder. Según la policía, tuvo que verlo desde un edificio del otro lado de la calle. Desde el despacho, descubrió que la persona sólo podía haber utilizado dos oficinas con

tal fin. Se conocía la hora en que el hecho ocurrió… Había ocupado el sillón de un dentista.

Drumson arrugó el ceño.

—¿Por qué no lo pensó usted, señora Cool? Creo que era el método más lógico de encontrar al culpable.

—No lo creí necesario.

—¿Por qué?

—Imaginaba poseer toda la evidencia.

—Entonces, ¿lo pasó por alto deliberadamente?

—No creo que existiese nada deliberado.

—Es decir, no se le ocurrió, ¿eh? —preguntó Drumson.

—Pues… yo… —titubeó Bertha.

—Vamos, vamos, señora Cool —reprochó Drumson—. Debe contar todos los hechos a su abogado o no podrá actuar con eficiencia en favor suyo.

—El sargento Sellers se empeñó en hacer la comprobación, pero le aseguré que era innecesario —confesó Bertha abruptamente.

La voz de Drumson se cargó de incredulidad.

—¡Apreciada señora Cool! ¿Intenta decir que la policía le indicó el método más lógico, sencillo y practicable, de localizar al individuo que buscaba y que usted no sólo se negó a practicar la investigación, sino que la disuadió de emplearlo y encima acusó a Imogenia Dearborne?

—Suena muy mal expuesto de ese modo.

—Así lo expondrá el abogado de la parte contraria, señora Cool.

—Pues creo que ésa es la verdad.

—Malo, señora Cool; muy malo.

—¿Por qué?

—Significa que usted se negó a practicar una investigación y que carecía de motivos razonables para formular su acusación, todo lo cual implica malicia y, al unísono, descarta el privilegio de inmunidad.

—Lo presenta usted como si fuera el abogado de la parte contraria.

Drumson sonrió.

—Espere a oírle. Tratemos de la injuria. ¿Cuál fue? Veamos. ¡Oh, sí! Intrigante. ¡Intrigante, señora Cool! ¿Por qué se lo llamó?

Bertha se ruborizó.

—Porque es el término más suave y más a mano para describir a esa condenada hipócrita…

—¡Señora Cool! —estalló Drumson.

Bertha se sumió en silencio.

—Señora Cool, la cuestión de malicia es una de las más importantes de todo el caso. Si usted quiere ganar el pleito, tendrá que probar que no la alimentaba en absoluto para con la demandante. En lo futuro, refiérase a ella como una respetable joven de intachable moralidad. Tal vez ande descaminada, pero su carácter es un dechado de virtudes. En caso contrario, señora Cool, le costará dinero. ¿Entiende?

—¿No puedo decir la verdad cuando hablo con usted?

—Cuando hable conmigo, con sus amigos e incluso cuando piense, debe aludir a esa joven con palabras que puedan repetirse en cualquier sitio. ¿No comprende, señora Cool, que tanto sus pensamientos como su conversación no son más que hábitos inconscientes, por decirlo así? Si usted emplea expresiones ultrajantes al pensar o en sus monólogos, se le escaparán sin darse cuenta en los momentos más inoportunos… Ahora repita conmigo: «Esa joven es muy estimable».

Bertha Cool dijo con evidente desagrado:

—¡Es una joven muy estimable, maldita sea!

—Y recuerde que siempre debe referirse a ella de ese modo —recomendó Drumson.

—Lo procuraré. Si me ahorra dinero, lo procuraré.

—Tratemos ahora de los testigos.

—Everett Belder y…

—Un segundo. ¿El señor Belder era su principal?

—Mi cliente.

—Ya. Perdone, su cliente. ¿Y quién más estaba presente?

—El sargento Sellers.

—¿De la policía?

—Eso es, de la Jefatura.

Drumson sonrió.

—Por ahora la cosa marcha bien, señora Cool. ¿No había nadie más excepto la demandante?

—Carlota Goldring, cuñada de Belder.

—¿Es cliente suya?

—No.

—¿Qué hacía allí?

—Compareció de pronto.

—¿O sea, que formuló la acusación ante Carlota Goldring?

—No sé en realidad cuánto dije antes de que entrase y cuánto después.

—Pero, señora Cool, ¿por qué no esperó a que esa joven saliese del despacho? Si usted no la conocía, la prudencia más elemental le aconsejaba no acusar mientras estuviese presente. No podemos reclamar una notificación privilegiada en lo que concierne a Carlota Goldring.

—Verá por qué no lo hice —estalló Bertha—. Intentaba ganarme el pan. Eso es lo malo de ustedes los abogados. Sólo piensan en pleitos. Si alguien tratase de ganarse el pan siguiendo la Ley al pie de la letra, se moriría de hambre.

Drumson sacudió la cabeza en son de reprimenda.

—Lo siento, señora Cool, pero fue indiscreta. No conseguirá disminuir su indiscreción insultando a la Ley o atacando a los abogados. Será un caso difícil de defender. Exijo quinientos dólares de anticipo; después veremos lo que se puede hacer. Ese anticipo cubrirá el caso durante los informes y hasta el día de la vista, momento en que quizá tenga que entregarnos una remuneración adicional, si no hemos llegado antes a un acuerdo…

—¡Quinientos dólares! —aulló Bertha.

—Eso es, señora Cool.

—¿Cómo? ¡Que me zurzan! ¡¡Quinientos dólares!! Pero ¿qué dice? Sólo saqué cincuenta de este caso.

—Me parece que no me entiende. No cuenta lo que haya ganado en él, sino el hecho de que precisamente ahora —recalcó Drumson golpeando los documentos solemnemente con el índice— se encuentra ante la posibilidad de que los Tribunales la condenen al pago de cien mil dólares. Quizá mis asociados y yo disuadamos a la demandante. No puedo asegurarlo, pero…

Incorporándose en la butaca, Bertha arrancó los papeles de las manos del abogado.

—Está usted loco. No aflojaré quinientos dólares.

—Pero, mi querida señora Cool, si no procede dentro de los diez días a partir de la entrega de esta querella, se… se…

—¿Cómo se rechaza el pago de daños y perjuicios? —preguntó Bertha.

—Se instruye lo que los abogados llamamos una «refutación», negando los cargos.

—¿Cuánto me cobrará por redactar una?

—¿Por preparar una refutación?

—Sí.

—No se lo aconsejo, señora Cool.

—¿Por qué?

—Porque la querella contiene cosas bastante ambiguas. Evidentemente, fue preparada de prisa. Estimo que es acreedora de una excepción perentoria especial, y aún de una general.

—¿Qué es eso?

—Otro informe que señala los defectos aparecidos en la demanda.

—¿Y qué pasa después?

—Se debate.

—¿Interviene el otro abogado?

—¡Naturalmente!

—Bueno, ¿y qué?

—Si está bien basada, el juez apoya la excepción.

—¿Ganando el pleito?

—¡Oh, no! Se concede a la otra parte diez días para corregir la querella.

—¿Para que le dé más solidez?

—En cierto aspecto, sí. Así lo expresaría un lego en la materia.

—Supongo que esos debates cuestan dinero.

—Desde luego, tengo que recibir una compensación por el tiempo invertido. Por eso le dije que quinientos dólares de anticipo cubrirían el caso desde los informes hasta…

Bertha le interrumpió.

—¿A santo de qué voy a entregar quinientos dólares a un abogado para que se presente ante los Tribunales explicando a otro cómo puede mejorar su querella?

—No lo comprende, señora Cool. Persiste en el punto de vista de un lego. Al obtener una excepción se consigue una ventaja táctica.

—¿Cuál? ¿Qué le proporciona?

—Se gana tiempo.

—¿De qué sirve ganarlo?

—Pues se retrasa el litigio. Se ha ganado tiempo.

—¿Y qué se hace con él una vez se ha ganado?

Drumson intentó sonreír de un modo protector, pero se sentía intranquilo ante los chispeantes ojos de su interlocutora.

—No se excite, mi querida señora Cool. Después de todo, no es más que una lega. Estas materias…

—¿Qué diablos se hace con el tiempo que se gana? —atajó Bertha con un acento estridente que reclamaba una respuesta.

—Trabajamos en el pleito, lo estudiamos.

—¿Y yo pago las horas que usted invierta en ello?

—Claro está que debo ser recompensado…

—Por consiguiente, le remunero por contar al otro abogado el modo de mejorar la demanda para que usted logre tiempo a fin de aumentar sus honorarios por el tiempo que dedica a mi caso. ¡Y un jamón! ¿No domina lo suficiente las leyes para destruir inmediatamente esa querella?

—¡Naturalmente! Si yo…

—Entonces, ¿por qué reclama más tiempo para estudiar? Si no sabe que hacer, dígalo y buscaré inmediatamente a otro.

—¡Apreciada señora Cool! Es usted…

—¡Olvídelo! —cortó Bertha—. No quiero excepciones, ni malgastar dinero para ganar un tiempo que tendré que pagar. Deseo redactar una refutación que desengañe a esa intrigante.

—¡Por favor, señora Cool! Le exijo, como abogado suyo, que no continúe llamando *eso* a la demandante.

—¡Es una asquerosa sacadineros! —prosiguió Bertha, alzando la voz—. ¡Una hipócrita retorcida!

—¡Señora Cool! ¡Señora Cool! Perderá toda probabilidad de defenderse.

—Usted sabe que lo es tan bien como yo. Es…

—¡Señora Cool! ¡Se lo suplico! Le diré, de una vez para siempre, que si piensa de ese modo de la demandante, perderá la sangre fría ante el juez, arrojando el pleito por la borda. Sus palabras encierran malicia. Le aviso, le recomiendo como abogado suyo que debe, con toda su voluntad, convertir en hábito al referirse a esa joven como a una persona absolutamente estimable, porque lo lamentará en caso contrario.

—¿Es que me ha de ser simpática, si me demanda?

—Sufre un error. Vio el mal donde no lo había. Es quisquillosa y sus abogados se aprovechan de la situación para exigir una suma excesiva. Pero esa joven, la demandante, es, en lo que a usted atañe, digna de estima, y no ha de olvidarlo.

Bertha se llenó los pulmones de aire.

—¿Cuánto?

—¿Por redactar una refutación?

—Sí.

—Para hacerlo, será necesaria una discusión preliminar de los hechos y…

—¿Cuánto?

—Unos setenta y cinco dólares.

—¿Por preparar una refutación? Estoy segura de encontrar a otro dispuesto a hacerlo por…

—Pero antes debemos discutir los hechos con usted.

—¡Déjese de hechos! —saltó Bertha—. Sólo deseo una refutación para afirmar que esa… esa joven estimable es una condenada embustera, que no fue despedida por lo que dije, que cuanto dije fue lo que usted llama una notificación privilegiada y todo lo demás.

Drumson accedió de evidente mala gana.

—Creo que tal vez, dadas las circunstancias, veinticinco dólares… Pero comprenda, señora Cool, que no aceptaremos ninguna responsabilidad en el caso. No queremos que nuestro nombre aparezca en el informe. Nos limitaremos a disponer una refutación y usted la firmará, apareciendo *in propia persona*.

—¿Qué significa eso? —inquirió Bertha.

—Es una expresión legal para aludir a la persona que comparece sin abogado, es decir, que actúa como su propio letrado.

—Eso es lo que deseo —repuso Bertha—. Extienda la refutación. La firmaré yo misma, compareceré yo misma y me representaré a mí misma. Y quiero tenerla el lunes por la mañana. La presentaré y me olvidaré de todo.

Drumson la contempló mientras salía del despacho. Apretó suspirando el timbre de su taquígrafa.

capítulo trece

EL sargento Sellers inclinó atrás su maltratada y dura butaca giratoria de la Jefatura de Policía y sonrió a Bertha.

—Tiene un aspecto maravilloso. ¿Qué es eso de que la Dearborne la ha demandado?

—La muy… —comenzó a decir Bertha, y enmudeció.

—Adelante. Conozco más palabras fuertes que usted —comentó Sellers sonriendo—. Suéltelas y se sentirá mejor.

—Vengo del despacho de mi abogado —anunció Bertha—. Todo lo que diga sobre ella puede contener malicia, lo cual perjudicaría mi causa. En mi opinión es una joven muy estimable, quizás equivocada y, desde luego, mal orientada; pero, en el fondo, una encantadora arpía de innegables virtudes.

Sellers rió. Buscó un cigarro y Bertha sacó un cigarrillo de su bolso, que el sargento encendió desde el otro lado del escrito.

—Se vuelve bien educado —dijo Bertha.

—¡Caramba! Conocemos nuestras obligaciones con los visitantes —observó Sellers alegremente—, aunque casi siempre no les prestamos atención.

Arrojó la cerilla a una gran escupidera de bronce que reposaba sobre una esterilla de goma al lado de la enorme mesa. En toda ésta y en el suelo, alrededor de la escupidera, veíanse negras quemaduras en los sitios en que se olvidaron cigarrillos, o donde cayeron en la dirección general del recipiente y continuaron ardiendo.

Sellers siguió las miradas de Bertha y sonrió.

—Ocurre lo mismo en todas las jefaturas de Policía —explicó—. Se podría escribir un libro sobre la historia de esas quemaduras. A veces se abandona el cigarrillo para contestar al teléfono. Se trata de un homicidio, y nos largamos corriendo sin acordamos de él.

Otras interrogamos a un individuo y se decide a hablar. Pide cigarrillos y se desprende de ellos a las dos chupadas; como está nervioso, no acertaría la escupidera aunque tuviese cuatro metros de diámetro. Y éstas cortas… Los muchachos se vuelven descuidados. Los tiran en esta dirección y los olvidan… ¿Qué quiere que haga con respecto a la Dearborne?

—¿Qué puede hacer?

—Mucho.

—¿Es posible?

—Usted me ayudó en el caso del ciego y jamás lo olvidaré, Bertha —aclaró Sellers—. Aquí no se olvida a los enemigos ni a los amigos. Esa chica la ha demandado por difamación; reclama daños y perjuicios, lo cual implica que es capaz de arriesgar su reputación. Examinaremos cuidadosamente su pasado, descubriremos cosas que la harán retorcerse. Después sus abogados comunicarán a los de ella que usted la tiene en un puño, y se rendirá sin remisión.

—Soy mi propio abogado —comunicó Bertha—, y no me diga que mi cliente es tonto.

—¿Qué le inspiró esa idea?

—Mi abogado exigía quinientos dólares de anticipo y tuvo el descaro de avisarme que me cobraría más cuando se viera el juicio.

Sellers silbó.

—Lo mismo sentí yo —afirmó Bertha.

—Hablaré con él, Bertha. Quizá consiga algo.

—Ya lo hice y llegamos a una decisión.

—¿La representará, entonces?

—No. Redactará una refutación. Yo la presentaré, pagándole veinticinco dólares. De ahora en adelante soy libre.

—Bien. Me dedicaré a Imogenia. Tal vez averigüe algo. Es muy posible que una joven, que corre a un bufete de abogado e instruye una demanda casi antes de que usted termine de hablar, tenga puntos en su pasado que prefiera ocultar.

—Si le pongo la mano encima, le daré una zurra. ¡Maldita… estimable muchacha!

Sellers sonrió.

—Comprendo sus sentimientos.

—¿Qué ha descubierto acerca del asunto de Belder? —preguntó Bertha.

—Creo que se trata de asesinato.

—¿No lo pensó desde el principio?

—No con la seguridad de ahora. La autopsia demostró que murió por intoxicación de monóxido de carbono. Llevaba muerta algún tiempo, quizás una o dos horas, antes de que se emplease el cuchillo.

—¿Hay indicios? —indagó Bertha, mientras sus ojos se entornaban vigilantes.

Sellers dudó, como si vacilase en exponerle su opinión.

—Un hombre cometió el crimen —declaró de pronto.

—¿Qué?

—El autor fue un hombre.

—¿No fue la señora Belder?

—La borro de la lista.

—¿Por qué?

—Por el cuchillo de cocina.

—¿Qué le pasa?

—Las sirvientas no pelan patatas con un cuchillo de a palmo.

—Desde luego.

—Una mujer lo sabría. Un hombre, no. O Sally murió accidentalmente y alguien, temiendo ser acusado, procuró que pareciese un accidente o se trató de disimular un asesinato.

—¿Quién pudo matarla? —preguntó Bertha.

Sellers sonrió.

—Everett Belder, por ejemplo.

—¡Bah!

—No esté tan segura. Otra cosa, el gato de la señora Belder regresó.

—¡Increíble!

—Es la verdad.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Pronto?

—Cerca de medianoche.

—¿Lo entró Belder?

—No. La señora Goldring, al oír sus maullidos, abrió la puerta y el animal se coló en el vestíbulo. Parecía bien alimentado, pero siguió maullando; rondó por la casa toda la noche. No quería

estarse quieto.

—Tal vez eche de menos a la señora Belder —sugirió Bertha.

—Quizá.

Sonó el teléfono en el escritorio.

Sellers lo levantó y, después de escuchar, se lo pasó a Bertha.

—Para usted. Desde su agencia. Es importante.

Era Elsie Brand, cuya voz sonaba como la de quien procura con interés no ser oído hablando muy cerca del aparato.

—Señora Cool, el señor Belder no ha parado de telefonear. Afirma que debe verla inmediatamente.

—¡Mándele al infierno! —repuso Bertha, alegremente.

—Me parece que recibió otro anónimo.

—Y no sabe qué hacer con él, ¿verdad? —exclamó Bertha.

—Algo por el estilo.

—Pues ya sabe lo que puede hacer —contestó Bertha y agregó con impaciencia creciente—: ¡Por Dios, Elsie! No me importune cuando trabajo sólo porque Belder quiere…

—Hay algo más —cortó Elsie—. No se retire, señora Cool. Entraré en su despacho para ver si lo encuentro entre sus papeles.

Bertha frunció el ceño hasta que comprendió que Elsie buscaba una excusa para alejarse de algún cliente. Sonó un débil chasquido y percibió su voz con más claridad.

—Una mujer quiere hablar con usted en seguida. Se niega a dar su nombre. Dice que significará una buena suma para usted.

—¿Cómo es?

—Pasa de los cuarenta, pero con muy buena figura. Tiene el aspecto… bueno, como si pudiera ser dura llegado el caso. Lleva un velo corto en el sombrero y agacha la cabeza para ocultar sus ojos siempre que me descubre mirándola. Afirma que no puede esperar.

—Llegaré dentro de un momento —contestó Bertha.

—¿Y qué comunico al señor Belder? Telefonea cada dos minutos.

—Ya sabe lo que tiene que decirle —replicó Bertha y colgó.

Sellers le dirigió una sonrisa.

—¿Marchan bien los negocios, Bertha?

—Regular.

—Me alegro. Usted merece lo mejor. Es usted una mujer de to…

—Hubiese sido mejor que no se callase. ¿Por qué no siguió

diciendo «tomo y lomo», como si la cosa no tuviera importancia? Pero no; se calló y…

—Temí que lo tomara a mal. No me di cuenta de cómo sonaría hasta que…

—¿Y por qué iba a tomarlo a mal? —indagó Bertha.

Sellers tosió en son de excusa.

—Sólo pretendía dedicarle un cumplido, Bertha.

—¡Ya lo veo! —exclamó Bertha, sarcástica—. «¡De tomo y lomo!». ¡Bah!

El sargento Sellers no despegó la vista de la puerta que su visitante había cerrado de golpe. Una sonrisa le temblaba en la comisura de los labios. Por fin cogió el teléfono.

—¿Captó la conversación de Bertha…? —preguntó—. Muy bien. Escríbala y tráigala. Me encantará echarle un vistazo… No, déjela. Dele cuerda… No, no quiero que se ahorque, pero, cuando se arma un lío, se mueve con rapidez y violencia. El que está al otro extremo de la cuerda se verá sacado a la luz con tanta velocidad, que recibirá un susto mortal… No, no. No interceptaremos el anónimo de Belder; no podemos aceptar la responsabilidad de abrirlo. Bertha se encargará de ello y entonces se lo arrebataré.

capítulo catorce

LA mujer que se puso en pie al abrir Bertha Cool la puerta de la agencia era, a primera vista, una joven muy atractiva, en el umbral de la treintena, con una figura no muy distinta de la que cubrió su vestido de boda, e incluso el del término de sus estudios universitarios. No obstante, Bertha, cuando sus agudos ojos perforaron el velo protector, se hincaron en la capa de maquillaje y llegaron a las arruguillas que se formaban en torno de los párpados y de la boca, situó a su visitante hacia el promedio de los cuarenta años.

—¿Es usted la señora Cool?

—Sí.

—Lo supuse por su modo de abrir la puerta. Concuerda con lo que oí de usted.

Bertha inclinó la cabeza, consultando de una ojeada a Elsie, que hizo un ademán de afirmación casi imperceptible.

—Pase —invitó. Introdujo a la mujer en su despacho y preguntó con indiferencia—: ¿Dio su nombre y señas a mi secretaria?

—No.

—Es indispensable; una regla de mi agencia.

—Naturalmente.

—¿Bien? —insinuó Bertha.

—Los sabrá más tarde. Ante todo, ¿puede aceptar un encargo?

—¿De qué género?

—¿Trabaja para el señor Belder?

—Lo he hecho.

—¿No tiene que terminar aún algo?

Bertha arrugó la frente.

—Creo que no responderé a esa pregunta como usted la formula. ¿Pretende que realice algo contra sus intereses?

—No. Tal vez salga ganando con ello.

—Entonces, ¿a qué vienen sus preguntas?

—Es que quizá no le guste a la señora Belder.

—Esa señora no representa nada para mí.

—Pienso, señora Cool, que es usted la persona que necesito.

Bertha se redujo a esperar.

—Desde luego, el señor Belder le habrá hablado de la familia, de la señora Goldring y Carlota.

Bertha apenas invirtió un segundo en afirmar.

—¿Las conoce?

—Me fueron presentadas, simplemente.

Los ojos de la visitante se clavaron en los de Bertha, que, pese al velo, pudo ver que reflejaban la luz de la ventana como si fueran de negro granito pulimentado.

—Continúe.

—Soy la madre de Carlota.

—¡Ah!

—Comprenderá por qué tengo que permanecer incógnita hasta estar perfectamente segura de que logrará lo que deseo.

—¿Qué desea?

—Antes de decírselo, necesito que entienda mi posición.

—Antes de que consuma mi tiempo —declaró Bertha con firmeza—, necesito que entienda la mía.

—¿Cuál es?

—Trabajo para ganarme la vida. El dinero tiene la palabra en mi profesión. Reservo mi simpatía para las horas libres. No puedo ir con cuentos al banco, firmar al pie de los mismos y meterlos por la ventanilla para que mi cuenta corriente se redondee.

—Estoy de acuerdo.

—Por lo tanto, si se trata de oír un folletón, no me interesa. No quiero que haya malentendidos.

—No los hay, señora Cool.

—Adelante, entonces.

—Es imprescindible que comprenda mi posición y en qué razones se basa.

—Ya lo dijo.

—Debo hacer hincapié en ello.

—La escucho.

—Señora Cool, es usted una mujer competente y capaz. Produce cierto embarazo discutir… Bueno, el ambiente práctico de su despacho no estimula a tratar de pormenores románticos.

—Cuando lo romántico llega a mi agencia es definitivamente sórdido. Las esposas quieren pruebas, las mujeres daños y perjuicios y los hombres libertad.

—Me hago cargo.

—Imagino —prosiguió Bertha—, que desea referirme la avasalladora personalidad del alegre seductor, padre de Carlota.

En los labios de la visitante apareció una débil sonrisa sardónica de regocijo.

—Yo fui el seductor.

—Despierta mi interés.

—No vine dispuesta a disimular.

—La apruebo.

—De joven fui alocada. Hasta donde alcanzan mis recuerdos, poseí un espíritu indómito, rebelde. Me sublevaba contra las clases de la escuela, contra las convenciones. Llamé camándulas a mi padre cuando trató de hablarme de Santa Claus. Nunca me explicó determinadas cosas de la vida. Cuando lo juzgó oportuno, yo podía enseñarle muchas. Poco a poco se percató de ello y creo que destrocé su corazón.

Bertha reservó sus comentarios.

—Es importante que vea la situación desde la debida perspectiva.

—Está bien; ya lo he conseguido.

—Lo dudo, señora Cool. No era una adolescente chiflada por los hombres, ni un ser de sexualidad superdotada, indisciplinada, sino la inquisitiva mente de un adulto en un cuerpo de muchacha. Me fastidiaban la hipocresía y la falsa modestia que matizaban los actos de los mayores. Me gustaba correr riesgos, porque proporcionan emociones. En realidad, señora Cool, estaba hambrienta de excitación y de cambios; sentía impaciencia por zambullirme en la vida que me esperaba y averiguar cómo era. Y así nació Carlota.

»No me asusté ni me avergoncé. Me dominaba la curiosidad y cierto sobresalto de que tales cosas pudiesen ocurrirme a mí. Me marché de casa para trabajar en otro Estado. Antes, del nacimiento de Carlota recurrí a una institución. Me negué a firmar la renuncia

y demás documentos a fin de que mi hija pudiese ser adoptada legalmente. Era mía. Sabía que no podía retenerla, pero poseía un fiero instinto de propiedad. Era mía y lo sería siempre, sin importarme el cuándo ni el cómo… Recuerdo, señora Cool, que todo ocurrió después de la Primera Guerra Mundial, en que la situación era caótica. Los soldados regresaban y, muchas veces, esperaban en vano ser incorporados a la vida económica de la nación. Los empleos escaseaban. En ocasiones sentí hambre.

—Yo he tenido hambre —declaró Bertha con sencillez.

—Ahora, señora Cool, diré algo sobre las convenciones. Sigo pensando que se cimentan en la hipocresía y en la duplicidad, pero constituyen la regla de la existencia. Representan las normas del juego. Cuando se las quebranta, se chasquea a la civilización, y entonces no se tarda en perder la actitud de reto orgulloso y se echa por el atajo. Al primer engaño sigue otro. Se empieza a disimular. Despacio, imperceptiblemente, nos abandona la independencia; nos convertimos en oportunistas, nos ponemos a la defensiva y, a reglón seguido, comenzamos a ser hipócritas.

—Oiga, si trata de justificarse conmigo, ahórrese la molestia. No lo necesita —se impacientó Bertha—. Si tiene dinero y yo tiempo, haré lo que usted desee. Si no lo tiene, carezco de tiempo. Por lo visto, no ha pensado que yo tuve mis altibajos y que también vi la vida a mi modo.

—No es eso, señora Cool. Se trata de que comprenda la situación.

—Lo consigo. Pero ¿cómo adoptó la señora Goldring a su hija si usted no firmó la licencia debida?

—Eso es lo que intento explicarle.

—Pues hágalo de una vez.

—La señora Goldring era la misma persona intrigante y obstinada hace veinte años.

—No me sorprende.

—Recurrió a la institución. Había más demanda que niños para satisfacerla. La señora Goldring tenía una hija, la actual señora Belder, sin poder tener más. Deseaba una hermanita para la criatura. Descubrió que debería esperar. Vio a Carlota y se sintió atraída. Los de la institución le comunicaron que yo había pagado su manutención, pero que había dejado de hacerlo y que no

firmaría la renuncia. La situación les preocupaba.

—Prosiga —animó Bertha—. ¿Qué hizo la señora Goldring?

—Pues les obligó a violar las reglas de la institución o, lo que es más probable, ganó su confianza, aprovechándolo para robar la documentación de Carlota.

—Es capaz de eso —convino Bertha.

—¡Y entonces me forzó a firmar una renuncia!

—¿La forzó?

—Sí.

—¿Cómo?

Los ojos negros desafiaron a Bertha.

—Ya le he dicho que, cuando se empiezan a violar las convenciones, no se sabe parar y…

—Déjese de explicaciones. Dígame por qué firmó.

—Y —continuó su interlocutora, sin fijarse en la interrupción—, es imposible combatir contra todo el mundo. Da igual que la opinión pública acierte o se equivoque. No existe carácter lo bastante grande o fuerte para enfrentarse con la opinión pública sin ser apisonado, sin… Señora Cool, ¿ha luchado alguna vez con un hombre grande y gordo?

Bertha arrugó la frente, procurando recordar.

—No —dijo al fin—. Al menos, si lo hice, no me acuerdo en este momento.

—Yo sí —contestó la visitante—. Y combatir contra la opinión pública es como pelear con un hombre gordo que nos domina simplemente dejando caer encima de nosotros su peso. No necesita hacer más; es imposible debatirse contra su mole.

—Está bien —replicó Bertha impaciente—. No se puede desafiarla. Es la cuarta o quinta vez que lo repite.

—Pues por eso la señora Goldring consiguió mi firma. Yo estaba en la cárcel cuando me encontró.

—¡Oh, oh!

—Comprenderá, pues, que me puso entre la espada y la pared. Fue una obra maestra de chantaje. En la prisión, yo carecía de dinero y no podía mantener a mi hija. La señora Goldring le ofrecería un buen hogar. Se habían evaporado todos mis sueños de esperar a que mi hija alcanzase la edad en que me comprendería, de reunirme con ella, o de conseguir proporcionarle un hogar antes de

ser lo bastante crecida para recordar la institución. Cumplía una condena de cinco años. Me soltaron, pero entonces lo ignoraba.

—¿Por qué la encerraron? —preguntó Bertha.

Los labios de su interlocutora se adelgazaron.

—Eso, señora Cool, con franqueza, no le importa.

—No se preocupe, querida —replicó Bertha—. Yo no tengo pelos en la lengua.

—Eso ayudará mucho.

—Bueno, ¿qué quiere? —indagó Bertha.

La mujer sonrió.

—Recuerde que tengo las manos atadas. La señora Goldring me tiene en un puño.

—No lo entiendo.

—Utiliza mi pasado para mantenerme quieta. Sería un golpe tremendo para Carlota saber que su madre estuvo en la cárcel. De no ser así, me presentaría apelando a sus sentimientos. Actualmente, puedo hacer por ella más que la señora Goldring, que ha gastado todo el dinero del seguro de su esposo. Soy relativamente rica.

Bertha preguntó con curiosidad:

—¿Cómo logró, al salir de la penitenciaria, ganar el dinero necesario…?

—Señora Cool, ¿tendré que ser franca de nuevo?

—¡Diablos! —exclamó Bertha—. Ya sé que no es asunto mío, pero ahora me interesa usted.

—Sí —repuso la visitante con sequedad—. Veo que los detalles económicos la atraen más que los románticos.

Bertha meditó un segundo.

—Creo que tiene razón.

—La señora Goldring podría competir conmigo si heredase —continuó la mujer—. Sólo heredaría en caso de que falleciese la señora Belder, legándole por testamento todos sus bienes. Tengo entendido que existe ese testamento y, además, que la señora Belder ha desaparecido.

Bertha se tiró del lóbulo de su oreja izquierda, indicio evidente en ella de intensa concentración.

—¿Qué entiende por «desaparecido»?

—Cometió un asesinato y huyó. La arrestarán tarde o temprano.

La excitación consiguiente al asunto destrozará su corazón. Así…

La mujer chascó los dedos para ilustrar la celeridad del fallecimiento de la señora Belder. Bertha, sin decir una palabra, reiteró los tironcillos al lóbulo.

—Así estamos. La señora Goldring heredará el dinero de la señora Belder y lo invertirá en retener a Carlota.

—¿Es que los afectos de Carlota están en venta? —preguntó Bertha con escepticismo.

—No sea tonta, señora Cool. Carlota no es así, pero tampoco es estúpida. Consideremos la situación. Soy su madre. Hay algunos puntos negros, muy negros, en mi pasado, que pueden constituir los motivos por los que rechace cualquier invitación mía, basada en el parentesco, a su afecto. ¿Comprende?

Bertha afirmó.

—Perfectamente. La señora Goldring gastó todo el dinero que cobró. Carece de los medios imprescindibles para salir adelante, a menos que se case con un hombre rico. Carlota está en la edad en que se comienza a presumir la importancia de atraer a la clase de individuo que la lleve al altar. Para ello, la mujer debe frecuentar los círculos sociales en que se encuentra dicho género de hombres. Dentro de treinta días, la señora Goldring habrá llegado al extremo. Estará, pues, sin un centavo.

»Carlota sufrirá un choque muy fuerte cuando se entere del desastre. La trastornará la necesidad de cambiar por completo de vida, de pasar de la abundancia a la pobreza. No sabe nada del valor del dinero.

—¿Está segura de que el estado económico de la señora Goldring es tan malo?

—Sí. Ha sido mi única ocupación estar al corriente, señora Cool. La señora Goldring vino desde San Francisco a ver a Mabel Belder y enterarse de si era posible obligarla a que llegase a la ruptura definitiva con Everett Belder, de modo que ellas y Carlota viviesen juntas. Naturalmente, Mabel pagaría las cuentas.

—¿No tendría que trabajar Carlota?

—Con el tiempo, sí. Ha sido criada en un ambiente distinto; trata con personas más interesadas en golf, tenis y equitación que en ganarse el pan. De vez en cuando tuvo un empleo, pero no le duró mucho.

—En mi opinión —exclamó Bertha—, le iría muy bien ese cambio.

—Desde luego —replicó la visitante con sequedad—. Por eso espero… ¿Cree que me alegra que la hayan educado de esa manera? Pero, mujer, ¿sabe lo que representa para una madre, que alimenta ciertos proyectos, ideas y aspiraciones para su hija, presenciar cómo otra los anula? Lo he presenciado durante cinco años en la impotencia más lastimosa. Pero recuerde lo que le digo: cuando se produzca el estallido, una vez Carlota descubra lo que le han hecho, lo atolondrada y casquivana que es la señora Goldring, entonces aparecerá su verdadera madre ofreciéndole un hogar, dinero en abundancia, comodidad, la posibilidad de conocer a la gente más indicada…

—¿Puede proporcionar a su hija todas esas ventajas?

—Sí.

—¿Incluso conocer a la gente más indicada?

—Sí.

—¿No conocen su pasado?

—No sea obtusa. Claro que no.

—Pero la señora Goldring sí.

—Exacto.

—¿No irá con el cuento si le arrebata a Carlota?

—Quizá.

—Pero ¿no lo cree?

—Tengo medios para impedirlo.

—¿Cuáles?

La visitante sonrió.

—Señora Cool, después de todo, vengo a contratarla, no a sufrir preguntas sobre mis asuntos personales.

—Siga —reconoció Bertha de mala gana—. Hago demasiadas preguntas. Pero usted me resarcirá por el tiempo que invierta. Diga lo que quiera a su modo.

—En muchos aspectos la señora Goldring ha sido una buena madre para Carlota —prosiguió la visitante—; en otros es una perfecta necia. Es una mujer vanidosa, que quiere pescar un marido con el mismo anzuelo con que atrapó al primero.

»Conozco mucho de la vida, señora Cool, como usted probablemente. Las mujeres de cuarenta, cincuenta e incluso de

sesenta años que obtienen las deseadas presas matrimoniales, los viudos con dinero, acostumbrados al yugo matrimonial, son las regordetas, apacibles y contentas, que no se mueren por casarse. Las que se matan de hambre con dietas, las que intentan imitar la vivacidad de los veinte años, las que simulan esquivez y se muestran juguetonas, no llegan ni a la mitad del camino. No se engañe, señora Cool, la mujer madura tiene algo que atrae al hombre viejo, algo que las jovencitas no tienen. Por otra parte, éstas poseen la frescura y la morbidez física de que carecen las entradas en edad. Si quieren llegar a la meta, las mayores deben usar sus propias armas, sin pretender robar las de las jóvenes. Si no lo hacen así, son vencidas.

—Bonita filosofía —convino Bertha—. ¿De qué nos sirve en el caso presente?

—Para dictaminar que la señora Goldring es una necia, una necia frívola. Prodigó el dinero del seguro convencida de que, mediante él, atraparía otro marido. Gozó de vestidos, institutos de belleza, pisos lujosos y relaciones. Si le interesan, le cuento los sórdidos pormenores.

—Los pormenores sórdidos siempre despiertan mi curiosidad —respondió Bertha.

—Conforme. El seguro era de veinte mil dólares. En lugar de colocarlos a buen interés la señora Goldring optó por gastar cuatro mil dólares anualmente durante cinco años, pensando que bastarían para cazar a un marido durante ese plazo. Tomada esta decisión, le resultó difícil respetar los límites preestablecidos. Reconozco una cosa: fue generosa con Carlota. En parte por mi propia hija y en parte, tal vez, porque había de serlo con ella en beneficio de sí misma.

»Estableció un tope mental de cuatro mil dólares al año, pero el primero, gastó más de siete mil. Por lo general, viajó mucho, esperando encontrar al tipo de persona ansiada en la intimidad de un viaje largo. Hubiera salido con la suya de no cometer un error frecuente entre las mujeres.

—¿Cuál?

—Se enamoró de un hombre que no tenía intención de casarse con ella. La hizo malgastar un año y una buena porción de dinero. Cuando la señora Goldring se dio cuenta de la verdad, redobló sus

esfuerzos para capturar su perdida juventud. ¿Juega al golf, señora Cool?

—Un poco.

—Entonces sabrá lo que es emplear una fuerza excesiva. Cuando se golpea con tranquilidad en el centro del campo, se hace con un ritmo perfectamente coordinado; pero si una se impacienta, cuando se precipita, ansiosa de cubrir mucho terreno a cada bastonazo, se cometen pifias. La señora Goldring se consumía de ansiedad, y pifió sus tiros matrimoniales.

»La farsa se termina dentro de treinta días. En realidad, hace más de un mes que consumió lo que restaba. Desde entonces ha empleado expedientes desesperados, aprovechándose de su buen crédito. Vino a Los Ángeles a persuadir a su hija Mabel para que se sacudiese a Everett de encima, reclamase el dinero y viviese con ella y Carlota, proporcionando desde luego el capital imprescindible.

—Está usted enterada de todo.

—Ha sido mi único objetivo enterarme de todo lo relacionado con Carlota.

—Está bien. ¿Dónde entro yo? Exactamente, ¿qué quiere que yo haga?

La mujer sonrió.

—Se le antojará una tontería. Algo sencillísimo. Pero es terrible, vitalmente importante.

—Bueno. Adelante. ¿Qué es?

—Necesito una información.

Bertha exclamó con un matiz de sarcasmo:

—Le sorprendería saber cuántos clientes míos están en su caso.

La visitante abrió su bolso sonriendo y sacó una cartera, de la que tomó un billete de cincuenta dólares. Lo arrojó con indiferencia sobre el escritorio.

—Como ve, pago por adelantado.

Los ojos de Bertha, después de acariciar el dinero, se clavaron en su interlocutora.

—¿Por qué?

—Información.

—¿Cuál es?

—Le asombrará sa…

Bertha la interrumpió con impaciencia.

—Oiga, estoy ocupada. Si he de obtener la información que usted necesita, tendré más trabajo aún. Empecemos de nuevo. ¿Qué desea?

—Deseo el nombre de la peluquería de Everett Belder.

Bertha, pese a su dominio, transparentó su asombro.

—¿De su peluquero?

—Sí.

—¿Para qué, en nombre del Cielo?

La visitante extendió un dedo largo y afilado, manicurado de rojo, hacia los cincuenta dólares.

—¿Acaso no basta esa razón?

Bertha entornó los párpados.

—No sé si estaré en libertad de cumplir su encargo. Trabajo para el señor Belder. Iré a echar un vistazo a la copia de su factura para asesorarme de hasta dónde abarca…

La mujer rió.

—Vamos, vamos, señora Cool. Creí que era más lista. Lo que se propone es hacerme espiar cuando me marche. Me parece que ambas nos entendemos perfectamente. Ahí está el dinero y yo deseo el nombre del barbero.

—Pero ¿a santo de qué?

—Porque me gustaría que me cortara el pelo. Y, naturalmente, señora Cool, mi visita es confidencial. En cuanto se embolse los cincuenta dólares, me transformaré en cliente suya. No referirá al señor Belder ni a nadie nuestra entrevista. Satisfará mi ridículo capricho. Si traiciona mi confianza, se hará culpable de falta de ética profesional. ¿Me expreso con claridad?

—¿Cómo la avisaré de que…?

—Llame a este número. Yo estaré esperando. Buenas tardes.

El teléfono sonó en el momento en que la mujer se incorporaba. Bertha lo levantó, sin tocar el billete colocado en el escritorio.

—Belder aguarda —anunció Elsie con cautela.

Bertha tapó el micrófono con la mano.

—Everett Belder acaba de llegar.

La mueca de contrariedad de la mujer fue perceptible incluso a través del espeso velo.

—Señora Cool, su agencia debería tener una salida excusada.

—Si piensa eso —se irritó Bertha—, alquíleme unas oficinas que satisfagan sus gustos personales; encárguese de buscarlas y me mudaré… Si no quiere que la vea, diré a mi secretaria que no puedo recibirle hasta pasados diez minutos y que vuelva más tarde.

Pero la visitante se encaminó a la puerta.

—Bien pensado, señora Cool, lo prefiero así. ¿Acepta el dinero o no?

Bertha titubeó un instante, pero acabó por inclinarse para coger los cincuenta dólares.

—Gracias —exclamó la mujer, abriendo la puerta.

Bertha consiguió dar la vuelta al escritorio a tiempo para observar la reacción de Belder cuando su nueva cliente pasó ante él.

Pero el joven, dedicándole una ojeada casual, se apresuró a ponerse en pie para entrar inmediatamente en el despacho privado.

capítulo quince

VISIBLEMENTE excitado, Belder se sentó delante de Bertha.

—Ya lo tengo —dijo.

—¿Qué tiene?

—¿Recuerda que le hablé de una joven para quien logré un empleo en San Francisco?

Bertha meditó con la frente arrugada.

—¿Otra mujer?

—Nada de eso. Ya tratamos de ella. Vio una carta suya.

—¡Ah! La que le llamaba Sinbad.

—Precisamente.

—¿Qué le pasa?

—Me ayudará.

—¿Cómo?

—Prestándome el dinero suficiente para arreglar lo de la ejecutoria. Tiene un buen sueldo; lo ha ahorrado e invertido a veces. Posee en el banco veintitrés mil dólares. Puedo obtener los dos mil que faltan y cerrar el trato con Nunnely.

—¿Cómo se comunicó con ella? —indagó Bertha—. ¿Por teléfono?

—No. Vino a esta ciudad por negocios. Me telefoneó y fui a su hotel. He intentado ponerme en contacto con usted. El dinero está en San Francisco; mi amiga da los pasos para que lo envíen por cable. Mañana, alrededor de las diez, podremos cerrar el trato.

—¡Hay muchas mujeres en su vida! —exclamó Bertha.

—¿Qué pretende decir, señora Cool?

—Ni más ni menos lo que oye.

—No comprendo su insinuación, señora Cool, pero esta joven no está «en» mi vida.

—Pero sí sus veintitrés mil dólares.

—Eso es otra cosa.

—¡Vaya si lo es! —profirió Bertha—. ¿Quién es su peluquero?

—¡Eh! ¿Qué se propone?

—Lo ignoro —contestó Bertha—. Sólo deseaba saberlo.

—¿Y qué importancia tiene?

—Tal vez mucha. ¿Va siempre a una peluquería?

—Sí.

—¿A cuál?

Belder dijo después de vacilar:

—A la peluquería Terminal cerca de la estación de autobuses de la Pacific Greyhound.

—¿Acostumbra ir a ella?

—Sí.

—¿Desde hace mucho tiempo?

—Sí. Palabra, señora Cool, de que no entiendo por qué me lo pregunta.

—No es ningún secreto, ¿verdad?

—¡Claro que no!

—¿Le molestaría que yo publicase dónde se corta el pelo?

—¡Dios mío, no! ¿Qué le ocurre? ¿Está loca o lo estoy yo?

Bertha sonrió.

—No se preocupe. Deseaba asegurarme de que no encerraba ningún misterio. ¿Tiene tratos comerciales con el propietario?

—No, naturalmente.

—¿Posee algún interés en el establecimiento?

—No. Señora Cool, ¿tendrá la bondad de aclararme la razón de sus preguntas?

—Trato de descubrir el motivo de por qué tiene tanta importancia dónde se corta el pelo.

—Es que no la tiene.

—Quizá sí.

—No.

—Sí.

—No lo comprendo.

—Ni yo tampoco. ¿Qué hay de ese otro anónimo?

Belder estaba exasperado. Dudó como si anhelase probar a Bertha que pensaba si sería preferible marcharse o mostrarle el anónimo. Al cabo de un rato, exhibió un sobre cerrado.

Bertha alargó la mano y lo examinó concienzudamente.

—Con el correo que se reparte hacia las tres de la tarde.

—¿Lo vio su suegra?

—Sí, y Carlota también. Goza de su confianza.

Bertha murmuró:

—Los mismos tipos. Va dirigida a su esposa, y es «personal y confidencial» —alzó la voz—: ¡Elsie!

Le contestó el tableteo de la máquina de escribir, amortiguado por la puerta cerrada. Bertha empuñó el teléfono y dijo:

—Prepare la tetera, Elsie. Tenemos otro anónimo.

Al depositar el aparato en su sitio, continuó estudiando el sobre.

—Necesitaremos algo que lo sustituya… El sobre es idéntico al anterior: corriente, con el sello pegado. Habré de buscar otro anuncio del peletero.

—¿No podríamos usar otra cosa?

—No sea tonto —repuso Bertha—. Si su madre política ve dos sobres, ambos con el rótulo de «personal y confidencial», y uno contiene propaganda de una peletería y el otro una petición de la Cruz Roja, montará en sospechas. Lo único que cabe es simular una pifia del peletero, que repitió el nombre en la lista.

—Es verdad —admitió Belder—. No había pensado en ello.

—¿Qué hay de nuevo en su casa? —preguntó Bertha.

—Nada. La situación no ha variado. Los detectives patrullan por ella, enredando y disparando preguntas. La señora Goldring llora. Carlota no me pierde de vista.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Bertha encendió un cigarrillo.

—¿Qué le indujo a interrogarme sobre mi peluquero? —indagó Belder.

—Parece preocuparle.

—Me tiene sin cuidado. No siento más que curiosidad.

—¿Por qué no quería decirme quién es?

—No me proponía ocultárselo.

—Entonces, ¿por qué vaciló?

—No sea así. No dudé. Pero me interesaba saber el motivo de la pregunta. No pretendía callar, sino averiguar la razón de su interrogatorio.

—Sencillamente, curiosidad. ¿Cómo se llama esa joven, la que le prestará el dinero?

—Mamie Rosslyn.

—¿A qué se dedica?

—Dirige la sección de propaganda de un gran almacén en San Francisco. Ha llegado a la cima.

—¿Qué dirá Dolly Cornish de ella?

—¿A qué se refiere?

—¿Le ha contado que esa Rosslyn le entregará el dinero?

—No. ¿Para qué iba a hacerlo?

—¿Por qué iba a ocultarlo?

—No encuentro ningún motivo a favor de ello.

—¿Cuánto tiempo estará en la ciudad?

—¿Quién? ¿Dolly Cornish?

—No. Rosslyn.

—Esta noche se marcha; mañana me enviará los dólares por telégrafo. Ésta es la causa de que quisiera entrevistarme con usted. Tendrá que hablar con Nunnely y asegurarse de que el asunto no se nos escapa de las manos. Tiene suma importancia arreglar la ejecutoria antes de mañana al mediodía.

Elsie apareció.

—El agua hierve.

Bertha empujó atrás la crujiente butaca giratoria, levantándose.

—Llegó el momento de violar otra vez los reglamentos de Correos.

La tetera, colocada sobre el escritorio de Elsie, borboteaba alegremente. Debajo del fogoncillo eléctrico, la revista, que defendía el barnizado del mueble, reflejaba su brillo rojizo.

Bertha se acercó a la tetera con el sobre, ordenando a Belder por encima del hombro:

—Eche el pestillo a la puerta.

Se inclinó para someter el sobre a la acción del vapor de agua, absorbiéndose en la tarea. De pronto, Elsie se incorporó con precipitación, disparando su asiento sobre sus bien aceitadas ruedecillas.

—¿Qué pasa? —preguntó Bertha sin mirar.

—La puerta —masculló Elsie y comenzó a correr.

Su jefe levantó los ojos. Una sombra se recortaba en el vidrio

deslustrado de la entrada, la silueta de unos hombros anchos, de un perfil inflexible, del que surgía un largo cigarro apuntando ligeramente hacia arriba.

Belder se hallaba pegado a Bertha contemplando el sobre con intensidad.

Elsie extendió el brazo para correr el pasador.

—¡Maldición! —tronó Bertha a su cliente—. Le mandé que cerrase la puerta. Ahora…

Elsie tocaba el cerrojo.

La sombra se movió. El tirador comenzó a girar en el instante en que los dedos de la secretaria llegaban a su meta. Dominada por el espanto, Elsie se arrojó con todo su peso sobre la entrada en un fútil intento de mantenerla inmóvil.

El sargento Sellers aplicó los hombros al marco y miró por la abertura al escritorio de la antesala, captando en una visión simultánea la tetera, el fogoncillo eléctrico, la indignación de Bertha y el aturrullamiento de Belder.

En silencio, sin apartar los ojos de los presentes, el sargento pasó la mano por la jamba hasta encontrar el cierre automático. Lo meneó repetidas veces con el índice.

—¿Qué le sucede? —preguntó a Elsie, sin mirarla—. ¿Pretende dejarme fuera?

—Me disponía a cerrar —se apresuró a explicar la secretaria—. La señora Cool está cansada y no quiere recibir a nadie.

—Ya. ¿Van a tomar el té? —comentó Sellers.

—Sí —repuso Elsie con excesivo entusiasmo—. Eso es. Estábamos a punto de hacerlo. Es una costumbre…

—Estupendo —aprobó Sellers—. Inclúyanme entre los invitados. Prepare un poco más, Bertha. Elsie, puede cerrar.

Penetró en la habitación, mientras la secretaria, haciendo una mueca de impotencia, le obedecía.

—Todos los policías son iguales —exclamó Bertha—. El olor a comida los atrae como moscas. No importa la hora, por intempestiva que parezca, sea mañana, mediodía, tarde o noche…

—Es verdad —atajó Sellers—. Pero ignoraba que fuesen a tomar un bocado. Creí que sólo se trataba de té. Los alimentos sólidos me sientan mejor. ¿Habrá pastelillos, Bertha? ¿De ésos con crema en el centro? Me vuelven loco.

Recibió una mirada fulminante.

—No permita que el agua hierva demasiado —prosiguió Sellers —. Ande, prepare el té.

Bertha se volvió hacia su secretaria.

—¿Dónde está el té, Elsie?

—Yo… ¡Dios mío! Ahora que lo pienso, señora Cool, ayer consumimos el último. Recuerdo que usted me encargó comprar más, pero se me olvidó.

—¡Muy bonito! —tronó Bertha—. ¿Es que no se acuerda de nada? Es la segunda vez que sucede. Ayer le mandé que comprase más porque empleamos el poco que quedaba. Hasta tiré la cajita.

—Así es —reconoció Elsie, avergonzada—. Se me pasó por alto.

Sellers tomó asiento sonriendo.

—Bueno, saquen las tazas y los platillos, veré si logro darles el té.

—¿Es que lleva un paquete en el bolsillo?

—No se cuide usted de eso —animó Sellers, adoptando una posición cómoda en su butaca y buscando otro cigarro—. Continúe, Bertha. Traiga las tazas, Elsie.

La secretaria consultó a su jefe con los Ojos.

—Bien pensado, no lo tomaremos. No vamos a esperar a que usted nos lo dé. Estoy cansada de que…

—Bien, bien —interrumpió Sellers—. Veamos las tazas y los platillos, Bertha. ¿Dónde los guarda?

—He dicho que no los emplearemos.

—Ya lo sé, pero despiertan mi curiosidad.

—Pues sígala sintiendo. Tengo otras cosas que hacer. Vamos, señor Belder. Trataremos del asunto que íbamos a discutir cuando nos interrumpieron.

—Pueden hacerlo aquí mismo —invitó Sellers.

—Gracias. Mis clientes prefieren la reserva, aunque parezca extraño. Sin duda es una propensión subconsciente a los anticuados derechos del ciudadano norteamericano.

Sellers no perdió su sonrisa de buen humor.

—Conque no tiene tazas ni platillos, ¿eh, Bertha? La señora Goldring me avisó de que se había recibido otra carta para la señora Belder. Supuse que la encontraría aquí, Belder. Desde luego si lleva esa carta encima, me haré cargo de ella. Puede ser útil como

prueba.

—¿Usted y cuántos más? —rugió Bertha—. En resumidas cuentas, hay leyes federales que tienen más poder que la espabilada policía. Si la carta fue dirigida a la señora Belder, usted no…

—Calma, Bertha. No permita que aumente su presión. Ya que es tan quisquillosa sobre las leyes federales, ¿qué estaba a punto de llevar a cabo?

—Estaba a punto de preparar el té —chilló Bertha—, y creo que no existe ninguna ley en contra.

—Está muy equivocada —repuso Sellers—. Hay ordenanzas municipales referentes al cocinar, otras acerca de los lugares en que se sirven, expiden y proporcionan habitualmente comidas, refrescos o…

—Supongo que puedo ofrecer una taza de té a un cliente sin sacar licencia de restaurante.

—Ese «se proporcionan habitualmente» abarca mucho terreno —dijo Sellers sin perder su sonrisa afable—. Elsie trabaja aquí. Evidentemente usted sirve té a esta hora todos los días.

La furiosa mirada de Bertha no turbó la serena complacencia del sargento Sellers, que, volviéndose a Belder, prosiguió:

—Considéreme de la fiesta, si ha recibido otro anónimo y se disponen a abrirlo mediante el vapor.

—¿De dónde saca tanta desfachatez? —gritó Bertha—. Se cuela en mi agencia y…

—No se sulfure; no grite. Su oficina está abierta al público. He entrado al pasar. Estuve en la casa de Belder comprobando unos detalles. Charlé con la señora Goldring, quien, como es lógico, está muy preocupada, y se esforzó por convencerme de que algo motiva la ausencia de su hija. Algo relacionado con la muerte de Sally Brentner. Al reflexionar en los sucesos recientes en busca de un indicio de la desaparición de Mabel, la señora Goldring recordó que se habían recibido dos cartas con la advertencia «personal y confidencial». Sugirió que podíamos examinar la correspondencia, encontrarlas y cerciorarnos de si ofrecían alguna pista. Al hacerlo, no descubrimos más que uno de los sobres.

»Yo no me atrevería a abrir las cartas de la señora Belder, pero nada se oponía a que acercásemos una a una luz fuerte para comprobar su contenido. Preparé un embudo de cartón, le apliqué

una bombilla de ciento cincuenta bujías y, al exponer el sobre a la luz, noté que sólo encerraba el anuncio de un peletero. Un examen más detenido me convenció de que había sido abierto. Recordé que los anónimos fueron dos, que procuró ocultarme uno y que usted no tenía el sobre con que llegó. La señora Goldring estaba fuera de sí porque no lograba encontrar la carta recibida esta tarde con el "personal y confidencial". Al sumar dos y dos, conjeturé dónde podía estar y cuál era el paradero de Everett Belder. Al llegar aquí, les hallé rodeando una tetera, preparando un té sin tazas y sin el té indispensable.

»Veamos, Bertha, de detective a detective, ¿qué pensaría en mi lugar?

—¡Oh! —dijo Bertha, fatigada, a Belder—. Dejémosle tomar parte.

—Eso está mejor —aprobó Sellers—. En resumen, Belder, le estoy protegiendo en lo que concierne a su suegra. No le hablé del segundo anónimo. Incidentalmente, quizá le interesará saber que su madre política cree que usted se entendía con Sally y se cansó de ella, o que Sally se interponía en su camino, impidiéndole tomar otra amante, por lo cual la borró del mapa. Además, empieza a pensar que se libró de su esposa por el mismo sistema.

—¡Librarme de mi mujer! —exclamó aullando Belder—. ¡Librarme de Mabel! ¡Dios mío! Si daría mi mano derecha por encontrarla. Bertha puede explicarle que estoy metido en un asunto que…

—Calle —le interrumpió la aludida—. ¿No ve que le da coba para hacerle hablar? Es una vieja estratagema de la policía eso de chismorrear de su suegra con usted, y de usted con ella.

—¿Por qué le manda callar, Bertha? ¿Oculta algo?

—Como si fuera posible, cuando usted se dedica a abrir bolsos, colarse en las oficinas y poner a madres políticas al borde de la histeria. ¡Claro que no! Sólo deseo que cierre la boca para que usted no corra a su suegra con el cuento de lo que Belder dijo de ella.

—Bertha, reconocerá que no estuvo mal —repuso Sellers amablemente—. No debí intentarlo en su presencia. Creo que habría llegado a alguna parte de no intervenir usted.

Belder se encaró furioso con el sargento.

—Ignoro cuánto debe soportar un ciudadano de un policía en

esta situación.

—Bastante —replicó Sellers—, sobre todo cuando desaparecen las esposas poco después de que guapas ex novias visitan al marido. Le sorprendería saber, Belder, cuántas mujeres han «desaparecido sencillamente» o visitado parientes sin regresar jamás. No, no me expreso bien. Parece que le acuso, y no es así. Sólo investigo. Fue su madre política la que formuló la acusación.

—Ya vuelve a empezar —intervino Bertha—. No le haga caso, Belder. Abramos el sobre para ver qué contiene.

Apartando algunos papeles del escritorio de Elsie, cogió la carta que había ocultado apresuradamente cuando el sargento apareció.

Sellers se recostó en la butaca, fumando apaciblemente, sin perder ninguno de sus movimientos.

Bertha humedeció la goma con vapor de agua, insertó un lápiz en la parte superior de la oreja y lo hizo rodar hacia la inferior.

—Muy bien hecho —comentó Sellers—. Demuestra una gran práctica.

Bertha se mordió la lengua.

—Debo ser el primero en leerlo —dijo Belder muy nervioso—. Quizá diga algo…

Sellers se levantó de la silla con la suave facilidad de un atleta. Belder arrebató la carta a Bertha y los gruesos dedos del policía se cerraron en torno de su muñeca.

—No sea malo. Suéltela.

Belder intentó resistir. El sargento apretó con más fuerza y de pronto, con singular rapidez, colocó el antebrazo bajo el codo del joven e hizo palanca. Los dedos de su rival se aflojaron y la carta revoloteó hasta el suelo.

Sellers se anticipó a Bertha, apartándola con el hombro en el instante de recoger el papel.

—¡Maldito sea! —chilló Bertha.

—Jamás permito que una señora se agache —observó el sargento, y regresó a la butaca con la carta, sin que el cigarro se hubiera movido un milímetro en su boca.

—Está bien —declaró Bertha—. Ande, léala.

—Ya lo hago.

—En voz alta.

Sellers, sonriendo, acabó su ávida lectura. Dobló el anónimo y se

lo guardó en el bolsillo.

—¡Ha sido divertido! —comentó.

—¡Váyase al diablo! —estalló Bertha—. No puede entrar en mi oficina y hacerme esa jugarreta. Déjeme que le eche un vistazo.

—Tiene el sobre, Bertha —respondió Sellers—. No estaría de más que buscase otro anuncio del peletero y cerrase con la misma pericia que la vez anterior. No es que me importe, pero deseo que la vida doméstica de su cliente no resulte un infierno. La señora Goldring se mostró muy interesada por el sistema de leer una carta cerrada con la ayuda de un cono de cartón y una bombilla de ciento cincuenta bujías. Sin duda espera la aparición de este sobre para lanzarse sobre él. Lo primero que preguntará a Belder es si lo lleva encima. Ahora tengo que marcharme.

Se puso en pie y soltó la ceniza de su cigarro con el dedo meñique en el cenicero de Elsie.

Belder se encaró con Bertha.

—¿No podríamos hacer algo? ¿Acaso los ciudadanos carecen de derechos?

Bertha no habló hasta que se cerró la puerta.

—Nos cogió con las manos en la masa —confesó con amargura —. Nos tenía en su poder, y lo sabía. ¡Maldito sabueso!

—Bueno, señora Cool —exclamó Belder con la dignidad de una cólera glacial—. Esto es lo último. No ha dado una a derechas desde que intervino en este caso. Si hubiera sido medianamente diestra en seguir a mi esposa, sabríamos adónde fue. Le entregué una carta estrictamente confidencial y fue a parar a la policía. Me presento con una tercera, que sin duda encierra importantes detalles, y accede a que se la quiten ante sus propias narices. Desde luego, yo tengo la culpa por haber contratado a un detective de su sexo. El sargento Sellers no se hubiera impuesto de esa forma a un hombre.

Bertha le contempló con la frente surcada de arrugas. No dio muestras de haber percibido las palabras de Belder, que anduvo tieso hacia la puerta y corrió tras el sargento.

Elsie dedicó una mirada de simpatía a su superior.

—Mala suerte. Pero usted no tuvo la culpa.

Posiblemente Bertha no la oyó. Sus párpados entornados delataban una concentración intensa.

—Luego es eso.

—¿Qué? —inquirió Elsie.

—Creen que asesinó a su mujer. Belder estuvo aquella mañana en la peluquería. Le recuerdo cuando llegó. Hacía frío. El viento empezaba a barrer la niebla. Belder llevaba abrigo y no se había afeitado. Me dejó delante de su casa. Cuando fui a su oficina, se había afeitado, le habían dado masaje y tenía las uñas manicuradas. Su cabello era irreprochable. Por eso esa mujer deseaba averiguar quién es su barbero. La peluquería es su única coartada. Si tiene un agujero, se queda sin ella.

Bertha penetró en su despacho, tomando su sombrero y su bolso.

capítulo dieciséis

LA peluquería Terminal era un establecimiento de siete sillones atendidos por tres hombres. Bertha, al adentrarse en ella, contempló los parroquianos atendidos y a la media docena que aguardaban.

—¿Quién es el dueño? —preguntó.

—Salió a comer —le contestaron.

—¿Cena a esta hora? —inquirió Bertha.

—Almuerza —sonrió su informador—. Trata de hacerlo desde las dos, que es la hora que se ha fijado para ello. Pero… Ahí lo tiene.

Bertha se volvió para presenciar la entrada del recién llegado, y despreciando las miradas de curiosidad de los clientes, le presentó una tarjeta.

—¿Dónde podemos hablar cinco minutos? —exclamó.

El peluquero miró fatigado los sillones ocupados.

—Cinco minutos —insistió Bertha—. Y será preferible para usted que lo hagamos sin auditorio.

El propietario estaba demasiado cansado para protestar.

—Está bien. Acompáñeme —se rindió conduciéndola a la trastienda, donde exclamó con la suficiente fuerza para ser oído por los que esperaban—: Tendrá que hablar mientras me pongo la bata. Mi establecimiento está lleno.

—De acuerdo —accedió Bertha.

La trastienda era un cuarto pequeño y mal iluminado formado a expensas de la peluquería. Colgaban varias chaquetas de los ganchos insertos en una tabla que corría a lo largo de la estancia. Un paragüero anticuado soportaba tres sombreros. El peluquero se quitó el suyo, componiendo el cuarteto.

—¿Qué desea? —quiso saber, desabrochándose la americana.

—¿Conoce a Everett Belder? —inquirió Bertha.

—¿El gestor de ventas?

—Sí.

—Le conozco. Su oficina está en el Edificio Rockaway. Hace años que es cliente mío.

—¿Estuvo aquí el miércoles?

—¿El miércoles? —repitió el barbero frunciendo el ceño—. Espere un segundo… Sí, fue el miércoles. Nos visitó; nos hizo trabajar de firme: pelo, manicura, zapatos, masaje. Ya no suelo dar masaje; por lo visto, la gente no tiene tiempo de sobra. Dios sabe que todos tenemos mucho trabajo. No encuentro empleados y…

—¿Cuánto rato estuvo aquí? —cortó Bertha.

El peluquero colgó con cuidado las prendas que se había quitado en una percha, que colocó en un gancho.

—Tal vez una hora y media —contestó, descolgando la chaqueta blanca e introduciendo su brazo derecho en la manga.

—¿Sabe exactamente a qué hora? —inquirió Bertha.

—Claro. Al señor Belder no le gusta aguardar. Viene en el período de calma, hacia las once de la mañana. El miércoles se retrasó un poco; llegó antes de las once y media. Ahora recuerdo. Hacía niebla y viento. Llevaba un abrigo. El sol apareció algo después de que se sentase y hablamos de que el aire limpiaría la neblina. Cuando se marchó, olvidó el gabán. Es ése de ahí. Le telefoneé para avisarle y me contestó que pasaría a recogerlo… Oiga, ¿a qué viene todo esto? ¿Qué se propone comprobar?

—No pretendo comprobar nada —respondió Bertha—, sino que intento ayudarle.

—¿La contrató?

—Ya le he dicho que trato de auxiliarle. ¿Vino alguien más haciendo preguntas sobre él?

El hombre negó con la cabeza.

—Probablemente lo harán —le avisó Bertha.

—Ahora me acuerdo de haber leído en los periódicos que había sucedido algo en su casa. Una sirvienta se cayó por las escaleras del sótano y se mató, ¿verdad?

—Algo semejante.

—¿Tiene su visita relación con eso?

Había estado demasiado fatigado para prestar atención a las primeras preguntas de Bertha y había contestado mientras se

cambiaba, ansioso de librarse de ella para enfrentarse con la afluencia de la tarde; pero comenzaba a mostrarse suspicaz.

Bertha le apabulló con la mirada.

—¿Qué relación puede existir entre la hora en que llegó a este establecimiento y una criada que resbala por la escalera?

El peluquero lo reflexionó mientras se abotonaba la bata.

—Ninguna, supongo. Sólo me preguntaba… No sé más de la visita de Belder.

Bertha le siguió hacia la sala con una docilidad que hubiera despertado instantáneamente las sospechas del sargento Sellers, pero el barbero se olvidó de ella en cuanto se colocó detrás de su sillón.

—El primero —reclamó.

Un hombre se levantó, ocupando el asiento. Bertha, con la mano en el tirador de la puerta, dijo:

—Dejé mi bolso en la trastienda.

El peluquero la miró, viendo que penetraba en el cuartito, y se concentró a fin de proteger el cuello de un parroquiano con un paño blanco.

—¿El pelo? —preguntó.

Bertha tuvo tiempo de sobra. Se aproximó al abrigo de Belder y registró metódicamente sus bolsillos. Encontró un pañuelo y un cartoncillo de cerillas medio usado en el izquierdo; el derecho contenía unos guantes y un estuche de gafas del tipo que se cierra por sí mismo.

Lo abrió distraída.

No contenía lentes, sino un puente de oro de dos dientes de quita y pon.

Recobró el bolso que había olvidado adrede en la mesita, guardando el estuche en él, y atravesó la peluquería.

—Buenos días —saludó el dueño maquinalmente—. No tarde en volver.

—Gracias —contestó Bertha—. Lo haré.

capítulo diecisiete

EL tráfico del bulevar se había reanimado en el momento en que Bertha Cool lo recorría observando atentamente el velocímetro. Acortó la marcha en la travesía en que la señora Belder la burló hasta que se detuvo por completo y luego clavó el acelerador en el suelo, procurando acordarse de la conducta del coche perseguido, qué velocidad y cuánta ventaja llevaba en el instante de doblar la esquina.

Llegada a ésta, se dirigió a la siguiente, donde frenó para estudiar las calles de la derecha y de la izquierda. Entonces descubrió algo que le había pasado por alto antes. Las manzanas de ambos lados eran dobles, sin cruces al bulevar.

Condujo el coche junto a la acera y reflexionó.

Si el vehículo de la señora Belder no se hubiese desviado, lo hubiera visto cuando entró en la calle procedente del bulevar. En los últimos cien metros, antes de perderlo, Bertha había acortado distancias. En una manzana corriente quizás habría podido encaminarse a la derecha o a la izquierda, pero eran despreciables sus posibilidades de llevarlo a cabo en un grupo de casas doble.

Considerando que el coche no podía haberse evaporado, y comprendiendo entonces la importancia de lo que en un principio se le antojó una persecución rutinaria, Bertha se devanó los sesos esforzándose por imaginar algo que le proporcionase un atisbo de lo sucedido.

De lo más profundo de su memoria surgió el recuerdo nebuloso de alguien situado en la puerta de un garaje correspondiente a la manzana que encontró al llegar del bulevar. Entonces sólo pensó en ir a la próxima esquina… Procuró acordarse de dónde se hallaba dicho garaje: en el lado izquierdo.

Bertha describió una curva con su coche y comenzó a recorrer

despacio la calle.

La segunda casa semejaba la indicada, la 709 de la Avenida North Harkington. Desde luego, se trataba de una esperanza desesperada, de una posibilidad entre mil, pero Bertha tomaba parte en un juego trascendental y no podía siquiera despreciar una ocasión de tal naturaleza.

Saltando de su coche, anduvo por el sendero de cemento y apretó el timbre de la entrada. En el interior sonó débilmente un tintineo.

Aguardó un cuarto de minuto antes de repetir la llamada. No se produjo ningún ruido en el interior.

Se apartó de la puerta a fin de ponderar con más atención el edificio. Tenía casi un aspecto de abandono. Las persianas estaban echadas a medias. En un ángulo del umbral, en el punto en que la entrada se destacaba del porche, se acumulaba el polvo.

Bertha hundió desilusionada una vez más el pulgar en el timbre y se volvió para examinar el vecindario.

Al Oeste, el sol, detrás de una pantalla de nubes bajas, creaba un crepúsculo temprano. Sin embargo, hacía calor. En un patio del otro lado de la calle jugaban unos niños, una chiquilla de ocho o nueve años y un chico un par de años menor.

Bertha fue hasta ellos.

—¿Quién vive en la casa de enfrente? —preguntó.

La niña se encargó de informarla.

—Los señores Cuttring.

—¿No están?

La chiquilla dudó. Su hermano exclamó:

—Se marcharon de vacaciones por diez días.

—Mamá te mandó que no dijeras nada —acusó la niña. Los ladrones van a robar cuando saben que las casas están vacías.

Bertha sonrió tranquilizadora.

—Oí decir que deseaban alquilar su garaje. ¿Es verdad?

—No. Tienen auto. Se lo llevaron.

—Gracias —dijo Bertha cortésmente—. Le echaré una mirada. Quieren alquilarlo.

Cruzó la calle con más confianza y llegó al camino del garaje. Los chiquillos la contemplaron unos instantes y siguieron jugando. Cuando Bertha se encontró ante su objetivo, ya la habían olvidado y

sus agudos chillidos se percibían tenues.

Bertha empujó la puerta del garaje, suponiendo que estaría cerrada.

Giró con suavidad sobre sus bien aceitados goznes.

La abrió un poco más con prudencia. No se proponía entrar siempre que…

Vio un coche.

Su parte trasera le resultaba vagamente familiar. Lanzó una ojeada a la matrícula.

Era la del automóvil de la señora Belder.

Bertha avanzó hacia la parte derecha del vehículo.

La mortecina luz de las últimas horas del día penetraba por la puerta, orientada al Este, y por la ventana que daba al Norte, proporcionando la iluminación suficiente para discernir los objetos del recinto, pero necesitó un par de minutos para que sus ojos se acostumbrasen a la penumbra interior.

Pensó de momento que el coche estaba vacío. Abriendo la portezuela derecha, se dispuso a sentarse al volante. Su pie tropezó. Miró. Y acostumbrada ya a la escasa luz, descubrió el zapato y la pierna enfundada en una media del cadáver que yacía a medias en el asiento y en el suelo, detrás del volante.

Un segundo después, Bertha percibía el desagradable olor de la muerte.

Su primer impulso la llevó hasta la entrada del recinto, pero se dominó y, encontrando el interruptor, encendió la luz del garaje.

La bombilla, colocada muy alta, proyectaba la sombra de la capota sobre el cuerpo, pero Bertha tenía que realizar un trabajo y aquélla era su única oportunidad.

El cadáver llevaba el llamativo vestido que Bertha recordaba perfectamente, así como las gafas negras, de blanca montura, ocultando sus ojos muertos, que le proporcionaban la apariencia de un búho vigilando a la intrusa.

La luz, atravesando el parabrisas, iluminaba un papel caído en el coche.

Bertha lo recogió y lo examinó.

Por lo que podía determinar, había sido mecanografiado con la misma portátil «Remington» de los anónimos.

«Debo ir por el Bulevar Westmore. Fingiré no sospechar nada y no volveré la cabeza para mirar, pero vigilaré a hurtadillas por el espejo retrovisor. Si me siguen, conduciré de modo que llegue a la Avenida Dawson en el momento en que cambien las señales. Las burlaré, aunque sin aumentar la marcha. Tengo que girar a la izquierda en la Avenida North Harkington, es decir, a la segunda travesía después de la Dawson. Mi destino será el número 709, la segunda casa después de la esquina. La puerta del garaje estará abierta. Entraré en él, me apearé para cerrar la puerta y regresaré al coche, dejando el motor en marcha hasta que un claxon suene tres veces. Entonces abriré la puerta y saldré. Es imprescindible que obedezca estas instrucciones al pie de la letra.

»M. B».

Bertha soltó el papel. Acopiando valor, se inclinó sobre el cadáver y levantó sus fríos labios.

En el lugar más cercano a ella, en la parte derecha de la mandíbula inferior veíase un hueco, en el que sin duda encajaría un puente, removible de dos dientes.

Se apresuró a cerrar la puerta al alejarse del coche. Casi anduvo de puntillas en su deseo de pasar inadvertida, pero a medio camino de su automóvil, las voces de los niños le recordaron que había cometido el error de interrogarlos. Por consiguiente, no tenía otra alternativa que telefonear al sargento Sellers.

—¡Qué mala suerte tengo! —murmuró para sí y tiró de la portezuela de su coche con rabiosa energía.

capítulo dieciocho

BERTHA Cool dijo al agente:

—Vaya a avisar al sargento Sellers que no puedo esperar más. Tengo mucho trabajo.

El policía se contentó con sonreír.

—Lo dicho —tronó Bertha—. Hace dos horas que estoy aquí mientras se dedican a sus embrollos. El sargento sabe dónde encontrarme cuando me necesita.

—Así es —convino el agente.

—No me refería a eso.

—Pues yo sí.

—Dé mi recado a Sellers.

—Está ocupado. No puedo interrumpirle con encargos triviales.

—Éste no es trivial. Creo que voy a largarme.

—Me ordenaron que la retuviese aquí.

—¿Y debo quedarme sólo porque descubrí un cadáver?

—Tendrá que discutirlo con Sellers.

—Permitieron irse a la señora Goldring.

—Sufría un ataque de nervios. De todas formas, sólo se necesitaba que identificase el cadáver.

—¿Y para qué me necesitan a mí?

—No lo sé.

—¿Acabó el sargento Sellers su investigación en el garaje?

—No lo sé.

—¿Han descubierto la causa de la muerte?

—Tampoco lo sé.

—Por lo visto, usted no sabe muchas cosas.

—Así es, en realidad.

—¿No sabe nada?

El agente sonrió.

—Me ordenaron que la retuviese y lo estoy haciendo. Aparte de eso, señora Cool, soy como un recién nacido.

Bertha se sumió en un indignado silencio.

La puerta se abrió de pronto. Sellers entró. Hizo una señal imperceptible a su subordinado y dedicó una sonrisa a su amiga.

—Hola, Bertha.

El rostro de ésta aclaró su estado de ánimo.

—¿Qué le pasa, Bertha? ¿No se siente bien?

—¿Bien? Si cree que yo… ¡Igual es…!

Sellers se dejó caer en una silla.

—¿Cómo supo que estaba muerta?

Bertha hizo una profunda inhalación.

—Toqué la carne. Estaba fría. Olí a descomposición. No se movió cuando le puse la mano encima. La llamé; ni se movió ni contestó. Comprendí que hacía tres días que estaba en la misma posición. Entonces se me ocurrió, sargento, de golpe… Tuve una de las brillantes inspiraciones de la policía y me dije: «¡Dios mío! ¡Está muerta!».

—Muy bonito, Bertha. Pero no me refería a eso. ¿Cómo supo que había fallecido antes de entrar en el garaje?

—Lo ignoraba.

—Entonces, ¿por qué fue a él?

—Me molesta que me dé el esquinazo el que persigo.

—Naturalmente.

—Por ese motivo fui allí. Deseaba examinar aquel lugar.

—Ya. Si pierde el rastro de una persona el miércoles y decide que no debió ser así, regresa el viernes por la tarde al mismo sitio para encontrar su rastro y proseguir adelante. Lo mismo que las películas de las galerías de tiro al blanco que se paran cuando se aprieta el gatillo.

—No. Eso no.

—¿Pues qué?

—Fui a echar una ojeada.

—Tendrá que inventar algo mejor, Bertha.

—¡Un cuerno! Me esquivó allí, y me asiste el derecho de volver a buscarla.

—¿Cómo sabía que la perdió en aquel paraje?

—Dobló la esquina. Fue la última vez que la vi.

—Entonces, ¿por qué no se detuvo en el mismo sitio cuando la seguía?

—Porque creí que había ido hasta la otra esquina y tomado la derecha.

—¿Y que la obligó a cambiar de pensamiento?

—Fui hasta dicha esquina, vi que no estaba en ella y doblé a la izquierda.

—¿Dice que vio que no se había dirigido a la derecha?

—Sí.

—¿Cómo lo supo?

—Porque cuando me lancé en tal dirección, la calle estaba vacía. No supuse que podía haber seguido por ella y dar la vuelta a la manzana.

—Por lo cual condujo el coche hacia la izquierda.

—Exacto.

—Pero la calle de aquel lado estaba desierta, ¿verdad, Bertha?

—Sí.

—Y razonando del mismo modo, si no tuvo tiempo para girar a la derecha y recorrer una manzana, tampoco lo tuvo para hacerlo a la izquierda.

—Eso motivó que regresase.

Sellers la contempló con una sonrisa amistosa.

—Estupendo, Bertha. Cuando comente con sarcasmo cuánto tiempo necesita la policía para que una idea germine en su cabeza, recuerde que incluso los mejores detectives privados requieren dos o tres días para que cuestiones tan sencillas se filtren en el interior de su cráneo. Veamos, ¿qué le indujo a registrar precisamente aquel garaje?

—Fui a estudiar dónde pudo haberse metido y a sopesar lo que pudo ocurrir. Descubrí que las calles tenían bloques dobles de edificios a ambos lados. Por lo tanto, me convencí de la imposibilidad de que se me escabullera doblando una esquina. Debió de desaparecer antes de llegar a ella.

—¿No había notado antes la disposición de las manzanas?

—No, para ser sincera —confesó Bertha, algo avergonzada—. Pensé que se trataba de una persecución rutinaria, una de esas cosas que carecen de importancia para todo el mundo salvo para el cliente. Cuando un hombre llega al extremo de contratar a un

extraño para que siga a su mujer, podría igualmente destruir su licencia matrimonial en el registro, y no existe gran diferencia en que ella trisque con Juan, Pedro o Pablo.

—¡Notable filosofía! —repuso Sellers—. Lamento no tener tiempo para discutirla en este momento, Bertha. ¿Por qué consideró el encargo sin importancia?

—Imaginé que era una labor rutinaria.

—Entonces, ¿por qué no se fijó en que las manzanas eran dobles?

—Estaba demasiado furiosa conmigo misma y con aquella mujer. Me tomó el pelo conduciendo despacio y dándome tantas oportunidades que casi me obligó a dormir la siesta. La seguí maquinalmente, con el pensamiento a mil kilómetros de distancia. De pronto me hizo caer en la trampa. Perdí los estribos. No se me ocurrió que podía haberse refugiado en un garaje.

—¿Hasta más tarde?

—Hasta más tarde —reconoció Bertha.

—¿No retrocedió para reconocer los garajes el miércoles?

—No. Me dediqué a las calzadas privadas, presumiendo que había introducido el coche en una de ellas y entrado en una casa.

—Si lo pensó, ¿por qué no en un garaje?

—No lo sé. No se me ocurrió en aquel momento.

—¿Otra idea que tardó tres días en germinar?

—Sí, se empeña en ser sarcástico.

—No más para que aprenda a qué sabe —dijo Sellers.

—Pues no tiene muy buen gusto.

—¡Qué pena! ¿Vio el papel caído en el interior del automóvil?

Bertha titubeó.

—¿Sí o no?

—Sí.

—¿Lo tocó?

—Sí.

—¿Lo leyó?

—Sí. Es decir, por encima, como hubiera hecho cualquiera.

—Como hubiera hecho cualquiera —repitió el sargento.

—¿Qué diablos? No supondrá que encuentro a una mujer muerta y no miro alrededor, ¿eh?

—Está enterada de que detestamos que la gente se entrometa,

dejando huellas dactilares cuando tropiezan con un fiambre.

—Pero debía cerciorarme de que estaba muerta, ¿verdad?

—A eso iba. Usted la perdió. Veamos: fue el miércoles, ¿no es así?

—El miércoles hacia el mediodía.

—Bien. La encuentra el viernes cuando empieza a anochecer. Está desplomada en su coche y, como usted describió, percibió el olor de la muerte. La tocó; estaba helada. Le habló y no se movió. Y entonces cogió el papel y lo leyó para convencerse de su fallecimiento.

—Pues yo…

—Continúe.

—Quería saber lo que contenía. Quizá fuese importante; su postrer deseo.

—¿De qué le devolviesen la vida?

—No sea sarcástico.

—Lo que me propongo decir es que el papel contiene dos estupendas huellas dactilares. Supongo —exclamó, con voz cansada — que resultará que pertenecen a Bertha Cool, precisamente cuando creo conseguir algo.

—Lo siento —se excusó Bertha.

—Yo también.

—¿Murió por intoxicación de monóxido de carbono?

—Así parece.

—¿Qué opina usted?

—Una buena trampa —respondió Sellers—. Alguien le escribió anónimos hasta que el interés la hipnotizó. Póngase en su lugar. Poseía el dinero de la familia; quizá le hubiera encantado quedarse con él. Todo indica que era más útil a su marido como depositaria del patrimonio que como objeto de su afecto. Posiblemente quiso lavarse las manos de todo el asunto. Como es natural, reservándose todo el capital que fuese posible. No se le puede echar en cara. Su esposo es un hombre capaz, con aptitudes para ganar más dinero. Ella se encontraba desamparada. Saldría adelante si hallaba otro marido en situación de mantenerla; en caso contrario, se enfrentaría con el destino habitual de las divorciadas, con hombres que zumban alrededor sin pensar en el matrimonio, una parca renta corriente que disminuye de día en día, notando que ya se avejenta y que su

físico…

—¿Qué se propone? ¿Hacerme llorar? —interpuso Bertha con sarcasmo.

—Obligarla a pensar.

—No le entiendo.

—Me enfrento con la cuestión desde su punto de vista, como su madre la educó.

—¿Cree que su madre intervino?

—Sabemos que el martes mantuvo una conferencia con la señora Goldring, que se hallaba en San Francisco. A las seis y media ésta expedía un telegrama anunciando su llegada y rogándole que la esperase en la estación.

—¿De qué hablaron?

—Interrogué a la señora Goldring. Al principio se mostró evasiva, pero acabó soltando la lengua. Mabel la había telefoneado para comunicarle que había recibido un anónimo poniéndola al corriente de que su marido se entendía con la sirvienta. La señora Goldring le encargó que plantase a Everett. Pero Mabel no estaba muy segura de que fuese decente. Comunicó a su madre que el patrimonio no le pertenecía en realidad, sino a su esposo, y que creía que podían llegar a un acuerdo. La señora Goldring se sulfuró. Discutió un rato con su hija, optando finalmente por tomar el tren de la noche para hacerse cargo de la situación personalmente. Preparaba una ruptura matrimonial.

—¿Recibió Mabel el telegrama?

—Sí. Carlota estaba presente. La compañía telegráfica informa que se lo leyeron por teléfono y que la señora Belder rogó que se lo repitiesen para asegurarse de la hora de llegada de su madre. Se lo contó a Carlota y concertaron ir a esperarla. Everett no sabía una palabra de la tempestad que se avecinaba. Aquella noche su mujer le pidió que fuese al día siguiente con el coche y el racionamiento de gasolina a la estación de servicio, que llenase los tanques y comprobase los neumáticos, devolviéndoselo antes de las once.

—Un momento —exclamó Bertha—. Ella no salió de la casa hasta las once y veintidós del miércoles. ¿No debía llegar el tren antes?

—A las once y cuarto, pero llevaba retraso y entró en la estación después.

—¿Cómo es que Carlota y la señora Belder no fueron juntas?

—Carlota tenía que hacer por la ciudad. La señora Belder solía levantarse tarde. Acordaron que su hermana adoptiva efectuaría las compras, y se encontrarían en el andén. La señora Belder telefoneó sin duda para averiguar si el tren llegaría puntual. La cuestión es que primero se anunció que lo haría a la hora normal y después a las doce y cuarto. Si la señora Belder no se marchó hasta las once y veintidós es porque debió de enterarse del último informe y no pensaba efectuar muchas cosas antes de ir a la estación. En realidad, el convoy no apareció hasta después de la una.

»Carlota abandonó la casa a las nueve, efectuó algunos recados y llegó a la estación con anticipación, hacia las once, y después fue informada de que la hora de arribada se había trasladado a las doce quince. Telefoneó a casa de los Belder para notificar a su hermana el retraso sin obtener contestación. Repitió la llamada… Reflexione. Todo ello ocurría sobre las once. Según presumimos, la señora Belder se hallaba junto al teléfono, esperando la llamada del autor del anónimo; Usted sabe que estaba en la casa… Sin embargo, cuando Carlota telefoneó, no contestó al aparato. ¿Por qué?

—¡Cielos! —gritó Bertha—. Sólo existe una razón.

—¿Sí? Veamos si coincide con la mía.

—En aquel preciso instante debía de asesinar a Sally Brentner.

Sellers afirmó con la cabeza.

—Exacto.

—¿Qué hizo Carlota? —indagó Bertha.

—Decidió que Mabel se había marchado sin enterarse del cambio de horario. Estaba ya en la estación. Como no tenía tiempo de regresar, tomó asiento en espera de que Mabel compareciese. El tren no llegó hasta después de la una. Mabel no se presentó y no intentó, por lo que sabemos, comunicar con Carlota. Ahora bien, dígame cuál es la respuesta, si se añade eso.

—No la hay —repuso Bertha—. La única forma de entenderlo es suponer que el asesinato se cometió en la casa a las once.

—Así lo creo —admitió Sellers de mal humor—. La señora Belder debió de telefonear y le informaron de que el tren no llegaría hasta las doce y cuarto. Sentía ansiedad por contestar a la llamada de las once del autor del anónimo, pero no se puso al teléfono a la misma hora. Carlota procuró hablarle. El corresponsal desconocido

debió también de intentarlo, pero no lo consiguió hasta, poco más o menos, las once y quince.

—¿Por qué a las once y quince?

—No puedo establecerlo antes de esa hora. Todo señala que fue hacia las once y veintiuno y que la señora Belder no tardó más de sesenta segundos en salir de la casa y subir al coche. Por lo tanto, hemos de suponer que la telefoneó entre las once y cuarto y las once y veintiuno.

—Eso no le deja mucho margen para matar a Sally Brentner después de las once y antes de recibir la llamada —objetó Bertha.

—No es necesario que *comenzase* el asesinato a esa hora. Pudo darle los toques finales.

—Pero su marido volvió a las once —recordó Bertha.

—Pero según su declaración, Bertha, no entró. Se limitó a tocar el claxon.

—Es verdad. ¿Supone que ella asesinó a Sally Brentner y no Everett Belder?

—Todo parece indicarlo.

—¿No creía que el criminal era un hombre?

—Sí, pero esto me hace cambiar de opinión. Empiezo a pensar que la señora Belder descubrió lo de Sally al recibir la carta y los celos la enloquecieron. Estaba tan trastornada que ni siquiera respondió al teléfono a las once, salvando casi su vida. Mató a Sally y a su vez resultó víctima de una trampa mortal destinada a ella.

—Pero ¿quién la mató? —preguntó Bertha.

Sellers encendió una cerilla y la acercó al cigarro que se le había apagado durante la conversación. Después respondió a la pregunta indirectamente.

—El teléfono sonó el miércoles entre las once y cuarto y las once y veintiuno de la mañana. La señora Belder recibió la orden de tomar su coche, ir por el bulevar, quebrando las reglas del tráfico a fin de burlar toda persecución, doblar de pronto a la izquierda en la Avenida Harkington y entrar en el garaje, cerrando la puerta, con el motor en marcha, en espera de una señal. Un plan perfecto para un envenenamiento por monóxido de carbono. Y para asegurarse de que lo era, la persona que lo proyectó estuvo en el garaje y tapó todas las grietas y resquicios con estopa.

El rostro de Bertha retrató asombro.

—¿En serio?

—En absoluto.

Bertha moduló un silbido.

—Técnicamente, nos costará mucho demostrar que fue un asesinato —dijo el sargento—. La mujer murió por sí misma, por su propio descuido y…

—Un instante, por favor —le cortó Bertha—. Olvida una cosa. Así que habló por teléfono, se dirigió a la máquina portátil y escribió las instrucciones para no olvidarlas.

El sargento Sellers sonrió protector.

—No se engañe. No pasó del teléfono a la máquina. En especial porque todo había quedado grabado en su memoria. Obraba a impulsos de una emoción tan poderosa, que su espíritu gozaba de una enorme celeridad. En caso de querer anotarlas, hubiera tenido lápiz y papel junto al aparato, y las hubiese apuntado de puño y letra, lo cual habría reflejado la tensión emotiva que la dominaba. Pero el asesino desea que creamos que corrió a la máquina, puso una cuartilla en ella y lo redactó todo con sumo cuidado. ¡Bah! Es un ardid demasiado grosero.

—¿Según usted el asesino redactó las instrucciones y las dejó al lado del cadáver?

—Tuvo que hacerlo.

—¿Por qué?

—¿No lo comprende? De esa forma sería evidente, incluso para la pobre policía, cuando se descubriera el cadáver, que murió a causa de su descuido.

—¿Fue eso lo que sucedió? —preguntó Bertha intrigada.

—Sí, ciertamente —dijo Sellers—. El depósito de gasolina estaba seco. La ignición seguía dada. La batería se había agotado. Debió morir al cabo de pocos minutos, y el motor continuó marchando hasta consumir toda la gasolina. Sabemos que había en él por lo menos diez litros, porque ésa fue la cantidad que Belder puso el miércoles por la mañana.

—En tal caso, el asesino entró más tarde en el garaje para dejar la nota.

—Tiene usted razón. De aquí que me sintiese tan contento al ver dos huellas dactilares perfectas, y por lo mismo di suelta a mis sarcasmos cuando comprendí que su interferencia me había llevado

por mal camino.

—Lo lamento —murmuró Bertha.

—No estará de más. Lleva usted en la profesión el tiempo suficiente para conocer que no se debe tocar nada cuando se encuentra un cadáver. Debe contener sus manos. Era natural que sus huellas digitales estuviesen en la manija de la portezuela, puesto que hubo de abrirla para encontrar a la muerta, pero no debió pasar de allí.

El acento del sargento vibraba de contenido reproche. Estaba cansado, fatigado, sin fuerzas, desanimado.

Bertha repitió:

—Lo siento.

—Lo sé.

—Comprendo que no le sirve de ayuda.

—Es la verdad.

—Oiga —exclamó Bertha de pronto—, ese crimen se proyectó de modo que la muerte pareciese accidental.

—Así fue.

—El asesino fue al garaje a fin de asegurarse de que todo había salido bien y dejar la nota.

—Correcto.

—Entonces, ¿por qué no quitó la estopa utilizada para tapar las grietas? La estopa, en tales condiciones, es como proclamar un secreto a voces.

—Ya lo tuve en cuenta, y confieso que me desorientó —contestó Sellers—. Pero lo entenderá si se pone en el lugar del criminal.

—Hable claro.

—Había realizado su cometido barriendo a la mujer del paso. Se deslizó en el garaje, seguramente de noche, y permaneció en él lo indispensable para plantar la nota en el automóvil con objeto de que, cuando el cadáver fuese hallado, los periódicos achacasen la muerte a una imprudencia y no a un crimen. El asesino estuvo el tiempo imprescindible para efectuar su cometido, pero no se atrevió a permanecer ni un segundo más. No quería arriesgarse a ser descubierto. Si fallaba algo, si alguien le hubiese visto entrar y telefonease a la policía comunicando la presencia de un ladrón, podría presentarse un coche de la brigada volante y arrestarlo, lo que sería lo mismo que si le atrapasen pegando un tiro o

acuchillando a su víctima. Equivaldría a un asesinato en primer grado, y él lo sabía. Por eso no se entretuvo en quitar la estopa. Quizás esperaba que la policía no la descubriese, pero en caso contrario, se sentía seguro porque no le habían apresado en el teatro del crimen.

—¿No puede ser sentenciado si no le arrestaron allí?

—Precisamente —contestó Sellers—; a menos que encontremos una prueba que demuestre que todo forma parte de un plan de campaña consistente, premeditado y ejecutado, jamás podremos acusar al asesino, aunque lo conozcamos, porque no mató de hecho a la señora Belder. Pudo haber estado, como acaso sucedió, a una milla de distancia mientras ella moría. Es un proyecto diabólico por su sencillez y eficiencia legal, consistente en preocupar y en excitar a una mujer hasta tal extremo, que omite las precauciones más elementales y provoca su propia muerte por negligencia. Presente todos estos hechos a un Jurado y procure lograr una condena, o recurra para obtener una sentencia por asesinato en primer grado del Tribunal Supremo. Apuesto lo que quiera a que no lo consigue.

—¿Posee alguna prueba que señale al asesino? —preguntó Bertha.

—Sí. Es Everett Belder. El señor Belder —repitió el sargento Sellers lentamente—, el asesino de inteligencia diabólica, el inventor, el genio pervertido; el hombre cuyos negocios arruinaron los cambios económicos, que tiene tiempo de sobra para reflexionar en su despacho; que usó la imaginación que empleaba en sus campañas de venta en imaginar el medio de asesinar a su esposa sin quedar comprometido ante la ley. El hombre que escribió anónimos acusándose a sí mismo de amoríos con distintas mujeres, amoríos que, de otro modo, jamás se habrían descubierto; el hombre que contrató a una detective para cerciorarse de que su esposa sería seguida hasta el garaje… ¿No lo entiende, Bertha? Si usted no le hubiera seguido los pasos, restaría alguna duda acerca de lo ocurrido, pero ahora establecemos el tiempo de la muerte casi al minuto, tiempo en que Everett Belder se encontraba en una peluquería, donde fue afeitado, manicurado… Bonito cuadro, ¿eh?

—¿En una peluquería? —repitió Bertha con cierta dificultad.

—En una peluquería, Bertha, y no se sorprenda, porque nos hemos ocupado en esa cuestión. Fue lo bastante astuto para

marcharse del establecimiento sin el gabán a fin de que el barbero recordase sin vacilación la hora y el día. No se haga la inocente, amor mío, porque el dueño de la tienda recuerda perfectamente su conversación sobre el abrigo.

Bertha se quedó, por una vez, sin palabra.

—Otra mujer —dijo Sellers llegó veinte minutos después que usted en busca del abrigo olvidado, por el que el señor Belder la enviaba.

Una expresión fulminante contrajo las facciones de Bertha.

—¿Le sorprende? —exclamó Sellers—. Pues no debería. Ya tenía que haber comprendido que cuenta con un cómplice femenino.

—¿Por qué?

—Porque alguien había de manejar la máquina de su esposa con la pericia de un profesional; pero, sobre todo, porque alguien debía telefonear a su esposa para atraerla al garaje. No, Bertha, ése es el único eslabón frágil de la cadena. Necesitaba un cómplice. Y si la encuentro, y voy a hallarla y a soltarle la lengua, quizá logre que condenen a Belder. Éste es un caso en que no resulta un misterio quién cometió el crimen. La única cuestión es la de encontrar las pruebas necesarias para demostrar que se trata de un asesinato deliberado y para enviar a su autor a la cámara de gas de San Quintín.

—Ya veo —procuró decir Bertha.

—Y sólo quiero avisarla, Bertha —prosiguió Sellers—, que si se atraviesa en mi camino esta vez, que si me oculta más pruebas o me enreda más el ovillo, la aplastaré como si la hubiera arrollado una apisonadora. Eso es todo. Puede marcharse.

capítulo diecinueve

ELSIE Brand apartó la mirada de la máquina de escribir cuando Bertha Cool atravesó la puerta.

—Buenos días, señora Cool.

—Hola —contestó Bertha, y se acercó al escritorio para desplomarse en una silla situada frente a su secretaria—. Soy la imagen de la cólera divina. ¿Y cómo me siento?

Elsie sonrió.

—Leí en el periódico que la muerta fue encontrada por una detective particular que intervenía en el caso. Supongo que fue un golpe. ¿Logró dormir?

—Ni pizca.

—¿Tan malo fue?

Bertha se preparó a decir algo, pero se dominó y buscó un cigarrillo.

—Daría cualquier cosa porque Donald hubiese regresado.

—Sí. Imagino que le echa en falta. Pero usted no trabaja en este caso, ¿verdad?

Bertha encendió el cigarrillo.

Elsie continuó:

—Tenía entendido que Everett Belder la había despedido.

—Elsie, si no hablo con alguien, pierdo la chaveta —declaró Bertha, y agregó al punto—: No es que usted pueda ayudarme, pero este asunto no ha cesado de dar vueltas en mi cerebro como un perro cazando su cola. Estoy metida hasta el cuello; no puedo retroceder y me da miedo seguir adelante.

—No comprendo —exclamó Elsie—. ¿Es que está tan comprometida con Everett Belder?

—No, sino en este maldito asesinato.

—¿La policía cree que es un asesinato? El periódico dejaba

presumir que sólo se debió a negligencia. Olvidó que el motor estaba en marcha…

—La policía piensa que es un crimen. Yo también. Más aún, lo es. Quise adelantar camino echándomelas de inteligente, y ahora me encuentro metida en un brete.

—No comprendo cómo se trata de un asesinato —insistió Elsie —. ¿Está segura la Policía?

—Lo está. Incluso conocen al autor. No cabe duda de quién es. No es como en los otros casos en que uno se pregunta quién es el culpable. En éste sabemos quién es, y mientras, él descansa riendo entre dientes. No hay más que un punto flaco, y yo lo conozco. Debería poner mis cartas sobre la mesa ante el sargento Sellers, pero temo hacerlo. He puesto trabas a la policía, y eso es mala cosa.

El rostro de Elsie patentizó su simpatía.

—¿Por qué lo hizo?

—Maldito si lo sé —admitió Bertha—. Empezó, claro está, cuando el sargento me arrebató el tercer anónimo negándose a contarme su contenido. Y no me lo ha dicho, el muy bribón. Entonces pensé: «De acuerdo, amigo. ¡Lo recordaré la próxima vez que me pidas ayuda!».

—Comprendo sus sentimientos, señora Cool —declaró Elsie, y en sus ojos hubo una sonrisa fugaz—. Pensé entonces que el sargento se proponía algo.

—Estaba enfadada —confesó Bertha—. Hecha una furia. Prometí que le vería en el infierno antes de pensar ni un momento en él. Después sucedió algo, sumé dos y dos y conseguí este indicio. Donald tiene la culpa de ello.

—¿La culpa de que usted lograse una pista?

—No de eso, sino del modo que la obtuve —repuso Bertha—, y de mi proceder en todo el asunto. Antes tenía una modesta agencia de detectives; nunca se me ocurrió enfrentarme con la policía, quizá porque nunca hubo motivos para ello. Jamás tuve nada que ocultar. Iba adelante con mi pequeña agencia, trabajando de vez en cuando, obteniendo ganancias miserables y apretando los peniques hasta que la cabeza de indio del cuño aullaba de dolor. Entonces apareció Donald.

Bertha se detuvo para inhalar una bocanada de humo.

—Un diablillo listo como nunca lo hubo —continuó—. El dinero

no significaba nada para él. Lo gastaba a manos llenas, pero que me ahorquen si no tenía el don de llenar mi caja hasta reventar. Yo jamás había visto tanto dinero en mi vida. Y nunca hacía las cosas del modo normal, o de la forma que asumía en apariencia. Llevaba siempre tres cuerpos de ventaja a todo el mundo, sin enseñar el juego, preparándolo todo para el estallido final en que resolvía el acertijo, cuya respuesta tenía desde el principio, y conseguíamos un puñado de billetes precisamente por haber acertado mucho antes de que los demás despertasen.

»Me molestaba reconocer que Donald era mejor que yo. Por consiguiente, cuando se me ofreció la ocasión de actuar en este caso, cerré el pico. Pero debí hablar. Ahora es demasiado tarde. He cogido un oso por la cola y no puedo soltarlo. No sé qué hacer.

—Si ha de aliviarla, cuéntemelo todo —propuso Elsie.

—No es ningún misterio que su marido la mató —suspiro Bertha —. Pero lo efectuó con tanta astucia, que es imposible acusarle de asesinato. Incluso si le arrestan, tal vez no sacarán nada. Pero tiene una cómplice. No obstante, ¿quién es esa mujer?

—Prefiero no adivinarlo. Usted tiene la palabra.

—Hablar me sienta bien —reconoció Bertha—, y aclara mis ideas. ¿Quién es su cómplice? Creí de momento que era la madre de Carlota, pero resulta ilógico.

—¿Es la mujer que nos visitó ayer?

—Sí. Me encargó de encontrar el peluquero de Belder. Lo logré, recibiendo cincuenta dólares por ello. Después tenía que telefonear a cierto número. Cuando me contestasen debía comunicar el nombre de la peluquería y colgar el aparato.

—¿Le dio el número? —preguntó Elsie.

—Sí. Lo verifiqué. Pertenece a una droguería de la parte baja de la ciudad. Una persona esperaba la información. Quizá la madre de Carlota.

Elsie hizo un ademán de comprensión.

—Pero me puse a pensar —continuó Bertha— de la manera que Donald lo hubiera hecho. Me dije: «¿Por qué desea saber cuál es la peluquería de Belder? ¿Qué relación tiene con el caso?». Así, pues, me dediqué a meditar sobre Belder, procurando recordar cuándo le vi por última vez emperifollado como si hubiese estado en la barbería, y recordé que fue el miércoles por la mañana.

»Me trasladé a la peluquería y formulé varias preguntas. Su propietario se acordaba de que Belder había estado en su establecimiento; llevaba un abrigo del que se olvidó al irse. Se me ocurrió que la madre de Carlota lo sabía y se proponía registrar el gabán. Me anticipé a ella. En uno de los bolsillos encontré un indicio.

—¿Cuál? —inquirió Elsie.

—No pienso decirlo ni siquiera a usted, Elsie —replicó Bertha—. No porque desconfíe, sino porque es algo que no me atrevo a contar a nadie.

—Ya.

—Al sargento Sellers le serviría quizá para acusar a Belder, y quizá no. Lo ignoro. Sé que la madre de Carlota iba tras él. Casi se lo arrebató de la mano. No puede ser la cómplice de Belder o no habría recurrido a mí.

—Siempre que no conviniese a Belder que lo encontrase, y no la metiese en una trampa —objetó Elsie.

—Se me ocurrió esa posibilidad a las dos de la madrugada —confesó Bertha— y no pude dormir.

—¿Por qué no se presenta al sargento poniendo las cartas sobre la mesa y…?

—Porque sería lo lógico, lo que debería hacer —repuso Bertha —, lo que decidirían casi todas las agencias de detectives. Pero si me resigno a ello, todo se acabará con el resultado de que sólo percibiré la paga de una agencia corriente.

»¡Qué diablos! Ahora trabajo para Donald. Está en la Armada y recibiendo testarazos de los japoneses. Necesitará dinero cuando vuelva. Más aún, requerirá un negocio que rinda beneficios. Yo le tendré preparados uno y otro.

—Comprendo su posición.

—Si voy al sargento con el cuento, lo acaparará por completo. Eso será todo. Me afeará por no haberle avisado antes; luego apareceré como testigo en una causa por asesinato y los abogados me harán añicos preguntándome por qué no hice algo inmediatamente, insinuarán que pretendía llevar a cabo un chantaje, que lo busqué para Belder y que me aprovecho ahora de ello para que le condenen por asesinato… En fin, la sarta de embustes que los leguleyos imaginan.

—Lo sé. Fui testigo en una ocasión —dijo Elsie.

Bertha reflexionó un rato.

—Lo hecho, hecho está —suspiró—. La madre de Carlota está al corriente de que me anticipé a ella y que poseo lo que ansiaba. Intentará hacerse con ello. Si Belder se entera de que está en mi poder, seguramente procurará asesinarme. Estoy entre la espada y la pared y debo salir del aprieto. En mi estado actual, temo que no lo lograré.

—Cuente conmigo, si puedo serle útil —ofreció Elsie.

Bertha no pudo dominar su sorpresa.

—Jamás pensé que…

Los ojos de Elsie se nublaron.

—Cuando recuerdo que Donald está en el frente y que…

Bertha se alarmó.

—¡Por Dios! ¡No me diga que también está enamorada de él! ¡Todas las mujeres que le conocen se vuelven locas…!

—No, no es eso. Es… Bueno, si puedo hacer algo…

Bertha se puso en pie con aire de cansancio.

—Aún nos queda Dolly Cornish —anunció—. Nos hemos olvidado de ella y tengo el presentimiento de que… Se acerca alguien. En cuanto me detengo aquí un momento, me atrapan antes de que…

Se abrió la puerta. La señora Goldring, con el rostro devastado por el llanto, entró en la agencia acompañada por una solicita Carlota.

La señora se animó un poco al ver a Bertha. El saludo y la sonrisa de Carlota fueron entre alegres y entusiastas.

—Buenos días, señora Cool. ¿Podemos entretenerla un segundo? Mamá ha sufrido un rudo golpe, pero hay cosas que no es posible retrasar. Nos gustaría hablar con usted.

—Entren en mi despacho y tomen asiento —contestó Bertha—. Dentro de un momento estaré con ustedes. Acabo de dictar a mi secretaria. Considérense en su casa. Perdónenme mientras acabo.

—Se lo agradecemos mucho —murmuró la señora Goldring.

—Es usted muy amable —dijo Carlota.

Bertha, después de presenciar su entrada en el despacho, se encaró con Elsie.

—¡Ya está! —exclamó.

—¿La oportunidad de abandonar el asunto?

Bertha sonrió.

—La oportunidad de cobrar en efectivo, querida. No se engañe. La señora Goldring estará postrada por la pena, pero nota todo lo que sucede a través de las lágrimas. No tiene un pelo de tonta, y en cambio posee dinero.

—Para mí eso es un acertijo.

—Atienda —dijo Bertha en voz baja—. Existe una fortuna que sólo Dios sabe a cuánto asciende. Everett Belder la liquidó y la puso a nombre de su mujer. Mata a ésta para conseguir la libertad y, de paso, todo el patrimonio.

La señora Goldring persuadía a su hija a que lo abandonase llevándose el capital. La situación es preciosa. Y Belder me aseguró que había acabado conmigo, lo cual me capacita para aceptar una oferta de la señora Goldring.

—Pero no es posible alterar ciertos derechos patrimoniales…

—¿No lo ve claro? —exclamó Bertha—. Según la Ley, nadie puede heredar a la persona que asesinó, por muchos testamentos y requisitos que existan. Lo sé porque Donald me lo explicó en cierta ocasión. Póngase a la máquina y proporcione a la agencia un aspecto de infernal actividad mientras Bertha se dirige en busca de una sabrosa tajada.

Enderezó sus caídos hombros, levantó la barbilla y la antigua expresión de confianza en sí misma se esparció por su rostro.

—Sé lo que Donald haría, Elsie. Arreglaría las cosas para aceptar este contrato a base de un porcentaje. Después utilizaría este indicio, desconocido por todo el mundo, para acusar a Belder de asesinato, depositar la herencia en el regazo de la señora Goldring y cosechar el tanto por ciento. ¡Podemos conseguir un diez por ciento, Elsie! La herencia seguramente linda en los setenta y cinco mil dólares, lo cual implica que siete mil quinientos harán sonar la campanilla de nuestra registradora.

—Sí —convino la secretaria—. Donald haría sin duda algo parecido, arreglándolo todo para que el sargento Sellers se sintiese muy agradecido en vez de furioso.

La determinación destelló en las pupilas de Bertha.

—Y eso es lo que voy a lograr.

Elsie semejó alimentar cierto escepticismo.

—Antes de charlar —expuso Bertha—, voy a regatear. He estudiado la psicología de venta y la aplicaré para obligar a esa mujer a que me conceda el porcentaje. Supone que puede contratarme por días. Seré sutil y determinada. Fíjese en cómo llevo el asunto, Elsie. Bertha da el golpe.

Cogió algunas cartas del escritorio sin molestarse en mirarlas, las sujetó de forma muy visible con la mano izquierda y, adoptando su más impresionante aire práctico, carraspeó, recorriendo la antesala y penetrando en su despacho, cuya puerta cerró rápidamente. Y sonrió tranquilizadoramente a sus visitantes.

Después de ocupar su crujiente sillón giratorio, hizo un espacio en la mesa en el que depositó las cartas que llevaba y su mirada fue de Carlota a la señora Goldring, a quien dedicó su más enternecedora sonrisa de condolencia.

—Sé cuán inútiles son las palabras para consolar. Acepten, pues, mi más sincero pésame.

—Gracias —contestó la señora Goldring con la voz átona de quien se halla embotado por un gran dolor.

Carlota aprovechó prácticamente la pausa que siguió al cambio de cortesías.

—Señora Cool, ha sucedido algo terrible, algo que ha trastornado a mamá hasta el punto de que temo que sufra un serio quebranto nervioso. Casi no puede soportarlo, tras el choque producido por la muerte de Mabel.

—No te inquietes por mí —intervino la señora Goldring con débil acento.

Carlota continuó, tan fresca como una lechuga:

—Antes de proseguir, señora Cool, tengo entendido que Everett ha roto sus relaciones con usted. Ya no está a sueldo suyo y, por lo tanto, no se ve obligada a contarle lo que sea. ¿Es así?

—Poco más o menos —repuso Bertha sombría—. Me acusó de embarullar y se libró de mí, de lo cual me alegro mucho.

—Debemos ser muy cuidadosas, naturalmente —agregó Carlota —. Tal como están las cosas, no podemos utilizar acusaciones directas, pero, en mi parecer, todos nos hacemos cargo de la situación. Y creo que es posible mantener esta conversación en lo que podría llamarse comprensión inexpresada.

Bertha se contentó con afirmar.

—Después de todo —se apresuró a añadir Carlota—, no debemos arriesgarnos a que nos comprometan. Sin duda me entiende. La secretaria de Everett la demandó por lo que usted dijo.

—No intentaba más que aclarar el caso —resopló Bertha— y esa maldita… y estimable joven se lanza de cabeza a un pleito.

—Me hago cargo de sus sentimientos, pero, a mi juicio, no posee nada estimable, señora Cool.

—Mi abogado afirmó que sería una joven estimable hasta después del pleito.

—En lo que a mí se refiere —dijo Carlota categóricamente— no es más que una…

La señora Goldring tosió.

—Está bien —concluyó Carlota—. Me alegro de que no tenga nada que ver con la oficina de Everett. Siempre pensé que tenía aspecto de exagerada confianza. Cualquiera hubiera dicho que era la dueña.

—Tenía plena conciencia de su sexo —intervino la señora Goldring, con el acento impersonal de quien se encuentra tan alejado de los asuntos mundanos, que las relaciones humanas han cesado de tener significación para él—. Era muy provocativa en el terreno sexual.

—Mamá está completamente trastornada —exclamó Carlota—. Yo hablaré por ella.

Bertha se volvió a medias para estudiarla.

Carlota tenía la expresión de la joven que, después de permanecer en segundo plano en la vida, da un paso al frente en un instante de gran esfuerzo anímico para demostrar que es capaz de aceptar responsabilidades. Le encantaba el papel y resultaba evidente que se había recabado plenamente el hacerse cargo de la situación.

—Señora Cool, ha surgido algo que hace imprescindible su ayuda.

—Quizá se arregle eso, si les soy útil. Siempre digo a mis clientes que prefiero no aceptar un penique de ellos si no les presto buenos servicios. He descubierto que, con frecuencia, resulta ventajoso para una y otra parte trabajar a base de un porcentaje… Un tanto por ciento de lo que se consigue, ¿sabe? Así me es posible dedicar al asunto todo mi tiempo disponible.

Bertha se calló, llena de esperanza.

—Desde luego, señora Cool, estoy convencida de que hace lo imposible por sus clientes —afirmó Carlota con precipitación.

—Y es la pura verdad —contestó Bertha—. Y no sólo eso; cuando acepto un caso, no abandono a mi cliente. Soy una especie de perro de presa. No paro hasta que logro un resultado, *el resultado que mis clientes anhelan*. Ésa es mi forma de trabajar.

—Sé que es usted muy competente —reconoció Carlota sin reserva.

La señora Goldring apartó el pañuelo de sus ojos.

—Enormemente leal —agregó—. Su reputación es excelente, señora Cool. Sus clientes la recompensan, sin duda, muy bien.

—Algunos sí. A veces se tropieza con otros duros de pelar —sonrió Bertha a sus visitantes y continuó—: Pero me he convencido de que cuanto más inteligentes son, tanto más interés experimentan por pagarme con esplendidez.

—Sí, es lo lógico —aseveró Carlota echando una ojeada a su madre y añadiendo—: Señora Cool, está usted muy ocupada. Lo mejor será que vayamos al grano.

—Yo se lo explicaré —advirtió la señora Goldring.

—Así me gusta. No malgastar el tiempo —aprobó Bertha—. Desde luego, en este caso, existen complicaciones, pero estoy acostumbrada a ellas.

—Así me parece.

Bertha prodigó su aprobación y sus sonrisas.

—Acláreme qué es lo que les interesa, si tiene fuerzas para ello.

Carlota contempló a su madre adoptiva expectante.

La señora Goldring, suspirando, utilizó su pañuelo y, al bajarlo, dijo:

—Ya sabe que el marido de mi hija es gestor de ventas. Es una ocupación sujeta a la especulación. Ignoro qué es exactamente lo que hace, pero de cuando en cuando se hace cargo completo de la distribución de un grupo de mercancías a cambio de un tanto por ciento.

Bertha no perdió tiempo en comentarios.

—Recientemente, como es natural, no ha habido problemas de venta, sino de obtener material para la misma. Los fabricantes tienen mercado de sobra, pero no materias primas. Y Everett ha

sufrido algunos reveses duros.

Bertha describió una parca afirmación.

—Hace cierto tiempo colocó todos sus bienes a nombre de mi hija.

Bertha ni siquiera se movió, con los ojos concentrados en su visitante.

—Claro está —siguió la señora Goldring—, lo razonable es suponer que lo hizo para librarse de los acreedores, pero juró ante un Tribunal que no fue tal su intención al hacer la transferencia. Soy una ignorante en cuestiones legales, señora Cool, pero según entiendo, es importantísima la intención con que se realizó la donación. Si una persona pretende defraudar a sus acreedores mediante ella, resulta nula; sólo es legal cuando tiene otro objeto legítimo.

—¿Y ésta lo es? —preguntó Bertha.

—Sí.

—Entonces, ¿a la muerte de su hija los bienes eran su sola propiedad?

—Exacto.

—¿Son considerables? —indagó Bertha, tanteando el camino.

—Bastante —contestó la señora Goldring con acento fríamente definitivo que cerró la puerta de aquel tema de conversación ante la nariz de Bertha.

Hubo una pausa, que Carlota se encargó de romper.

—Lo sucedido, señora Cool, es que Mabel y Everett no vivían en buenos términos los últimos meses, y cuando ella tuvo razones para creer que mi cuñado se… es decir, que… la estaba…

—¿Que se divertía? —apuntó Bertha.

—Sí.

—Está bien. Su hermana pensó que su marido se desmandaba. ¿Qué pasó?

—Redactó testamento legándonos todos sus bienes a mi madre y a mí —afirmó Carlota, resuelta.

—¿Cómo lo sabe?

—Nos lo dijo. Es decir, nos dijo que iba a hacer tal testamento. Se lo anunció a mamá por teléfono. Lo escribía a máquina; necesitaba dos testigos. Yo estaba segura de que Sally Brentner sería uno. Pero ignoro cuál sería el otro.

—¿Dónde está el testamento?

—Ésa es la cuestión, señora Cool —anunció Teresa Goldring—. Mi yerno lo quemó.

—¿Cómo se enteró?

La sonrisa de la señora Goldring fue alentadora.

—Creo que usted puede ayudarnos en este punto, señora Cool.

—Tal vez —reconoció Bertha con prudencia.

—Si logramos probar que el testamento fue quemado después de la muerte de Mabel, podríamos presentar otra prueba de cuál era su tenor. Por ejemplo, la conversación telefónica de Mabel.

—¿Cuál fue su fecha? —preguntó Bertha.

—Tenemos motivos para estimar que fue extendido la víspera de su fallecimiento, el seis de abril.

El placer anticipado proporcionó a Bertha un aspecto angelical.

—Sí, señora Goldring. Creo que me será posible ayudarlas.

—¡Oh! ¡Cuánto me alegro! —exclamó la visitante.

—Eso significa mucho para nosotras —terció Carlota—. No imagina el consuelo que representan sus palabras. Yo aseguré a mamá que usted nos ayudaría. Dije: «Mamá, si alguien nos apoya, será aquella deliciosa dama de personalidad acusada que se hallaba en el despacho de Everett».

Bertha jugueteó con un lápiz, apercibida.

—Veamos —exclamó—; ¿qué desean de mí?

—Nada más que declare lo que sabe al pie de la letra y sin reparo. Visitará a mi abogado para firmar una declaración jurada preliminar y más tarde, cuando ocupe el puesto de los testigos, atestiguará lo que vio al entrar en el despacho, porque sabemos que Everett quemó el testamento poco antes de que usted y el sargento Sellers le visitasen.

Bertha luchó con la incredulidad.

—¿Es que no me necesitan más que como testigo?

Carlota afirmó con vivacidad:

—Señora Cool, encontramos cenizas en el pequeño hogar del bufete de Everett. Las estudia un perito, reconstruyéndolas y juntándolas de una forma misteriosa, para demostrar que mi cuñado destruyó el testamento de mi hermana. Esas cenizas estaban encima de todas, lo que prueba que el testamento fue lo último quemado. Estamos convencidas de que Imogenia Dearborne sabe mucho más

de lo que está dispuesta a declarar. Temo que no nos ayudará voluntariamente. Pero usted sí; usted recordará que en el hogar ardían unos papeles cuando entró. Eso es todo, señora Cool: que unos papeles ardían entonces. Yo llegué después, como recordará, y puedo atestiguar que el fuego entonces…

—¡Alto! —interrumpió Bertha sin sonreír y con la mirada fría y dura—. ¿Y qué salgo ganando yo?

Las visitantes se consultaron con los ojos.

—Pues la gratificación usual de los testigos, señora Cool —respondió Carlota—. Además, la compensaremos por el tiempo que invierta en ir al bufete de nuestro abogado.

Bertha, esforzándose porque su voz no perdiera el tono normal, preguntó:

—Entonces, no vinieron más que para arreglar mi declaración como testigo, ¿verdad?

—Así es —contestó Carlota, recobrando de nuevo su personalidad—. Estamos dispuestas a pagarle el tiempo que invierta en ir al abogado y en hacer la declaración. Lo que valga. Serán unos cinco o diez dólares. No es nada extraordinario, desde luego, pero así no parecerá que compramos su testimonio. Ni usted ni nosotras podemos correr ese riesgo, ¿verdad, señora Cool?

Las visitantes animaron a Bertha con una sonrisa. Pero la boca de ésta semejaba un cepo.

—De acuerdo; y por lo mismo no juraré que unos papeles ardían en la chimenea, ni iré a ningún abogado ni seré testigo.

—¡Oh, señora Cool! Pero dijo que nos ayudaría.

—Dije que las ayudaría a establecer lo que desean probar. Me refería a mi condición de detective.

—No lo necesitamos. Resultaría inútil. Nuestro abogado asegura que bastará el testimonio de los grafólogos estableciendo que el testamento fue lo quemado.

—Y por consiguiente accede a trabajar a un precio módico, ¿verdad? —exclamó Bertha con sequedad.

—Pues cobrará un tanto por ciento.

—Y además, si obtienen toda la herencia, actuará como abogado suyo para homologar el testamento, consiguiendo otra tajada, ¿verdad?

—No se me había ocurrido. Nos prometió que esa cuestión sería

tratada de la manera usual.

—Ya. Lamento mucho no poder servirlas —anunció Bertha con cortesía glacial—, a no ser que busquen a alguien para reunir hechos.

—¡Pero, señora Cool, si los tenemos todos! No necesitamos más que el testigo que los declare bajo juramento.

—No han perdido el tiempo desde la muerte de su hija —rezongó Bertha—. Abogados, grafólogos, etc.

—Lo preparamos casi todo antes de que descubriesen su cadáver. Estaba convencida de que Everett la había asesinado, sobre todo desde ayer por la mañana. Di, por consiguiente, los pasos de rigor para que mi yerno no se librase ni aprovechase de su crimen. Le adeudamos mucho, señora Cool, por descubrir el cadáver.

—No tiene importancia —replicó Bertha precipitadamente—. Tal vez lograse descubrir otros hechos sí…

—Nuestro abogado dice que poseemos los necesarios —interrumpió la señora Goldring con suavidad— si damos con los testigos que se comprometan a jurarlos.

—Él sabrá lo que hace.

—Pero, señora Cool, ¿no puede atestiguar que en el fuego…?

—Temo que no. Soy una pésima testigo y detesto a los picapleitos.

—Nuestro abogado asegura que podemos entregarle una citación, que le obligará a presentarse ante los jueces. Pensó que era preferible que nos entendiésemos amistosamente.

—Mi memoria me es infiel —se excusó Bertha—. En este preciso momento ni siquiera recuerdo que hubiese un fuego en el despacho de Belder. Naturalmente, quizá la recobre.

La señora Goldring se levantó fría y solemne.

—Lo siento, señora Cool. Alimenté la esperanza de obtener su testimonio sin entregarle una citación.

Bertha alargó la mano hacia las cartas que había puesto sobre el escritorio.

—Buenos días.

Vio salir a sus visitantes y, cuando tuvieron tiempo para haber llegado al pasillo, se permitió un monólogo corrosivo que resultó inofensivo por falta de auditorio.

Después abrió la puerta de la antesala.

Elsie la miró.

—Se marcharon algo enfadadas al parecer —dijo con ansiedad.

—¿Algo enfadadas? —aulló Bertha—. ¡Malditas hipócritas! ¿Sabe lo que deseaban ese par? Que compareciese ante un Tribunal declarando que unos papeles ardían en la chimenea de Belder cuando el sargento Sellers y yo llegamos el jueves por la mañana y… ¡me gratificarían como testigo! Yo… ellas…

Bertha se hundió en el silencio.

Elsie demostraba simpatía. Y curiosidad.

—Es la primera vez que la veo sin palabras, señora Cool.

—¿Sin palabras? —chilló Bertha—. ¡Rayos! ¡No es que me falten, sino que no sé cuáles emplear primero!

capítulo veinte

EL hotel Locklear se las había compuesto para rodearse de un ambiente de tranquilo lujo y altiva reserva, destinados a poner a los extraños a la defensiva.

El empleado del mostrador de recepción contaría treinta años, y era alto, esbelto, suave y acicalado. Contempló el avance de Bertha hacia él, y su porte cambió imperceptiblemente, adoptando rigidez, al notar su desembarazado modo de andar y su evidente indiferencia ante la rebuscada suntuosidad del vestíbulo.

El cabello del empleado había sido cepillado y untado de brillantina. Sus cejas perfectas se enarcaron lo imprescindible para poner a Bertha a la defensiva, pero para arredrar a Bertha se necesitaba de un acorazado para arriba.

—Buenas tardes —saludó el empleado con el acento que empleaba con los decoradores contratados por la dirección.

No era el tono reservado para los vendedores, pero distaba mucho del utilizado con los huéspedes de honor.

Bertha se dejó de cortesías.

—¿Se aloja aquí una tal señora Cornish, Dolly Cornish?

—Sí… La señora Cornish. ¿Cómo se llama usted, por favor?

—Señora Cool.

—Lo lamento, señora Cool, pero la señora Cornish se cambió de pronto.

—¿Adónde fue?

—Lo ignoro. Lo siento.

—¿No dejó ni una mala dirección?

—Nos encargamos de su correspondencia.

—¿Adónde la envían?

—Si desea escribirle, señora Cool, se la entregaremos, desde luego.

Bertha le disparó una mirada de exasperación.

—Oiga, busco a Dolly Cornish por un asunto de suma importancia. Si sabe dónde está, dígamelo; si no lo sabe, infórmeme de a dónde puedo ir para averiguarlo.

—Lo lamento, señora Cool. Le he dado toda la información permitida.

—¿Cuándo se marchó?

—Lo siento, no puedo decírselo. Sólo tengo permiso para responder que se cambió de pronto.

—¿Le pisaba alguien los talones? —preguntó Bertha.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Si trató alguien de enterarse dónde está.

—No me es posible decírselo.

El empleado miró por encima de Bertha en dirección de un hombre de edad mediana y ancho de hombros, vestido con un traje de mezclilla deformado, cuya mano izquierda empuñaba un fajo de papeles doblados, sujeto por una goma.

—Buenas tardes —dijo el empleado con más severidad que la usada con Bertha.

El individuo no se molestó en devolver el saludo. Sus dedos cortos y gruesos recorrieron los papeles. Al llegar al promedio de la pila, la dobló hacia arriba con el pulgar, mientras que la sucia uña de su índice se clavaba en un recibo.

—Compañía Acme de Pianos de Alquiler —anunció—. Dolly Cornish debe la renta de su piano. ¿Paga usted o subo a cobrar?

Por un momento, el empleado sufrió un embarazo indescriptible. Mirando a Bertha, aseguró al cobrador.

—La señora Cornish les visitará mañana o pasado mañana.

—Se ha ido —explicó Bertha.

El cobrador le echó una ojeada.

—¿Eh? ¿Qué dice?

—Se ha ido. Se largó.

—No puede trasladar el piano sin un permiso escrito.

—Pues lo hizo. Pregúnteselo a ése.

El individuo se encaró con el empleado.

—¿Está aquí?

—Bueno… me rogó que…

—¿Está o no?

El empleado perdió los estribos.

—Pagaré la factura y me haré responsable del piano.

—Cinco dólares —dijo el cobrador, empujando el recibo por el mostrador—. Si lo traslada sin permiso escrito, constituye un serio delito.

—Le garantizamos que ustedes no sufrirán ningún perjuicio y que se pondrá en seguida en contacto con su compañía.

—No puede trasladarlo. Cinco dólares.

El empleado sacó un billete de cinco dólares de la caja de caudales y lo depositó de golpe en el mostrador.

—El recibo, por favor —dijo y se volvió hacia Bertha—. Buenas tardes, señora Cool.

Bertha siguió acodada en el mostrador, contemplando el recibo. El cobrador lo firmó, se libró de él y se embolsó los cinco dólares.

—Aconséjele que lea su contrato. Está prohibido mudar los bienes alquilados.

El empleado se dispuso a responder, pero se dominó mirando a Bertha con exasperación. El cobrador atravesó el suntuoso vestíbulo en dirección a la calle.

El petimetre del mostrador se encaminó con el recibo hacia una serie de casillas, pero se contuvo guardándolo en la caja fuerte.

—No me acordaba —murmuró.

—Procure pensar y tal vez recuerde algo —le animó Bertha.

—Eso es todo, señora Cool —contestó, ceñudo.

Bertha, tras de vacilar, cruzó, apabullada en apariencia, la entrada del hotel. Una vez en la calle, se acercó a un puesto de periódicos.

—Hace uno o dos días se llevaron un piano de la covacha de enfrente —dijo—. Me gustaría conocer el nombre del camión de mudanzas.

El vendedor movió la cabeza.

—No puedo ayudarla.

—¿No se fijó en su anuncio?

—No vi ningún camión de mudanzas estos días. Claro que estoy muy ocupado.

Bertha recorrió cuatro establecimientos con el mismo resultado y telefoneó a su agencia. Cuando contestó Elsie, preguntó:

—¿Se sabe dar postín, querida?

—¿Qué dice? —exclamó la secretaria.

—Dolly Cornish ocupaba el piso 15 B en el Hotel Locklear. Es un establecimiento más tieso que un cuello almidonado. Emplee su mejor aire de dama del gran mundo. No sea humana; mire por encima del hombro al maniquí del mostrador. Explíquele que desea ver las habitaciones desocupadas, si las hay. Domestíquele.

—¿Cuándo quiere que lo haga? —puntualizó Elsie.

—En cuanto encuentre un taxi —contestó Bertha—. La esperaré en la esquina. Me verá, pero no me hable. Cuando salga, doble la esquina. Yo la seguiré.

Bertha colgó, diciéndose que Elsie tardaría quizá cinco minutos en llegar. Regresó al puesto de periódicos, hojeó algunas revistas y se trasladó al chaflán. Asistió a la entrada de Elsie en el hotel, al que abandonaba un cuarto de hora más tarde. Se reunieron en el sitio convenido.

—¿Bien? —exclamó Bertha.

—¡Di una lección al pollo! —se rió Elsie—. Me indicó que las mujeres solas necesitaban recomendaciones y le pregunté si bastarían el alcalde de la ciudad y el gobernador del Estado… Llamó a un asistente del gerente para que me acompañase. Sólo hay dos vacantes. Una en el 15 B.

—¿Está vacía?

Elsie afirmó con el gesto.

Bertha arrugó el ceño.

—¿Qué haría usted si tuviese un piano alquilado y quisiera trasladarlo a otro sitio?

—No lo sé —respondió Elsie lanzando una carcajada.

—Llamaría a la gente que se lo alquiló, ¿verdad? —declaró Bertha de pronto.

—Lo supongo.

—Vuelva al hotel —ordenó Bertha con decisión repentina—. Dígale que un amigo suyo le dio a entender que había otra vacante e interróguele si está seguro de que se las han enseñado todas. Procure averiguar si alquilaron algún piso los últimos dos o tres días. Sea altiva y despiadada, y le tendrá a sus pies. De lo contrario, no progresará ni un metro.

—Yo me encargo de ello. Poco falta para que coma de mi mano. ¿Me aguardará aquí?

—Sí.

Elsie tardó cinco minutos en obtener la información.

—El 12 B estuvo vacío hasta ayer. Lo ocupó la señora Stevens.

Bertha sonrió.

—Es listo el empleado. Sin duda es el genio autor de la idea. Gracias, Elsie. Regrese a la agencia.

Entró en una cabina telefónica y llamó al Hotel Locklear.

—La señora Stevens dejó el recado de que la telefonease al piso 12 B. ¿Tiene la bondad de informarse?

—Un segundo, por favor.

Chascó la conexión.

—¿Diga? —contestó una voz femenina con cautela.

—Aquí la compañía de alquiler de pianos. El empleado del mostrador pagó la renta. Dijo que usted se había trasladado a otro sitio.

—¡Ah! Me alegro de que llame. Yo me proponía hacerlo. Sí, exacto.

—¿El piso está en el mismo edificio?

—Sí.

—Tendré que visitarla. Hay un aumento de cincuenta centavos.

—¡Oh! ¡Es igual!

—Me hallo cerca del hotel —insistió Bertha.

—Está bien. La espero. El número es 12. Debí avisarlos con anticipación.

Bertha se dirigió al Locklear. El empleado se dispuso a protestar exasperado, pero ella avanzó hacia los ascensores. El petimetre, levantando una verja plegable, corrió autoritario hacia ella.

—Perdone, pero está prohibido que suban desconocidos sin ser anunciados.

Bertha le sonrió, melosa.

—La señora Stevens, del piso 12 B, me rogó que subiese. Acabo de conversar con ella por teléfono.

Mientras el empleado luchaba por seguir impasible, Bertha hizo una seña al ascensorista.

—En marcha.

En el piso 12 B alguien hablaba por teléfono cuando llamó. Momentos después concluía la comunicación. Bertha golpeó la puerta con más fuerza.

Reinó el silencio en la habitación.

—¿Me deja entrar, Dolly, o espero a que salga? —gritó Bertha.

Se abrió la puerta. Una furiosa mujer de treinta años se enfrentó belicosa con ella.

—Me acaban de avisar de que usted…

—Lo sé —atajó Bertha—; no le gusto al maniquí. Ni él a mí. Apártese, querida, para que entre.

Su poderosa estructura echó a un lado a la joven sin esfuerzo. Penetró en la estancia y, haciendo un gesto de aprobación al piano, escogió la butaca más cómoda en la que se dejó caer y encendió un cigarrillo.

—Existen leyes que impiden estas cosas, ¿sabe? —exclamó la mujer desde el umbral.

—Lo sé.

—Y el empleado del vestíbulo me aconseja que recurra a la policía.

—Debí suponer que le aconsejaría eso.

—Es lo indicado.

—Me temo que no.

—¿Por qué?

—Porque tengo amistades en jefatura. Diga una palabra y, en lugar de arrestarme, la llevarán al despacho del fiscal para interrogarla. Los periódicos publicarán su fotografía y…

—¿Qué quiere?

—Hablar con usted.

—El empleado me comunicó que es la señora Cool.

—Exacto.

—Él cree que es detective.

—A veces hasta el más tonto da en el clavo.

—Señora Cool, ¿puedo preguntarle qué desea?

—¡Claro! —contestó Bertha—. Cierre la puerta y siéntese. Descargue su pecho. Charlaremos unos momentos de Everett Belder.

—No deseo tratar de él.

—Entonces, de su mujer.

—Murió asfixiada, ¿verdad?

—Sí.

—No la conocía.

—Recibió una carta sobre usted —anunció Bertha.

El silencio de la señora Cornish demostró una absoluta falta de interés.

—Barrunto que la idea germinó en el cerebro genial del figurín del vestíbulo, pero no debió cambiar de piso, querida —continuó Bertha—. Eso la coloca en mala posición. Imagínese qué efecto produciría su retrato en los periódicos con un pie parecido a éste: «La señora Dolly Cornish, quien, según la policía, se mudó de piso subrepticiamente con un nombre supuesto después de la muerte de la señora Belder. La señora Cornish era íntima de Everett Belder antes de su matrimonio».

Bertha sacudió la ceniza de su cigarrillo. La joven pareció experimentar un repentino prurito de llorar.

—¿Qué… quiere saber?

—¿Qué tiene que contarme?

—Nada.

—¡Estupendo! —se entusiasmó Bertha—. Los periódicos enloquecerán de contento. Mantenga esa expresión llorosa, no diga nada y los periodistas pondrán debajo: «Nada, solloza la mujer que mandó a la señora Belder a la muerte».

Dolly se irguió de repente.

—¿Qué dice? Yo no mandé a la señora Belder a la muerte.

Bertha inhaló una gran bocanada de humo, sin despegar los labios.

—La señora Belder me amenazó con asesinarme —agregó Dolly, trocando su aire de conmiseración consigo misma por un gesto de indignación.

—¿Mucho antes de su fallecimiento?

—El mismo día.

—¿Qué hizo para que quisiera matarla?

—Absolutamente nada.

—Perdone, querida, si no demuestro interés, pero he oído lo mismo tantas veces…

—Pues ésta es verdad.

—¿Cómo la encontró? —inquirió Bertha.

—No me encontró, sino que me llamó al hotel y, por si le importa, ésa es la razón de que me cambiase. Así no me descubriría si intentaba realizar un acto desesperado.

Bertha esquivó los ojos de modo que la señora Cornish no viese

el intenso interés que los animaba.

—¿La telefoneó?

—Sí.

—¿Qué dijo?

—Fue la más fantástica y espeluznante conversación que he tenido con una mujer en mi vida.

—Ahora vamos por buen camino. Quizá consiga ayudarla si persevera.

—¿Cómo puede auxiliarme?

Bertha se volvió para mirar de hito en hito a la señora Cornish.

—Evitemos los malentendidos —recalcó—. La ayudaré si me ayuda al mismo tiempo. Soy detective. He visto y conozco casi todas las respuestas. Usted llama una experiencia espeluznante a este caso; para mí es simple rutina. Ahora bien; hable o calle. Si usted habla, yo hablo; si calla, telefoneo a la jefatura.

—Poca libertad de elección me concede —comentó la señora Cornish con una risita nerviosa.

—Pocas veces lo hago —repuso Bertha.

La joven reflexionó sin que ella le apremiase.

—De acuerdo. Hablaré.

Bertha se limitó a aplastar la colilla del cigarrillo en el cenicero.

—Usted es mujer, señora Cool, por lo cual le diré cosas que ocultaría a un hombre. Un amigo mío afirma que la ocasión de ser auténticamente feliz se presenta dos veces en la vida de toda mujer y que la mayoría la desperdicia. Es ingeniero de minas; según él, las mejores minas son las que contienen un gran yacimiento de tipo medio. La felicidad es algo parecido. Para hacerse con ella, se debe buscar en el hombre la mayor cantidad posible de mena corriente. Casi todas las mujeres la desprecian cegadas por el brillo de unos cuantos granos de primera calidad, que, en el negocio minero, reciben el nombre de «roca de joyería». Estas vetas son fácilmente discernibles. En la vida no sucede lo mismo. Cuando se descubre un yacimiento de esa clase, se pierde en seguida de vista.

—¿Qué es Everett Belder? —curioseó Bertha Cool—. ¿«Roca de joyería»?

—No. Everett representó para mí la oportunidad de ser feliz. Era un gran depósito de mineral de calidad excelente.

Bertha encendió otro cigarrillo.

—Ansiaba volver a verle, y no me arrepiento de haberlo hecho —añadió Dolly.

—¿Y decidió no soltarle? —presumió Bertha.

La joven movió la cabeza, con una luz de ansiedad en los ojos.

—Había cambiado.

—¿En qué sentido?

—He dicho que era un yacimiento de clase especial. Pero, no sé cómo, está convencido de que es «roca de joyería». Hace varios años que procura ser algo que no es en el fondo. Eso le ha perdido.

—Quizás usted consiga enmendarle —apuntó Bertha.

Dolly sonrió de una forma que hacía inútiles las palabras.

—Bueno, ya ha aliviado su pecho —dijo Bertha—. Hablemos ahora de la señora Belder.

—El miércoles por la mañana la señora Belder me telefoneó. No pude pronunciar una palabra. Lo dijo todo como si lo hubiera aprendido de memoria. «Sé cuanto a usted se refiere, señora Cornish. No busque evasivas ni intente mentir. Cree poder retrasar el reloj. Se equivoca. Ahora es mío y no estoy dispuesta a que se me escape. Le aseguro que, en caso de necesidad, soy peligrosa, y usted me obliga a hacer algo».

—¿Le contestó? —preguntó Bertha, aprovechando una pausa momentánea.

—Lo procuré, pero me aturdí y tartamudeé. De todos modos, no me prestaba atención. No se detuvo más que para tomar aliento y agregó lo que me llenó de terror. «No soy una mujer de medias tintas. En mi casa había otra mujer simulando ser una criada para engañarme con mi marido. Pregúntele qué les pasa a los que creen que es posible engañarme como a un chino».

Los labios de Dolly temblaron antes de recobrar su firmeza.

—¿Eso es todo? —indagó Bertha.

—Excepto la carcajada. Fue ella la que me anuló; era salvaje, histérica, perversa. Es imposible formarse idea de ella sin haberla oído…

—¿Quién cortó? ¿Usted o ella? —interrumpió Bertha.

—La señora Belder.

—¿Y después?

—Estuve paralizada un rato; después conseguí colgar el teléfono. Temblaba de pies a cabeza.

—No sé por qué la impresionó tanto, si es inocente —comentó Bertha.

—Escuche, señora Cool. Seré sincera con usted. Everett fue una de mis ocasiones de ser feliz. Si la hubiera aprovechado, habría impedido que se convirtiese en un engreído. Yo lo conocía; conocía su fuerza y su flaqueza.

—¿A santo de qué viene esto? —exclamó Bertha.

—Equivale a decir, señora Cool, que, convencida de que en este mundo el lobo devora al lobo, iba a reconquistar a Everett. Si no había cambiado, si conservaba aún su atractivo, aun a sabiendas de que estaba casado, sería mío.

—Le remuerde la conciencia, ¿verdad? —preguntó Bertha.

—Sí.

Hubo una pausa.

—Desde luego, no repitió exactamente las palabras de la señora Belder; sino como las recuerda —presumió Bertha.

—Creo que son las mismas. De todas suertes, he expresado la idea que encerraban, porque se me grabó en la mente.

Bertha eligió tranquilamente otro cigarrillo. Lo encendió y exhaló el humo azul.

—¿Qué dijo que le había ocurrido a la otra mujer?

—Fue espantoso. Aquella horrible carcajada…

—Déjese de carcajadas. ¿Qué dijo? —insistió Bertha.

—Que le preguntase qué sucedía a la gente que trataba de engañarla… Y vi en el periódico que se había encontrado en el sótano el cadáver de la criada.

—Se ha metido en un lío, ¿verdad? —dijo Bertha con indiferencia.

—¡Y que lo diga! —reconoció Dolly apesadumbrada.

—Si cuenta lo sucedido, parecerá como si usted hubiera destrozado el hogar de los Belder, impulsando a Mabel al suicidio o…

Se interrumpió clavando en la señora Cornish sus astutos ojillos en los que se leía una acusación.

—¿O qué? —la animó la joven.

—O la asesinó.

Dolly se irguió en su asiento, expresando su sorpresa e indignación.

—¡Señora Cool! ¿Qué intenta decir?

—¡Déjese de tonterías! —replicó Bertha—. Si la hubiese asesinado, representaría la misma comedia; y si no lo hizo, resulta inútil. ¿La alivió saber que había muerto?

Dolly no rehuyó las agudas pupilas que la estudiaban.

—Sí.

Bertha contempló las volutas de humo que brotaban de su cigarrillo.

—En cierto modo, desearía no haber oído su relato.

—¿Por qué?

—Debo ver al sargento Sellers y detesto hacerlo en este instante.

—¿Por qué?

Bertha se levantó con cierto aire de cansancio.

—Desde el punto de vista minero no vale más de veinte dólares la tonelada, pero en ocasiones, cuando las cosas salen a su gusto, cree que es lo que usted llama roca de joyería.

Dicho esto se dirigió a la puerta.

—Después de todo, señora Cool, los hombres son humanos —dijo Dolly—. Debemos tolerar sus debilidades.

Bertha dio media vuelta en el umbral para ponderar a Dolly Cornish con la mirada.

—Querida, representa usted maravillosamente el papel de alma sensitiva y trágica. No me importa si quiso hacer ejercicio, pero me pondré como una fiera si piensa de veras que me lo tragué.

capítulo veintiuno

EVERETT Belder esperaba en la agencia cuando Bertha regresó. Se levantó de un salto cuando abrió la puerta. Hablaba por los codos antes de que la recién llegada lograse enfocar su vista en él con la prometida dureza.

—Señora Cool, le pido perdón. Le presento las más rendidas excusas que pueda imaginar.

Bertha, en el umbral, parecía la imagen muda de la acusación.

—No supe reconocer sus buenos servicios —recalcó Belder—. Ahora me encuentro en un aprieto espantoso. Señora Cool, necesito hablar con usted.

Bertha vaciló.

Belder, a fuer de hábil vendedor, empleó el único argumento que podía conmoverla.

—No me importa pagar. Pagaré lo que sea.

Bertha echó a andar hacia su despacho.

—Venga conmigo.

—¿Me necesita, señora Cool? —preguntó Elsie.

Bertha consultó su reloj y exclamó, sorprendida:

—Es verdad. Hoy es sábado. No, Elsie —se volvió hacia Belder —. Pase.

El joven se desplomó sin fuerzas en una butaca del despacho.

—¿Qué le pasa? —inquirió Bertha.

—Esto es el fin.

—¿Por qué?

—Me acusarán de asesinato.

—¿Es posible?

—¿Si es posible? —exclamó Belder sarcástico—. Mi suegra y la encantadora Carlota rebuscan en su memoria cada hecho, por insignificante que sea, que me coloque en una mala posición. Ya ve

usted.

Bertha guardó silencio.

—Además —prosiguió Belder—, existe el tercer anónimo del que se apoderó el sargento. Tengo que enterarme de lo que decía.

—¿Por qué?

—Porque me acusa de intimidad con otra mujer.

—¿Y bien?

Belder calló.

—Debo saber quién es —estalló de pronto.

—Conque es eso, ¿eh? —preguntó Bertha.

—No me entienda mal, señora Cool.

—¡Oh, no, no!

—No me refería a eso.

—¿A qué entonces?

—Pues… Sólo quería conocer con certeza de qué se me acusa.

Bertha encendió un cigarrillo.

—¿Algo más?

—¡Algo más! ¿No es bastante?

Bertha no respondió.

—Sea lo que fuere, me culpan de haber quemado el testamento de mi esposa —prosiguió Belder—. ¡Dios mío! Jamás pensé en ello. Cuando le doné mis bienes, mi mujer redactó un testamento legándomelo todo. Ahora pretenden que dejó otro. Esto es nuevo para mí. Ni siquiera se me ocurrió que pudiese redactarlo. Es natural que suponga que me nombrase heredero suyo.

—Mala suerte.

—¿Por qué?

—Porque le proporciona un motivo para asesinarla.

Belder se exasperó.

—Es desesperante. Si conocía la existencia de otro testamento, lo quemé; en caso contrario, maté a Mabel para recobrar el patrimonio.

—O quizá la asesinó para hacerse con los bienes y quemó el nuevo testamento al descubrirlo.

—Eso es precisamente lo que ellas afirman.

—¿Lo hizo?

—¡Claro que no!

—¿Y qué ha sido de la ejecutoria de Nunnely?

—Por eso vine a excusarme, señora Cool. Ya estaría arreglada si la hubiera dejado en sus manos, pero me enfadé y recurrí a un abogado.

—¿Qué ha sucedido?

—Lo que era de esperar. El abogado citó a Nunnely en su bufete esta mañana. Anoche, después de ser descubierto el cadáver de Mabel, traté una y otra vez de encontrar al abogado sin lograrlo. En su casa me dijeron que había salido de la ciudad. Posteriormente me enteré de que había ordenado a la sirvienta que dijera eso a todo el mundo, pues su esposa celebraba una reunión de *bridge* y no quería que le molestasen.

—¿Y esta mañana? —interrogó Bertha.

—Esta mañana fui a su despacho. Nunnely llevaba un periódico, pero no lo había leído; ni siquiera lo había desplegado. Yo temblaba de ansiedad por acabar cuanto antes. El abogado se extendió tanto sobre los requisitos legales necesarios para una correcta escritura de cesión, que Nunnely encendió aburrido un cigarrillo y abrió el periódico. Intenté avisar por señas al estúpido del abogado, pero le absorbía el estudio de una ley sobre cesiones que consultaba a fin de «proteger mis intereses».

—¿Qué pasó? —exclamó Bertha, interesada.

—Nunnely leyó por encima las noticias de guerra de la primera página y, al doblar la segunda, los títulos referentes a Mabel le saltaron a los ojos.

—¿Qué hizo?

—Lo lógico. Se levantó con una sonrisa de piedad para el abogado y le rogó que no se inquietase por la escritura, pues había decidido liquidar sólo por la cantidad completa de la ejecutoria, amén de los intereses y de las costas. Era tan seguro como que usted y yo hablamos. Sabía que yo heredaría a raíz de la muerte de Mabel, y todo lo que debía hacer era separar mis bienes de la herencia.

—¡Lástima!

—En aquel momento perdí unos diecinueve mil dólares. Quizá más si se tienen en cuenta los intereses.

—Mala suerte —dijo Bertha con simpatía.

Sin apartar los ojos de su visitante, sacó de un cajón del escritorio el estuche de gafas que había tomado del abrigo y lo

colocó directamente bajo las miradas del joven apuesto.

Éste no le prestó atención.

—Oiga, señora Cool. La necesito. Necesito su personalidad dominante y agresiva; su cerebro y su eficiencia. Ahora…

Sonó un golpe en la puerta.

—¡Vaya! —exclamó Bertha—. Olvidé encargar a Elsie que cerrase. Se ha ido y algún cliente ha…

—Dígale que está ocupada y que no quiere que la molesten —suplicó Belder—. Entiéndame, señora Cool. Me propongo contratarla. Ahora tengo dinero. Le pagaré todo lo que…

Bertha abandonó su crujiente butaca giratoria y se acercó a la puerta cerrada, anunciando a través de ella:

—Tengo trabajo. La agencia está cerrada. Es sábado. No recibo a nadie.

El tirador giró. La puerta se abrió un poco.

—¡Ah! ¿Éstas tenemos? —rió el sargento Sellers.

Bertha apoyó todo su peso en la madera.

—¡Márchese de una vez para siempre!

Pero Sellers, a través del resquicio, había vislumbrado al espantado Belder.

—Eso es distinto, Bertha. Debo entrar.

—¡Narices!

Aplicó su cuerpo a la puerta. El sargento empujó, haciéndola retroceder poco a poco.

—Venga a ayudarme —jadeó a Belder.

Pero éste no se movió, paralizado por el miedo.

Sellers ganó el combate.

—No tiene derecho a entrar en mi despacho de esta forma —gritó Bertha.

—Lo reconozco —confesó el sargento, acomodaticio—, pero ya lo he hecho. No puedo retirarme sin que me acompañe su cliente.

—¡Lárguese! —tronó Bertha—. Estoy hablando de negocios con él. Nada me impedirá que concluyamos. Espere en el pasillo…

—Lo siento —se excusó Sellers—, pero no esperaré. Tengo un mandamiento para arrestar a Everett Belder, acusado de asesinato en primer grado.

El joven trató de ponerse en pie, pero sus piernas se negaron a obedecer.

Emitió un gemido.

—Está bien. Pero aguarde afuera cinco minutos —chilló Bertha irritada—. Belder es… Se propone contratarme. Deseo arreglar la cuestión financiera.

Sellers no se movió.

—Sólo cinco minutos —rogó Bertha—. Nada se opone a ello. Me asiste el derecho de cobrar por lo que hago.

El sargento le sonrió.

—Bueno, Bertha. Como se ha portado bien con…

Sus ojos se posaron en el estuche de gafas puesto sobre el escritorio.

—¿Qué es eso? —preguntó con curiosidad.

Bertha cometió el error de cogerlo. La enorme mano de Sellers cayó sobre su muñeca. Un momento después le arrancaba el estuche de los dedos.

Dominada por la ira y la consternación, Bertha dio la vuelta a la mesa hacia él, que, antes de ser embestido, lo había abierto.

El puente de quita y pon se destacaba blanco y áureo sobre el fondo.

—¡Condenado me vea! —exclamó Sellers en un ronco murmullo.

—¡Cielos! —chilló Belder contemplando el estuche—. ¡No puede hacerme eso! ¡Es una conspiración! La señora Goldring y Carlota la visitaron, pero yo no sospechaba que me tendiese esta trampa. Le juro que no sé nada de eso.

—Condenado me vea —repitió Sellers con solemnidad y miró a Bertha—. ¿De dónde salió?

Bertha se dispuso a contestar, pero, cambiando de idea, apretó los labios con fuerza.

—No se detenga —la animó Sellers.

—Concédame cinco minutos y hablaré —propuso Bertha Cool.

La sonrisa del sargento fue glacial.

—Ni cinco minutos. Ya acabó.

—No me deje solo con ella ni un segundo —gritó Belder—. Es una sucia traidora. Quiere complicarme.

Sellers tomó el teléfono y marcó el número de la Jefatura de Policía.

—Aquí el sargento Sellers. Estoy en la Agencia Cool & Lam, Detectives Privados. Cacé a Belder; le he arrestado. Bertha Cool se

hallaba con él. No la detengo… aún. Llevaré a Belder ahí ahora mismo. Cuando vuelva deseo charlar con Bertha Cool. Envíen un hombre para custodiarla hasta entonces. Necesito asegurarme de que la tendré a mano para interrogarla en el momento oportuno.

Soltó el teléfono y extrajo unas esposas.

—¿Me las va a poner? —exclamó Belder con voz débil.

—Acertó —repuso Sellers, severo—. Si usted cree que no es como los demás asesinos, yo opino lo contrario.

capítulo veintidós

LAS horas fueron feneciendo en el reloj eléctrico de Bertha Cool. El agente reclamado por el sargento resultó ser un sujeto gris, taciturno, un hombretón que mataba el tiempo leyendo el periódico, arreglándose las uñas y fumando en silencio; en una palabra, un individuo insociable al que la situación aburría de forma manifiesta.

Bertha intentó, durante la tarde, varios sistemas de ataque, recibiendo siempre una contestación que la frenaba en seco.

Primero reclamó el derecho de consultar a un abogado.

—En esta ocasión se han excedido. Telefonearé a mi abogado.

—Hágalo.

—¿No tiene nada que objetar?

—El sargento dijo que si desea seguir el curso legal, también lo seguiremos nosotros.

—¿Cómo?

—La llevaremos a la Jefatura y la registraremos en el libro de entrada como encubridora. Entonces podrá entrevistarse con todos los abogados del mundo.

—Pero no pueden retenerme de este modo en mi despacho.

—Es verdad.

—Tengo derecho a salir. No puede impedirlo.

—Exacto.

—¿Me prohibirá alguien atravesar esa puerta?

—No.

—Pues voy a hacerlo.

—Sin embargo, el sargento dio órdenes concretas —advirtió el policía—. En cuanto trasponga el umbral, la arresto y la conduzco a Jefatura.

—¿Qué se propone? —se indignó Bertha.

—El sargento trata de protegerla, eso es todo. Si la detiene, su nombre aparecerá en los periódicos, resintiéndose su reputación profesional. Sellers desea concederle una oportunidad.

—¿Cuánto habré de estar así?

—Hasta que el sargento lo disponga.

—¿Y cuándo será eso?

—Cuando aclare este aspecto del caso.

Por dos veces anunció truculenta que se iba al lavabo. El agente accedió en silencio. Echó tras ella y montó guardia en el pasillo, sin apartar los ojos de la puerta, hasta que ella reapareció. A continuación la escoltó hasta la agencia.

Bertha trabajó un poco redactando unas cartas personales, mientras procuraba disimular su terror cerval.

Hacia las seis, el policía telefoneó a un restaurante cercano, explicó la situación y el establecimiento les envió bocadillos y café.

—¡Vaya un modo de cenar! —gruñó, belicosa, Bertha, rechazando la bandeja vacía y escanciándose el resto del café tibio.

Pero no consiguió que su vigilante protestara, sino que convino:

—Tampoco me gusta.

A las siete, sonó el teléfono.

—Yo contestaré —dijo el agente—. ¡Hola…! Sí… Bien, sargento. Entendido… Sí. ¿Cuándo…? De acuerdo; adiós.

Corto la comunicación.

Bertha, luchando con el miedo, logró dar a su cara un aire de esperanza.

—Aún no —informó el policía—. Ese tipo no confiesa. El sargento me ordena quedarme cuestión de una hora. Si no ocurre algo durante ella, la tendré que llevar a Jefatura y registrar su entrada. Lo siento; hemos intentado darle una oportunidad.

—¡Una oportunidad! —bufó Bertha con énfasis sarcástico.

—Ya lo dije.

—Le oí la primera vez.

—Oyó las palabras, pero no captó el significado.

La situación continuó estática otra media hora. De pronto el agente se volvió comunicativo.

—Sábado por la tarde —exclamó—. Yo debía tener media fiesta. No es decente. Sobre todo, después de helarme aquí todo el día.

—Por mí puede marcharse —contestó Bertha.

Él sonrió y declaró de pronto:

—Ese Belder parece ser un gallito con las damas.

Bertha no respondió.

—El último anónimo dejó sin aliento al sargento. Supongo que usted se quedaría descansada.

Bertha se puso a trazar líneas sin sentido con un lápiz en un taco de papel lo que le dio una excusa para bajar los ojos e impedir que el agente viera la luz que brillaba en ellos.

—¿Se refiere a la tercera carta? —preguntó.

—Sí. La que metió a Imogenia Dearborne en este lío.

—¿A esa estimable joven? —dijo Bertha—. No pude más que echar un vistazo al anónimo antes de que Sellers se apoderase de él.

—Le llegó el turno.

—Me demandó por cien mil dólares. La muy… estimable joven.

El agente rió, echando la cabeza atrás.

—¿Qué le hace tan estimable?

—Mi abogado.

—Entiendo.

—Recuerdo que el último anónimo era un tanto ambiguo. No decía nada que se pudiese usar como prueba definitiva.

—El registro de un hotel, no sé qué más quiere —contestó el policía—. Oiga, hace frío aquí. Me estoy quedando helado.

—El sábado por la tarde cierran la calefacción.

—¡Uf! ¡Ojalá tuviese una botella a mano!

Bertha trazó unos pequeños triángulos con rapidez.

—Hay una en el ropero —anunció.

—Cuando estoy de servicio no puedo beber —respondió el agente y agregó en un arranque de franqueza—: Ése es mi punto flaco. Puedo pasar meses sin tomar un trago o apurando una o dos copas. Pero de pronto me sucede algo. Me pongo a beber y, cuanto más bebo, más sed tengo. Es irremediable. Por eso no asciendo. De no ser por un par de melopeas, ahora sería un personaje.

Bertha no apartó la mirada de la punta del lápiz.

—Yo nunca pruebo el alcohol si no estoy cansada o noto que me constipo. Es mejor tomar unos tragos que meterme en la cama. Los constipados me afectan mucho.

—A mí también. Oiga, saque esa botella, si es que la tiene. Usted parece una buena chica. Confío en que no se lo contará a nadie.

Aparecieron la botella y los vasos. El agente vació el suyo de golpe, lamió los restos y contempló con avidez la botella. Bertha le sirvió otro, que siguió el camino del primero.

—Buen licor —alabó el policía.

—El mejor que existe.

—Señora, me salvó la vida. Empezaba a resfriarme.

—Probablemente era «gripe». Ánimo, sírvase usted mismo. Un cliente me regaló la botella.

El agente pareció dominado por el anhelo.

—¡Nones! —deploró—. No bebo solo. Aún no he caído tan bajo.

—Yo le acompaño.

—Todavía acaricia su primer vaso.

Bertha sorbió el *whisky* y se apresuró a subsanar la carestía.

El policía se volvió locuaz y humano bajo el influjo del licor. Su nombre resultó ser Jack. Estaba seguro de que el sargento proporcionaba oportunidades a Bertha. Ésta se hallaba en un aprieto, pero Sellers se esforzaba por sacarle de él. Le había ayudado en el asesinato del murciélago, y no era de los que olvidan. De todos modos, Bertha estaba en un atolladero. Todo dependía de lo que ocurriera cuando Belder confesase. El sargento se contentaría con que la librasen de cargos.

Bertha deseó saber si Belder se ablandaba.

—Creo que sí —barruntó Jack—. Sellers apenas habló por teléfono, pero afirmó que la cosa marchaba y que esperaba ponerla en libertad antes de medianoche.

—La medianoche está muy lejos —protestó Bertha.

—Si debe arrestarla, tardará muchas medias noches en volver a trabajar —indicó Jack y añadió apresuradamente—: Vamos, vamos; no se excite, Bertha. No quise decir eso. No se inquiete. El sargento la sacará del apuro; ya sabe que siente debilidad por usted.

Bertha sirvió más *whisky*.

Al cabo de veinte minutos, Jack se había hecho cargo de la custodia de la botella. Por lo visto había olvidado sus primitivos escrúpulos en beber solo. Llenaba los vasos, especialmente el suyo. Bertha, a sorbitos, lograba consumir un tercio del licor que trasegaba el agente.

—¡Ojalá pudiera beber siempre con esta moderación! —suspiró —. Pero es imposible. Tengo que volver a las andadas. Bertha, es

usted muy buena chica, ¿sabe? No me extraña que le guste al sargento… Oiga, creo que han vuelto a dar la calefacción. Ya no hace frío, sino calor, en serio. Esto está demasiado cerrado, ¿eh?

—Para mí está bien —repuso Bertha, observando ya con regocijo la cara enrojecida y los ojos aguanosos del policía.

Jack metió sus grandes manos en los bolsillos del pantalón, se recostó en la silla y extendió sus largas piernas, cruzando los tobillos.

—¿Trabaja de noche? —preguntó Bertha.

—¡Uh, uh!

—¿Y cómo se las arregla para descansar?

—¡Oh! Uno se acostumbra a todo —dijo Jack, cerrando los párpados—. Lo malo es que poco a poco se estropea la vista y la luz hace daño. Alivia cerrarlos de tanto en tanto. Los médicos dicen que no hay nada mejor.

Bertha le vigilaba con la intensa concentración del gato que acecha en la sombra al pájaro que salta al sol.

Jack cabeceó varias veces, pero se dominó abriendo mucho los ojos.

Su interlocutora continuó dibujando triángulos. Notaba cierta dificultad en lograr que las líneas se encontrasen; le atronaban los oídos, y la estancia, si volvía la cabeza de prisa, tenía propensión a girar aún después de concluir el movimiento. Sin embargo, su espíritu gozaba de una claridad meridiana.

—¿Arrestó Sellers a Imogenia Dearborne? —quiso saber Bertha.

—No lo creo. ¿Por qué?

—Porque Belder necesitaba una cómplice para llevar a cabo la faena, es decir, para que telefonease a su esposa y la persuadiese a ir al garaje. Apuesto que es la mujer que buscamos, en caso de que Belder loquease con ella.

—¡Oiga! ¡Es una idea formidable! —exclamó Jack con alcohólico entusiasmo.

—Y también apuesto que esa condenada… que esa estimada intrigante escribió las cartas al fin y al cabo.

Jack la observó con el aire de un mochuelo.

—¿Por qué había de escribir cartas acusándose a sí misma?

La inspiración relampagueó en el cerebro de Bertha.

—Para alejar las sospechas, claro está. Sabía que la señora

Belder había fallecido antes de que el anónimo fuese enviado. Las cosas no habían resultado tan bien como presumía y fue lo bastante lista para comprender que una carta de ese género la dejaría libre de toda sospecha. Ante la policía prefería aparecer como la amante de Belder y como cómplice suya.

—Me parece que acierta —tartajeó Jack, avanzando pesadamente hacia el teléfono—. Llamaré al sargento para comunicárselo… Un momento… ¿Cuál es su número? Debo pensarlo.

Acodándose en el escritorio, apoyó la cabeza en una mano y cerró los párpados a fin de concentrarse mejor.

Segundos más tarde, sus hombros se hundían y su brazo se alargaba sobre la mesa, echando el teléfono a un lado, como si fuera un obstáculo molesto. Reclinó la cabeza en el brazo y, tras unos instantes cuajados de ansiedad, un suave ronquido llenó el ambiente cargado de alcohol del despacio.

Bertha basculó atrás despacio su sillón giratorio para evitar que crujiese. Se puso en pie con un débil tambaleo. Se asió del borde del escritorio recobrando el equilibrio y se encaminó de puntillas hasta la entrada.

Jack se agitó y masculló una frase ininteligible con lengua estropajosa.

La custodiada abrió la puerta sin ruido y se deslizó por el hueco. Al cerrarla procuró que el pestillo no la delatara con un chasquido.

La antesala tenía las luces apagadas. Pero la iluminación de la calle creaba una penumbra que le permitió atravesarla sin tropezar con los muebles. Encontró a tientas el tirador de la puerta exterior y se aseguró de que el cerrojo de seguridad quedaba echado antes de deslizarse por el pasillo.

capítulo veintitrés

EL hogar de Everett Belder era una típica casa del sur de California, de un solo piso, con terrazas y un garaje anexo. Había campos que se hubieran considerado espaciosos más al centro de la ciudad.

Bertha acortó la marcha de su auto, hasta que avanzó casi por inercia, y ponderó la situación. Había invertido una pésima media hora conduciendo de un modo irrazonable para atajar todo intento de persecución, no porque tuviese motivos para creerse seguida, sino con el propósito de asegurarse de que nadie se le «pegaba».

El día, que se anunciara bueno, se encapotó hacia el mediodía, resolviéndose al anochecer en una llovizna fría y constante. El asfalto mojado reflejaba la luz de las farolas, haciendo que la atmósfera semejase más húmeda y helada.

La casa de Belder estaba a oscuras, pero Bertha, recordando las órdenes de oscurecimiento contra los ataques aéreos, no tenía la certeza de que estuviera vacía. Frenó y apagó los faros de su auto cerca de la esquina. Cerrando el contacto y las portezuelas, guardó las llaves en su bolso. Retrocedió lentamente por la acera hasta la escalinata de cemento del edificio y apretó el timbre. Esperó un cuarto de minuto y hundió el botón durante buen rato.

En el interior no había señales de vida. Empujó la entrada principal, pero estaba cerrada. Y se encaminó hacia la parte trasera de la casa.

El garaje se hallaba en su parte occidental, a unos siete metros. El camino que llevaba a la entrada posterior costeaba el edificio por el Este.

Bertha fue por él, tomando nota de las ventanillas que proporcionaban luz y ventilación al sótano en que había sido descubierto el cadáver de Sally Brentner. En su avance probó las puertas y ventanas. Estaban cerradas. Regresó a la fachada y

empujó la entrada del garaje. Tampoco cedió.

Pero no se le habían terminado los recursos. Salvó los peldaños una vez más e introdujo sus ávidos dedos en el buzón laqueado.

Encontró una llave.

La metió en la cerradura de la puerta principal. Pudo abrir. Devolvió la llave al buzón y penetró cerrando la puerta a sus espaldas y esperando oír el chasquido del cierre automático.

Recordando que la regla primordial de la profesión de revienta pisos es preparar ante todo un medio de huir, Bertha sacó del bolso una linterna pluma estilográfica y, con su auxilio, atravesó una salita de estar, el comedor, la despensa y la cocina. La entrada trasera tenía puesta la llave. La abrió y se puso a considerar el escenario y su ambiente.

Un aura de intranquilidad se cernía sobre toda la casa. Bertha Cool se jactaba de que podía enterarse de una porción de cosas acerca de los habitantes de un edificio simplemente con entrar y pasearse por él. Le era imposible decir si captaba las vibraciones que, por inexplicables leyes físicas, partían de las paredes como ecos psíquicos de la personalidad de los inquilinos, o si el conocimiento de la discordia reinante entre Belder y su esposa, del odio que Carlota y la señora Goldring alimentaban contra Belder, más la consciencia de que Sally Brentner había sido asesinaba entre sus muros, habían excitado su imaginación hasta el punto de que contemplaba los aledaños a la luz de lo que había acontecido.

Sólo percibía la sensación de que aquél era el hogar de individualidades contrapuestas, que se había prestado al asesinato y que entonces resultaba ominoso y expectante, en espera de que se cometiese otro crimen.

Bertha, a pesar de su cuerpo y fortaleza, tardó bastante tiempo en apartar el presentimiento de que el mal se avecinaba.

—¡Déjate de cuentos, idiota! —irritóse consigo misma—. No pasará nada. Estás en un apuro. Darás con los huesos en la cárcel, si no encuentras una prueba que te ponga a buenas con el sargento Sellers.

Completó la visita de inspección a los cuartos orientales y salió a un largo corredor al que daban las puertas de varias habitaciones. La de la derecha conducía a otro corredor, a un lado había una alcoba y al otro una entrada correspondiente al extremo posterior

del garaje.

Bertha percibió el húmedo olor del aire confinado. El hilillo luminoso de su linterna desapareció en la oscura soledad del gran garaje doble. Una mesa de taller se adosaba a una de las paredes. Había el usual montón de piezas desechadas; asimismo un montón de objetos apilados allí a falta de desván: un baúl viejo, una chaqueta de lana masculina, dos monos sucios de grasa, unas cajas, bujías inservibles, alambres y un neumático estropeado.

Retrocedió, cerrando la puerta del garaje, y comenzó a explorar las demás puertas. La primera pertenecía a un dormitorio, sin duda el de Carlota. En el tocador se veían tres o cuatro fotografías de jóvenes uniformados. La estancia olía a cosméticos. El cuarto de baño adyacente contenía una báscula baja y un anaquel de cristal destinado a las sales y a los accesorios de tocador.

La puerta siguiente era la que buscaba. Correspondía a dos alcobas, en la fachada del edificio con entarimados, relacionadas con el cuarto de baño. La más delantera era evidentemente la de Belder; la otra, la de su esposa.

Inspeccionó velozmente la habitación y se dirigió en seguida al ropero. Inventarió las prendas que contenía en busca de una huella insignificante, que cobraría bulto a ojos de una mujer, escapando, en cambio, al masculino análisis de la policía.

En aquel caso, como el sargento Sellers había indicado tan certeramente al principio, todo señalaba a un hombre. Sally Brentner pelaba en apariencia patatas con un cuchillo de a palmo. Mabel Belder huyó por lo visto del escenario del asesinato que perpetrara, olvidando, sin embargo, una porción de prendas delicadas por un vestido llamativo, pasando por alto sus cremas de belleza.

La persona que se llevó las cosas que faltaban tenía que haber dejado un indicio. Tal vez estaba escondida en la misma casa la maleta en que se guardaron los objetos de Mabel.

Bertha dirigió los rayos de su linterna a los más remotos y oscuros rincones del ropero. Frunció el ceño al distinguir varias partículas en el suelo. Se agachó para tomarlas con el índice y el pulgar. Eran trocitos de madera de forma espiral rotos en diminutos segmentos de color amarillo típico de la madera recién cortada.

No cabía duda. Un taladro los había arrancado de una tabla de

pino. Casi podía decir su diámetro basándose en la forma de las virutas.

Pero no había agujero alguno.

Examinó paciente con la linterna el ropero, centímetro tras centímetro. No existía perforación en las paredes, suelo o techo.

Bertha deliberó acerca de su descubrimiento, sin acordarse de dónde estaba.

—¡Ojalá estuviese Donald en mi lugar! —murmuró—. ¡Él sabría salir de este laberinto! ¡Es un diablillo muy despabilado…! Estoy en un aprieto horroroso. No saldré de él si no encuentro algo. ¿Qué hacen estas virutas en el rincón del ropero? Alguien practicó un agujero y luego lo tapó. Indudablemente en un sitio difícil de encontrar… O quizá no.

Volvió a manejar la linterna y repitió su examen a gatas.

Estaba tan absorta, que un repentino portazo produjo en ella el mismo efecto que un disparo de revólver.

Devuelta a la realidad, y a la situación en que se había metido, se agazapó en el ropero escuchando desesperadamente.

Oyó con claridad unos pasos, unas voces femeninas amortiguadas por la distancia… Después, silencio.

Estudió la posibilidad de escabullirse por la puerta trasera. Salió del ropero de puntillas y prestó oído en el centro de la alcoba. Percibió las voces más distintamente. Los recién llegados se habían trasladado a la cocina. Sonó una fuente contra otra y retumbó la puerta de la alacena.

Carlota y la señora Goldring, al regresar, tomaban un bocado.

Bertha, obligada a renunciar a la puerta trasera como lugar de escape, meditó las condiciones de la delantera, hasta que se percató de los peligros que encerraba el pasillo. Recordó entonces el garaje y el corredor junto a la habitación de la criada que guiaba a él. Determinó probar.

Se quitó los zapatos y, poniéndoselos bajo el brazo, salió cautamente al pasillo a través del dormitorio. El ruido de los platos y las voces, así como el maullido de impaciencia de un gato, eran más audibles.

Eso era. Daban de comer al minino.

Se abrió y cerró una nevera; luego se dejó oír la voz de Carlota.

—Te digo, mamá, que condenarán a Everett por estos asesinatos.

Y me alegro. Puedes contar con mi ayuda.

Bertha esperó en vano una respuesta.

Avanzaba a tientas, rozando la pared. Procuraba evitar los tablones crujientes. Si la cogían en el pasillo, sería una complicación fatal en el atolladero en que se encontraba, cuyas salidas se le habían ido cerrando una tras otra.

—No me entusiasman los gatos. Me libraré de éste. Siempre me odió. Voy a mojarme las manos con colonia. Me huelen de tocarle.

De repente, antes de que Bertha comprendiese el verdadero alcance del comentario, la puerta de la cocina se abrió dando escape a una hebra de luz que se internó en el corredor.

Bertha se pasó la linterna a la mano izquierda, con la que sujetaba los zapatos, y cerró la derecha en un puño de aspecto eficaz.

Pero Carlota no fue en seguida en busca de la colonia. Por lo visto había cambiado de idea, porque la oyó alejarse de la puerta. Por la abertura de ésta salía el chapoteo de la lengua del gato al consumir la leche puesta por la joven en un plato.

No había tiempo que perder en precauciones. Bertha recorrió velozmente el pasillo sin inquietarse por los tablones delatores. Llegó al corredor del garaje. Se le escapó un suspiro de alivio cuando las húmedas tinieblas la envolvieron.

Se sentó en un cajón de herramientas para ponerse los zapatos. Su mano temblaba a causa de la agitación. Apagó la linterna y se calzó en la oscuridad, irritada consigo misma por el estremecimiento de sus dedos.

A continuación se dirigió a la puerta. Se detuvo de pronto. El ángulo delantero del recinto disfrutaba de un resplandor fantástico, de una iluminación que semejaba brotar de detrás de una trenza de cobre que colgaba de un clavo. La apartó, descubriendo un agujero perfecto de dos centímetros y medio de diámetro.

La luz procedía de él, pero, al aplicar el ojo, Bertha no vio sino un obstáculo indeterminado.

Bertha olvidó el riesgo de ser descubierta. El detective que había en ella tomó el mando. A todas luces alguien había empleado el garaje con la finalidad de espiar el interior de la casa. El resplandor debía de proceder, poco más o menos, del dormitorio de Mabel.

Cogió un destornillador de la mesa de taller y lo insertó en el

agujero.

Tropezó con un obstáculo. Lo empujó con cuidado y se convenció de que era un cuadro de la habitación lo que disimulaba el agujero por aquella parte. Si conseguía apartarlo, gozaría de una visión perfecta. Puesto que alguien había utilizado aquel sistema para espiar a Mabel, debía ser posible echar el cuadro a un lado sin gran dificultad y, en caso de correr el peligro de ser sorprendido, dejarlo caer a su primitiva posición.

Bertha probó con la herramienta, dirigiéndola con suavidad hacia un extremo. El cuadro se movió antes de resbalar a lo largo del destornillador. En aquel instante se percibió el abrir y cerrar de una puerta y unas voces que hablaban casi en un murmullo.

Aquello fue excesivo para su curiosidad. Torció la herramienta con osadía en el agujero hasta obtener el ángulo más agudo posible y, haciendo palanca, llevó el cuadro hacia atrás y a un lado.

Podía ver el interior de la alcoba de la señora Belder, en la que Carlota, sentada a un tocador, se frotaba las manos con colonia, mientras se contemplaba en el espejo con la apreciación crítica que la mujer reserva para sus ocasiones más íntimas y cínicas.

Bertha observó fascinada cómo Carlota tiraba de un cajón del tocador y palpaba su interior. El espejo reflejó su expresión. Sus ojos tenían el brillo de triunfo del que está listo para descargar un golpe inteligente.

La muchacha alargó la mano hacia el teléfono y marcó rápidamente tres números.

—¿Información? ¿Tendría la amabilidad de comunicarme el número del domicilio de Jorge K. Nunnely? Ignoro la dirección. —Y agregó, tras una pausa—: Gracias.

Colgó. Bertha vio volar sus dedos sobre el disco del aparato con la rápida precisión de las manos bien adiestradas.

—¿Oiga? ¿Oiga? ¿El señor Nunnely…? Señor Nunnely, no nos conocemos. Soy Carlota Goldring, hermana de la señora Belder… Sí. He descubierto algo extraordinario. Pensé que le gustaría hablar conmigo. Se relaciona con el asesinato de Mabel. He dicho asesinato, señor Nunnely. Usted, que necesita dinero como el aire que respira, saldrá beneficiado con el fallecimiento de Mabel, dadas las circunstancias y…

Bertha, en el espejo, vio que Carlota levantaba los ojos al

adoptar una posición más cómoda, como si ya se sintiese muy segura de sí misma. Advirtió el horror que los desmesuraba, y al pronto no adivino qué lo producía. Después, como un relámpago, comprendió.

Carlota percibía en el espejo el cuadro desequilibrado por el destornillador.

Bertha se maldijo por no haber pensado en cuán pronto llamaría la atención un cuadro que, colgado de un alambre largo, pierde la vertical.

—¡Mamá! —chilló Carlota.

El destornillador chocó contra el suelo del dormitorio al ser soltado. La pintura se balanceó a lo largo de la pared antes de quedar perpendicular. Bertha se volvió hacia…

Fue como si una lluvia de meteoros cayese en su cabeza con fuerza terrible; después de lo cual estallasen en todos los sentidos, despidiendo cegadoras ráfagas de luz. Algo frío dio contra su mejilla y permaneció inmóvil. De una parte remota e impersonal de su espíritu surgió la vaga comprensión de que aquella superficie helada era el pavimento del garaje.

capítulo veinticuatro

BERTHA cobró conciencia de unas voces. Estas voces emitían sonidos que su torturado cerebro se esforzaba por dar un significado.

Tumbada de espaldas, con los ojos cerrados y un dolor inagotable en la cabeza, se preguntó con científica curiosidad por qué una partida de «s» como las de la palabra «asesino» encerraban el significado de que una persona había matado a otra. Y de golpe, como si este pensamiento hubiese desatrancado su espíritu, recobró la noción de lo real.

Levantó los párpados. Y los cerró apresuradamente.

El sargento Sellers hablaba muy serio con Carlota y la señora Goldring. Indudablemente acababa de llegar y Bertha, en posesión de sus facultades a pesar del dolor de cabeza, determinó aprovechar sus heridas para retrasar el temido momento en que tendría que darle una explicación.

La excitación apresuraba la narración de Carlota.

—… Me peinaba cuando vi el cuadro torcido. Lo habían movido desde el otro lado de la pared. Ya sabe, sargento, que esas cosas llaman la atención. Me fijé en él y entonces vi sobresalir el destornillador. De momento creí que era un revólver. Distinguí el brillo de un ojo. Llamé a gritos a mamá. Coincidiendo casi con mi chillido, cayó esta herramienta, que reconocí en seguida, y el cuadro pendió del modo normal.

»Mamá se hallaba en la cocina dando de comer al gato de Mabel. Vino corriendo, pensando que me había vuelto loca. Naturalmente, el cuadro recobró su posición al caer el destornillador.

—No, querida; loca no —intervino la señora Goldring—; pero pensé que había sucedido algo horrible. No tienes idea de tu

aspecto. Estabas como la cera y te fascinaba esa herramienta, como si fuera una serpiente venenosa a punto de picarte.

—Pero logré decirte que fueses al garaje, porque había alguien en él —continuó Carlota—. Las dos volamos por el pasillo. Mamá iba delante. Fue la que vio al hombre. Se inclinaba sobre la señora Cool, aunque entonces no sabíamos que era ella. Llevaba algo blanco en la mano. Parecía un trozo de cañería envuelto en papel grueso. Pero en aquel momento se me ocurrió que era un cuchillo largo cubierto de papel.

—¿Y qué hizo? —preguntó Sellers—. ¿Qué hizo exactamente?

—Nos descubrió y se abalanzó sobre nosotras blandiendo el arma.

—¿Le vieron la cara?

—No. El garaje estaba a oscuras. Es decir, había penumbra. Sólo se destacaban las figuras. Podría describir su porte, pero ni mamá ni yo le vimos el rostro.

—¿Era alto y delgado…?

—No. De estatura mediana. No sé por qué, pero tengo la impresión de que iba bien vestido y de que era un caballero. Tal vez por el modo cómo le sentaba el traje, por su forma de moverse con la fácil gracia del hombre que acostumbra a vestir bien y lo sabe. Todo esto se le antojará una tontería.

—No —respondió Sellers, pensativo—. No está mal la observación. Continué. ¿Qué más?

—Poco falta. Pasó corriendo por nuestro lado; mamá trató de detenerle y él la golpeó.

—En el estómago —se indignó la señora Goldring—. No estoy de acuerdo contigo, Carlota. No era un caballero. Un caballero no pega a las mujeres.

—¿Le dio con el puño? —preguntó Sellers.

—No —exclamó la señora Goldring—. Me atizó con la punta de la porra, del trozo de cañería o de lo que fuese.

—¿Y después?

—Después penetré en la casa por el corredor. Temí que mamá estuviese herida. Pensé que la había apuñalado, creyendo que el arma era un cuchillo. Pregunté a mamá si se encontraba muy mal, y entonces oímos un portazo en la entrada trasera.

—¿Fueron a ella?

—La cólera nos restó prudencia —contestó la señora Goldring—. Corrimos hacia la fachada posterior. El intruso había pasado por la cocina. El gato había saltado a la mesa. Tenía los ojos muy abiertos y la cola erizada hasta semejar una pelota.

—¿Se porta así corrientemente con los desconocidos? —inquirió Sellers.

—No. Suele ser muy afectuoso —respondió la señora Goldring —. Recuerdo haber dicho más tarde a Carlota que era como si conociese al intruso o hubiera tenido una desagradable experiencia con él. Tal vez aquel individuo procuró cogerlo, asustándolo. Era indudable que el gato estaba aterrado. El espanto desorbitaba sus ojos.

—Como si ese hombre fuese un perro —agregó Carlota con voz átona.

—Puntualicemos —suplicó Sellers—. Usted llamó a su madre y la señora Cool soltó el destornillador, devolviendo el cuadro a su primitiva posición. ¿No es eso lo que usted quiere decir?

—Sí. Inmediatamente oí un ruido en el garaje como si algo se hubiera desplomado. En aquel instante no presté mucha atención, porque me aterraba el pensamiento de que me apuntaban con un revólver desde el otro lado de la pared. No es decente que me asustara tanto.

—Entiendo. Después de perseguir a ese tipo, regresaron descubriendo que la señora Cool no estaba muerta, sino que había perdido el sentido. Entonces telefonearon a la policía, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Y comunicaron que había un ladrón en la casa?

—Sí.

—Si hubieran dicho que las había atacado, hubiésemos venido antes —amonestó Sellers con dulzura.

—Habíamos perdido la cabeza y no sabíamos qué hacer. Dos mujeres solas en una casa se sienten desamparadas.

—Lo imagino.

Bertha, con los ojos cerrados, en la cama, reflexionó que Carlota se había abstenido de mencionar su conversación telefónica con Nunnely.

—Supongo que todos los detectives trabajan de la misma forma, practicando agujeros en las paredes para ver lo que ocurre, pero

considero que…

—No estoy seguro de que lo hiciese ella —objetó el sargento Sellers.

—Debió ser la señora Cool. Estaba a la altura de sus ojos. No le costaba ver lo que sucedía.

—Se necesita tiempo y las herramientas precisas para agujerear la pared, a prueba de incendios, entre el garaje y la casa. Convengo en que la altura del orificio puede informar de la estatura de su autor, pero quizá dependió de la necesidad de que lo ocultase el cuadro. A mi juicio, esto explica la situación del agujero.

—¡Qué interesante! La cuestión es que ya ha pasado. ¿Desnudamos a la señora Cool? Carlota y yo nos encargaremos de ello. ¿Avisamos a un médico?

—Yo le telefonearé —dijo Sellers—, pero antes quiero llevar a cabo un examen superficial. ¿Podrá quedarse aquí un par de días si el médico lo ordena?

—Sí. Aunque ofrecerá algunos inconvenientes porque carecemos de sirvienta, nos alegraremos de cuidarla. Nos es simpática, pero nosotras no se lo somos. La última vez que la vimos, deseábamos que declarase a favor nuestro y se mostró bastante áspera. Por lo visto, pensaba que deberíamos pagarla.

—Sin duda —afirmó Sellers—. Ahora vayan a hablar con el agente del garaje. Ordénenle que busque huellas dactilares en la puerta trasera y no toquen su tirador. Ni se acerquen a ella. En una palabra, no toquen nada de la casa.

Bertha oyó un roce de pies y que la entrada se cerraba con cuidado.

—¿Cómo se encuentra, Bertha? —preguntó Sellers—. ¿Le duele mucho la cabeza?

Temiendo una trampa, Bertha permaneció impasible e inmóvil.

El sargento sentóse en el borde de la cama.

—Vamos, Bertha. Ya basta. Tarde o temprano, tendrá que enfrentarse con la situación. Será preferible que sea ahora.

Bertha no se movió.

—No soy tan estúpido —agregó Sellers con un rastro de irritación en la voz—. La he vigilado por el espejo. La vi levantar los párpados. Los volvió a cerrar al hacerse cargo de la situación.

—¡Maldición! ¿Es que no puedo estar sola un segundo?

Bertha, abriendo los ojos, se tocó la cabeza, notando que algo apelmazaba su cabellera.

—¿Sangre? —preguntó.

—Aceite y grasa del suelo del garaje —sonrió Sellers—. Está hecha una lástima.

Bertha miró en torno suyo. Se hallaba en el dormitorio de la criada, ocupando su lecho. Se sentó con cierta dificultad. La habitación giró sobre sí misma antes de detenerse.

—¿Cómo se encuentra? —indagó Sellers.

—Horriblemente. ¿Qué aspecto tengo?

El sargento señaló el espejo de una cómoda. Bertha pudo echarse un vistazo volviendo la cabeza. Tenía pegado al cráneo el pelo grasiento. Un tiznón le surcaba la mejilla derecha. Sus pupilas carecían de brillo y de inteligencia.

—¡Dios mío! —gimió.

—Eso es.

—Bueno, empiece el sermón.

Sellers se puso muy serio.

—Lo lamento, Bertha. Aquí se acaba su historia.

—¿Por qué?

—Sabía que me ocultaba algo, pero no qué o cuánto. Como no sacaría nada de Belder, concentré mi atención en usted. Pensando que no lo lograría con un interrogatorio, telefoneé al agente que la custodiaba que la hiciese darle unos tragos, simulando ser un borracho. Una vez estuviese bebido, nos enteraríamos de sus reacciones. Dispuse que la siguiesen cuando se fuera de la agencia.

—¿Conque desperdicié mi *whisky* con ese polizonte y…? —comenzó a decir Bertha. Pero la indignación la amordazó.

Tembló una sonrisa en los labios del sargento.

—Ni más ni menos.

—¡Así lo ahorquen! Reservaba ese licor para mis clientes… Para los mejores.

—Eso dijo Jack. Agregó que fue el primer servicio agradable que le había encargado en diez años.

Bertha buscó palabras. Mientras se dedicaba a la persecución de calificativos, Sellers continuó:

—La esperaban dos hombres ante el edificio —y exclamó ensombrecido—; pero usted los despistó. En adelante volverán a su

antigua ocupación de rondar por las calles.

—Fueron muy astutos. Yo no sabía que me seguían. Tomé precauciones, sencillamente.

—¡Vaya si las tomó! Según ellos, se movió como una mosca en un horno encendido hasta que se los sacudió de encima. Después vino aquí. ¿Qué ocurrió?

—No lo creerá si se lo cuento.

—Me parece que sí. Usted no taladró ese agujero. Más aún, fue practicado desde el dormitorio. Usted lo habría hecho desde el garaje…

Se interrumpió al sonar un timbre a lo lejos. Escuchó unas voces femeninas muy excitadas y prosiguió con paciencia:

—Bertha, debe explicarme lo del puente removible de la señora Belder y cómo llegó a su poder. Era una de las cosas que no entendíamos. Cuando le hicieron la autopsia, notaron su ausencia. No es que tuviera mucha importancia, pero podía ser significativo. Todo cambió cuando encontramos el puente en su despacho dentro del estuche de gafas de la difunta. Ahora queremos saber dónde lo halló.

—¿Y si no se lo digo?

—Pasará un mal rato. Está complicada en un asesinato. No puede ocultar una prueba sin salir con las manos en la cabeza.

—¿Y si se lo digo?

—Eso es lo malo, Bertha. Su situación no mejorará. Es contrario a la Ley ocultar indicios. Últimamente no ha hecho otra cosa. Donald Lam lo consiguió abusando de su suerte. Pero hubiera obtenido resultados. No obstante, cuando quiso imitarle, usted se armó un lío. Y se encuentra en él aún.

—Pues bien, si pierdo la licencia —declaró Bertha, sombría—, tanto si hablo como si no, no abriré la boca.

—No le aclaré todo —repuso Sellers con sequedad—. Si confiesa, se quedará sin licencia; pero si la explicación es plausible, conservará la libertad. De otra forma, irá a la cárcel acusada de complicidad.

—Imaginé que lograría algo con ese puente y me propuse aprovecharme de ello.

—Yo imagino que logró algo y quiero aprovecharme de ello, Bertha.

La puerta de la habitación se abrió de pronto.

—Espero no interrumpir —dijo la señora Goldring desde el umbral—, y que nuestra paciente se encuentre mejor. ¡Somos tan felices! Carlota ha encontrado a su verdadera madre. Deseo presentársela. Señora Croftus, el sargento Sellers. Y la señora Cool —añadió apresuradamente.

—Encantada, sargento Sellers… y señora Cool. Creo que ya nos conocemos. Siento su indisposición.

La señora Croftus parecía muy dueña de sí misma.

Bertha, sentada en el borde del lecho, con el cabello pegado a un lado de la cara, le guiñó un ojo.

—¿La localizó usted? —preguntó a Carlota.

—No —respondió la señora Goldring—. Hace tiempo que la señora Croftus intenta encontrar a su hija. Años atrás permitió que fuera adoptada. Cuando los periódicos publicaron la noticia de estos desdichados sucesos, se convenció de que Carlota era su hija. Llamó a nuestra puerta. La reconocí al instante. Nos conocimos en otro tiempo… Al fin y al cabo, nada se opone a que Carlota tuviera dos madres.

La señora Goldring sonrió a la herida y a Sellers. Bertha se volvió de pronto hacia la hija adoptiva.

—¿Por qué no informó al sargento de su conversación telefónica con el señor Nunnely? —preguntó.

—Porque no se relaciona con este asunto —contestó Carlota—. Le llamé para ver si es posible liquidar la ejecutoria de Everett de un modo razonable. No entiendo qué relación tiene con lo sucedido en el garaje, señora Bertha Cool.

—¡Oh! —exclamó la señora Croftus—. Elegí un mal momento para mi visita. Lo siento, pero…

—Pensé que al sargento no le molestaría enterarse del último suceso —dijo la señora Goldring, poniendo los ojos en blanco al policía.

Sellers afirmó.

—La situación no cambia, pero…

—¡Que me maten! —gritó Bertha de repente, abandonando la cama de un salto.

—¿Qué pasa? —indagó la señora Goldring solícita.

—¿Que qué pasa? —replicó Bertha—. Ahora lo sabrá.

Cerró la puerta de golpe y echó la llave.

—¿Qué significa todo esto? —inquirió la señora Croftus, con vivo interés.

—Ahora mismo lo sabrá y espero que también hará algo, querida —contestó Bertha—. Se deslizó usted hasta mí y me golpeó la cabeza con una porra, consiguiendo escapar, pero muévase ahora y aprenderá lo que es bueno. La partiré en dos y estudiaré su mecanismo interior, encanto.

—Usted representa la Ley —dijo la señora Goldring indignada al sargento—. ¿Permitirá estas cosas en su presencia?

Sellers sonrió.

—Desde luego. No haré nada por impedirlo.

—El golpe afectó a su razón —anunció Carlota significativamente—. Sus declaraciones la pusieron en un aprieto, pero continúa metiéndose en honduras.

Bertha le lanzó una mirada asesina.

—¡Cierre el pico! Vio moverse el cuadro mucho antes de lo que pretende. La oí cuchichear antes de que entrase en el dormitorio. Entonces encargó a su madre de que me partiese la cabeza; después inventarían ese cuento del asaltante misterioso. Y la conversación con Nunnely fue pura comedia a fin de distraerme con lo que sucedía en la alcoba. Por eso pidió el número a Informaciones. De esa forma yo sabría a quién telefoneaba y no me movería hasta que su madre…

—La demandaré, señora Cool —declaró Teresa Goldring—. Jamás me insultaron de modo parecido y…

—No se excite —repuso Bertha—. No grite antes de que la pisen. Me refiero a la *madre* de Carlota.

La señora Croftus soltó una carcajada.

—Hacía muchos años que no había visto a Carlota. Desde que era niña.

—No soy un as como Donald Lam, pero no necesito que me caiga una tonelada de ladrillos encima para que se me ocurra una idea. La señora Goldring estaba enterada de todo lo concerniente a usted, y usted de todo lo concerniente a ella. Ella no quería que Carlota tuviese nada que ver con usted, y la amenazaba con un arma lo bastante efectiva para mantenerla quieta. Y de pronto todo cambia. Se propone que resulte sencillo subir unos cuantos peldaños

y apretar un timbre… sin preliminares… sin preparativos.

»¡Bah! Es una patraña que no resiste el más somero examen. Ignoro si abordó a Carlota o si ella supo lo referente a usted. Seguramente fue ella la que tomó la iniciativa, porque usted tenía miedo de hacer los avances, a causa del arma de la señora Goldring. Conjeturo que ésta posee documentos que enseñaría a Carlota en caso de necesidad. Probablemente, estaban encerrados en una caja fuerte oculta en algún sitio de la casa, y nuestra querida Carlota, anhelando averiguar quién era su madre, la encontró. Después logró descubrir las llaves de Mabel y sacó un modelo en cera. Abierta la caja, averiguó quién era su madre y se puso a buscarla. No le importaba que hubiese estado en la cárcel, porque sabía que la señora Goldring no tenía un céntimo y que Mabel había redactado testamento nombrando heredero a Everett en caso de que le sucediera algo. Carlota la llorona, la hipócrita niña mimada, no se dejaría descartar con facilidad…

—¡Cuánto charla! —bufó Carlota—. Pero perdone la interrupción. Depure su organismo. Después veremos cómo prueba sus afirmaciones.

Bertha miró al sargento.

—¿Cómo lo hago?

—Siga, Bertha. Se está complicando, pero no se detenga. Cuando termine la sesión, tendrá demandas por difamación de sobra para ocupar a todo el Colegio de Abogados. Pero mentiría si le dijese que no me divierto.

—Carlota quemó el testamento —anunció Bertha.

—¿En la chimenea del despacho de Everett? —preguntó, sarcástica, la señora Goldring.

—En la chimenea de Everett —insistió Bertha—. Yo me hallaba presente cuando lo realizó. Y usted también, Frank Sellers. Estaba encendida y unos papeles ardían en ella. Entonces pronuncié mi acusación contra Imogenia Dearborne. El momento fue dramático. Todo el mundo contemplaba a Imogenia, y Carlota apareció anunciando inocentemente que había entrado porque no encontró a nadie en la antesala. Y recordará que anduvo de lado hasta quedar de espalda al hogar. Y en un rincón de mi memoria existe la imagen de que el fuego se animó entonces…

—¡Diablos! ¡Tiene usted razón! —exclamó el sargento Sellers.

—¡Mentira! —chilló Carlota.

—Ya lo tengo —prosiguió Bertha—. Encontró el testamento de Mabel entre los otros documentos. Lo legaba todo a su marido. Si Mabel moría intestada, el patrimonio, sus bienes privativos, recaerían a medias en su esposo y su madre. Pero de otro modo, todo pasaría a Everett y era, por tanto, razonable presumir que él estaba enterado de su existencia. ¿Qué hace la simpática Carlota, aunque quizá su madre la ayudó? Se apodera del testamento y arranca las partes que contienen el nombre de su cuñado adoptivo con objeto de no verse comprometida si las cenizas pueden ser reconstruidas por los expertos. Luego busca la ocasión de quemarlo de modo comprometedor para Belder. Eso era lo que se proponía al entrar en su despacho. Y le salió a pedir de boca. La chimenea estaba encendida y todos mirábamos a Imogenia.

»Carlota da la espalda al hogar, suelta el testamento y en el instante oportuno dice que Mabel ha testado legándolo todo a su madre, acusa a Everett de haber quemado el testamento y llama a los peritos para que fotografíen las cenizas. El experto reúne las pruebas suficientes para demostrar que el testamento fue el último papel quemado. Le es imposible presentar todas sus cláusulas, pero, aunque lo lograse, faltaría el nombre del heredero, porque Carlota no corrió riesgos.

»Bueno, ¿qué tiene de malo esta explicación?

—No soportaré más sus insultos —gritó Carlota.

—No te inquietes, querida —la aconsejó la señora Croftus—. Creo que esta mujer está loca.

Sellers mordió el extremo de un cigarro con aire de inquietud y buscó cerillas en su bolsillo.

—También lo creí yo hasta que se refirió a Carlota tirando papeles a la chimenea —admitió—. ¡Vaya si lo hizo! Recuerdo claramente la llamita que se produjo detrás de ella. Pensé que tal vez se le prendía fuego a la falda y me molestó la idea porque originaria una diversión en el instante en que todo el mundo estaba en disposición de colaborar. ¿Qué arrojó al hogar, Carlota?

—Nada. Está usted chiflado.

—Eso lo confirma —replicó Sellers—. Sé que tiró algo. Si hubiera ofrecido una explicación lógica, le hubiese resultado bien, pero negarlo es…

—¡Oh! ¡Ahora me acuerdo! —exclamó Carlota—. Leía una circular cuando entré en el despacho y reparé en el fuego. Casi lo había olvidado…

Sellers le sonrió a través de las primeras nubecillas de humo de su cigarro.

—De modo que cayó en la trampa, ¿eh, hermana? Por lo tanto, echó papeles al fuego.

—Sí; pero era una circular que…

—Entonces, ¿cómo explica que su perito diga que el testamento fue lo que ardió en último lugar? Sus cenizas estaban encima de todas.

—Pues…

Carlota se volvió frenética reclamando la asistencia, no de la señora Goldring, sino de su madre, la señora Croftus.

—Yo no discutiría con él, querida —dijo ésta con tranquila dignidad—. Es evidente que se pone de parte de esa mujer para que no la demandemos por difamación. ¿No será preferible que callemos hasta que nos entrevistemos con nuestro abogado para poner pleito a la señora Cool? Conozco a uno que se alegrará mucho de hacerlo. Iremos a verle ahora mismo. Emprenderá la acción inmediatamente.

Sellers la miró con respeto.

—Una manera estupenda de disfrazar una idea con palabras. Suena muy bien, dicho así, pero cuando se la desnuda de las frases, en realidad recomienda a la muchacha que no hable hasta ver a un abogado.

—Con el fin de entablar una demanda por difamación —repuso la señora Croftus, glacial.

—Pero viendo a un abogado —insistió Sellers.

—¿Qué quiere que hagamos? ¿Que nos quedemos sentadas soportando sus insultos?

—No —repuso el sargento Sellers lenta y deliberadamente—. Quiero que me acompañen a la oficina del fiscal del distrito y firmen sus declaraciones… ahora mismo. ¿Alguna objeción?

—Claro que sí. Jamás vi nada más arbitrario en mi vida.

—¡Ni yo! —intervino la señora Goldring—. Nos entrevistaremos con un abogado antes de…

Sellers se encaró con Bertha con el ceño fruncido.

—¡Vaya un modo de resolver un asesinato! ¿No tiene otro indicio además de ése?

—El agujero de la pared fue practicado desde la habitación. El cuadro lo tapaba. Di por sentado que se usaba como atisbadero, pero también pudo emplearse para otra cosa.

—¿Cuál? —preguntó el sargento.

—No soy como Donald, pero… —se excusó Bertha.

—Lo sé, pero es inimitable en su estilo. Adelante, Bertha. Tratemos del agujero de la pared.

Bertha le sonrió.

—No soy mecánica ni mi físico me permite andar a gatas. Pero usted puede echar un vistazo al tubo de escape de la señora Belder y cerciorarse de si su extremo tiene unos arañazos recientes.

»Y el gato meneaba la cola cuando salió de la casa la mujer a quien seguí. Los gatos no lo hacen cuando van con alguien que les gusta, sino cuando están irritados. Y si era la señora Belder quien perseguí, ¿por qué no se asfixió también el minino? Debió quedar encerrado en el garaje al mismo tiempo que su dueña.

»Yo diría que Mabel había muerto mucho antes de que yo viniese para seguirla. Así cobra significado ese agujero. ¡Piénselo bien!

Sellers hizo una mueca de desagrado.

—Bertha, ya basta para que empiece a sacarle las castañas del fuego.

Bertha exhaló un suspiro.

—¡Está loco si cree que eso no me suena a música!

capítulo veinticinco

BERTHA Cool descargó triunfalmente su voluminosa persona en la silla colocada ante el escritorio de su secretaria.

—Bueno, lunes por la mañana —anunció alegremente—. Inauguramos una semana nueva de trinca.

Elsie afirmó.

—Busque su lápiz. Voy a dictarle una carta para Donald —dijo su jefe—: «*Querido Donald: Bertha se ha encontrado metida en un caso dificilísimo. ¡Ojalá hubieses estado a mano para auxiliarme! Bertha casi se declaró vencida, pero consiguió una victoria en el preciso momento en que todas las cartas le eran desfavorables. El sargento Sellers se encargó del asunto en cuanto le di la clave de la situación. Lo mejor será que empiece por el principio*…». ¿Dicto demasiado de prisa, Elsie?

—No, puedo tomarlo. Continúe. ¿Le informará de todos los detalles?

—Sí. Creo que le agradará, ¿verdad?

—Estoy segura.

—Muy bien. Veamos, ¿dónde estaba? ¡Ah, sí! Le hablaba del caso. Apunte esto, Elsie:

> *«Un individuo llamado Everett Belder puso todos sus bienes a nombre de su esposa. Su suegra tenía una hija adoptiva. Y la señora Belder y la suegra procuraban que no averiguase quién era su madre auténtica. La suegra, la señora Goldring, se arruinó. Pidió socorro a Mabel, que se lo negó. Carlota, astuta y ocurrente, dependía en absoluto de su madre adoptiva y odiaba a Mabel. Su verdadera madre, la señora Croftus, estaba enterada de su paradero, pero no se atrevía a presentarse porque había cumplido sentencia en la cárcel y no quería que su hija lo supiese. La señora Goldring se hallaba al corriente de ello».*

Bertha cortó el dictado.
—¿No resulta muy confuso, Elsie?
—No. Donald lo descifrará.
—Estoy segura —exclamó su jefe—. Bien, prosigamos:

«La señora Croftus contrató a una detective privada, Sally Brentner, que se empleó de sirvienta en casa de los Belder con el fin de no perder un ápice de lo que sucedía. Carlota, repito, odiaba a Mabel. Se le presentaba la ocasión de librarse de su hermana de adopción, de embolsarse una fortuna y de averiguar quién era su madre, matando una cantidad respetable de pájaros de un tiro. Todo lo que necesitaba era detener el corazón de Mabel mientras dormía.

»Por consiguiente, practicó un agujero en su alcoba. Vivían en una casa estilo Monterrey, con encerado y paredes de madera. Era cosa segura. Conectó una manguera con el tubo de escape del coche de Mabel, y se marchó de mañana a jugar al tenis para tener una coartada. La víctima dormía hasta tarde y su marido acostumbraba a irse sin despertarla. Así podría regresar a la casa, encontrando a su hermana muerta, de un ataque cardíaco. Sería cuestión de un segundo tirar la manguera del tubo de escape. Estaba enterada de que Belder tenía que llenar el coche de gasolina, devolviéndolo a las once, hora en que Mabel debía esperar a su madre en la estación, sin que su marido lo supiese.

»No estaba mal el proyecto, pero fracasó en parte. Mabel debió de llamar a Sally a primeras horas a su habitación, quizá para darle un recado, o para que le planchase un vestido, o para preparar la comida. Jamás lo aclararemos, pero lo cierto es que Sally permaneció en la habitación lo suficiente para caer víctima del monóxido de carbono al mismo tiempo que Mabel.

»Cuando Carlota volvió con la coartada del tenis en el bolsillo, aunque hubo demasiada niebla para jugar, pero su aparición en la pista le servía, encontró dos cadáveres en vez de uno. No le hubiera costado probar que el corazón de Mabel había fallado, pero habría sido excesivo intentar afirmar que Sally se fue de este mundo también por causas naturales. Tenía, pues, dos cadáveres y Belder llegaría antes de dos horas.

»Además, aprendió algo que ignoraba: que los fallecimientos

por monóxido de carbono no tienen la menor semejanza con los muertos a causa de un ataque de corazón.

»La dominó el terror. La señora Goldring no llegaría hasta las once, pero los cadáveres serían descubiertos antes, y no estaba segura de que su madre adoptiva la respaldaría en un asesinato. Pero sin duda había visto a su verdadera madre con anterioridad y sabía que había estado en la cárcel. Su madre no sería muy puntillosa. Tal vez no aprobase el crimen, pero en vista de que su hija se había desmandado, desecharía todo escrúpulo acogiendo gozosa la ocasión de conquistar el cariño de Carlota tan completamente, que la señora Goldring perdería su autoridad.

»La señora Croftus acudió en ayuda de su hija. Se precipitó en la casa, escondió los cadáveres, escribió una carta que Belder encontraría y que le haría recurrir a un detective privado. Belder se tragó el cebo con anzuelo y todo. Me visitó. Yo debía seguir a su mujer. Era un trabajo fácil. Pero yo no había visto jamás a su esposa, ni él esperó para señalármela. Yo actué en el bien entendido de que la mujer que salía de la casa de la señora Belder, con el vestido de la señora Belder, llevando su gato y subiendo al coche de la señora Belder, era la señora Belder. Me arrastró hasta cierto barrio donde se proponían que más tarde fuera descubierto el cadáver. Unos amigos de la señora Croftus habían salido con dos semanas de vacaciones y ella sabía que el garaje estaría vacío. Me hicieron caer en la trampa. Después presentaron las cosas como si Belder hubiera cometido el crimen. Para darles fuerza, metieron en el bolsillo de su gabán el estuche de las gafas de su esposa con su puente removible.

»La señora Croftus fue muy diestra al escribir los anónimos en la máquina portátil de la difunta. La que Belder debía encontrar fue enviada en apariencia por correo. En realidad, no hicieron más que sacarla de la máquina y tirarla al suelo del comedor. Convencieron a la señora Goldring de que no sería prudente explicar de qué había hablado en la conferencia a gran distancia, y la indujeron a afirmar que Mabel le había contado lo del anónimo. La señora Croftus consiguió presentar la supuesta salida de Mabel a las once como debida al deseo de encontrarse con el autor de las cartas. Y Belder cometió el error de olvidar el abrigo en la peluquería, sin recordar dónde lo había dejado.

Tenían que dar con él, porque contenía el indicio destinado a condenarle definitivamente.

»Naturalmente, la señora Croftus estaba bien informada de su vida hogareña. Sally, su detective, se encargó de eso, y Carlota soltó todo lo que sabía. Entre otras cosas, Sally espiaba a Belder por creer que se entendía con su secretaria, lo que era cierto, y fue a limpiarse la dentadura a una clínica situada frente a la oficina de Belder. De este modo se enteró de la existencia de la señora Cornish, una antigua novia.

»La señora Croftus telefoneó a Dolly Cornish fingiendo ser Mabel, y le insinuó que había asesinado a la sirvienta y que tenía el segundo puesto en la lista. Esto ocurrió mucho después de que la señora Belder se hubiera mudado a los Eternos Campos de Caza, pero Dolly hubiera proporcionado un gran alivio avisando a la policía. Sin embargo, un lechuguino, empleado en su hotel, usó su cerebro de dos cilindros en impedirlo, porque pensaba que Dolly tenía que defender su reputación a toda costa, evitando la publicidad de la prensa… todo lo cual proporcionó muchos y buenos quebraderos de cabeza a Bertha.

»Querido, no te contaré todos los detalles. Anduve a tumbos todo el caso… Bertha tiene la mano pesada en tales momentos. Desde luego, carece de tu toque magistral, pero piafó, resopló y tiró, hasta sumar finalmente uno y uno con el resultado de dos. Intervino el sargento Sellers, y sumó dos y dos obteniendo cuatro… Las dos damas no hablaron, pero Carlota pronunció discursos interminables. Lo creas o no, después de lo que hicieron por ella, procuró que la acusación recayese en su madre y en la mujer que la había adoptado. Éste es su retrato.

»Después sucedió algo inverosímil. No lo supondrías en un millón de años… Frank Sellers quiere casarse conmigo. Me hubieran podido tumbar con una pluma. De momento estuve a punto de reírme, pero ahora no. Es estupendo a su manera y te adora, Donald. Cree que eres un genio, y es la verdad… Me libró de una demanda por difamación presentada por Imogenia Dearborne. Olfateó su pasado, descubriendo que había convertido el pleitear en un negocio, la muy maldita y asquerosamente estimable intrigante. Por consiguiente, Frank le sentó los puntos. Desde luego, tenía relaciones con su jefe. Sally

informó de ello a la señora Croftus, que compuso en su honor el tercer anónimo… ¡La muy hipócrita! Me demandó y tuve que visitar a un abogado para que me redactara una refutación. Me exigió veinticinco dólares, cuando, al terminar el misterio le ordené que no la hiciese, se obstinó en cobrarme sus puercos dólares. Bertha se vuelve muy dulce, querido, porque acabó dándole dos y medio. ¡Maldito sea! No merecía ni un centavo.

»Pero volvamos al sargento Frank Sellers. Asegura que le doy suerte, que le gusta mi coraje y mi modo de lanzarme de cabeza en los asuntos. Aún no he tomado una decisión…».

»¿Voy demasiado de prisa, Elsie?

Elsie Brand la contempló con desmesurado respeto.

—¡Cuánto terreno abarca! ¡Vaya si trabaja de prisa!

—Me refiero al dictado —declaró Bertha con sequedad.

—Perdón —se excusó la secretaria, con el lápiz sobre el papel—. La sigo perfectamente, señora Cool. Continúe.

Bertha se dispuso a decir algo, pero se contuvo de repente.

—Eso es todo. Le escribiremos para que desee volver por aquí al final de la guerra. Añada una postdata: cobramos un tanto por ciento de la herencia de Belder. No, no. Ponga que nos va bastante bien si los impuestos no nos revientan.

Se incorporó. Encaminándose a su despacho, dijo por encima del hombro:

—Recibiré a todos los clientes que se presenten.

ERLE STANLEY GARDNER (Malden, Massachusetts, EE.UU. 17-julio-1889 - Temecula, California, 11-marzo-1970). Su padre quería que se hiciera abogado, de modo que comenzó a trabajar en una gestoría legal en Willows, y mientras trabajaba de mecanógrafo, estudió la carrera de derecho. Después se estableció por cuenta, pero el negocio era deficitario, ya que en numerosas ocasiones, aceptaba como clientes a inmigrantes chinos y mejicanos sin recursos, lo que le hizo muy popular pero no muy rico. En 1921, casado y con un hijo, se pone a escribir historias policiales, o «de detectives», que envía a algunas revistas para mejorar su situación financiera. Estas revistas se conocían como pulps y eran muy populares en la época.

Sus narraciones son muy efectistas y en ellas se sirve de sus conocimientos de derecho para construir casos, en los que podía lucirse *Perry Mason* con una brillante exposición en la que demuestra la inocencia del acusado. Así podía disfrutar de la única parte de la abogacía que realmente le gustaba: los juicios penales, y el desarrollo de la estrategia a seguir en un juicio. El nombre «*Perry Mason*» data de la infancia de su creador, cuando leía la revista *Companion*
Youth's

, publicada por la *Perry Mason Company*, y cuando creó a su abogado de ficción, pensó que sería un buen nombre para él.

Ya consolidada su carrera como escritor, para publicar sus libros contaba con la ayuda de varias secretarias que escribían a máquina lo que él dictaba a una grabadora. Su producción casi industrial provocó su apelativo de «*El Henry Ford de la novela policíaca*». Vendió más de 100 millones de libros en vida. Tenía una formula para escribir una vez definidos sus personajes, sus motivaciones y sus tramas.

Hacia 1938, Gardner empezaba a preguntarse si un día cedería el interés de los lectores por *Perry Mason*. ¿Podría duplicar su éxito escribiendo una novela con otra serie de personajes? El libro, escrito bajo el seudónimo de A. A. Fair, era «*The Bigger They Come*» («Cuanto más grandes son…» editado en español con el título de: *Agencia de Detectives*) y caracterizaba a *Bertha Cool*, una mujer obesa propietaria de una agencia de detectives y con anillo de diamantes; y a *Donald Lam*, su empleado, de estatura más bien pequeña, (todo un paquete de dinamita legal). La pareja se anotó un éxito inmediato y Gardner se puso a escribir 28 libros más de *Cool y Lam*.

Bajo su propio nombre Gardner escribió exclusivamente la serie *Perry Mason*, pero con su seudónimo favorito de A. A. Fair, Gardner escribió varias novelas con los detectives *Bertha Cool y Donald Lam*; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal *Doug Selby*.

Gardner muere el 11 de marzo de 1970, en su Rancho el Paisano en Temecula. Fue incinerado y sus cenizas se esparcieron por la península de Baja California, uno de sus lugares favoritos.